

SAGA DUALES III



**EL TIGRE  
BLANCO**

CRISTINA PUJADAS

Para todos los grandes luchadores  
y para sus familias.

# **SAGA DUALES**

Cristina Pujadas

## **La Voz**

### **SAGA DUALES # 1**

Cristina Pujadas

Versión 2019.01.15 Correcciones 2021.03.21

Novela romántica fantástica

Nivel de erotismo: \* Suave (sin escenas eróticas)

## **El Fénix**

### **SAGA DUALES # 2**

Cristina Pujadas

Versión 2019.05.31 Correcciones 2021.03.21

Novela romántica fantástica

Nivel de erotismo: \*\* Sensual (escenas eróticas suaves)

## **El Tigre Blanco**

### **SAGA DUALES # 3**

Cristina Pujadas

Versión 2021.07.28

Novela romántica fantástica

Nivel de erotismo: \*\* Sensual (escenas eróticas suaves)

Correcciones, con mucho amor, de María VÍllora.

Revisión de @trotalibros.vdn

**El Tigre Blanco**  
***SAGA DUALES #3***



# I

## Laura

ODIO los aeropuertos. Tanta gente junta, amontonada, y esa sensación de que por muchas ventanas que haya, es poco más que una jaula. *Me removí inquieta*. Al jaguar no le gustaba, tampoco. Intenté respirar profundamente y sonreí a mis compañeros. En el fondo me hacía ilusión. Una oscura y perversa ilusión, lo admito.

Solo tenía tres meses para descubrir algo sobre lo de Sophie y Sam, mientras disimulaba con mis compañeros de la facultad, asistía a las clases y, ya puestos, intentaba pasármelo un poco bien. Que era la idea. Disfrutar un poco de la experiencia. En eso al menos estábamos en línea con el resto de la expedición. Erasmus. Intercambio. Llámalo como quieras. Aunque como siempre, entre ellos y yo había algo así como un abismo. Era lo que hay. Ellos son normales. Yo una dual. Así que nuestras necesidades y nuestras prioridades no son las mismas. Especialmente ahora.

No era la primera vez que viajaba a Colonia. La sede europea de los duales estaba ahí y mi padre, que formaba parte del consejo, pasaba largas temporadas allí. De hecho, papá quería que me instalara con él en la sede, pero mamá había intercedido a favor mío, incluso si estaba incómoda con la situación. Como para no estarlo. Papá no sabía que Sophie era una dual. Un fénix. Era una larga historia.

¿Qué quién era Sophie? Mi cuñada. Más o menos. La novia de mi hermano mayor Gabriel. La exnovia de mi primo Tom. Sí, un pedazo de culebrón que tenía más lagunas que cualquier otra cosa, y para eso estaba yo. Para rellenar lagunas. O al menos intentarlo.

¿Y eso de los duales? Esa era una historia aún más larga, pero al menos para esta sí tenía respuestas. Unas cuantas, vamos. No somos humanos. O no del todo. Somos como las rebajas: dos en uno. Estamos formados por dos entidades, un espíritu guía, animal, y una parte humana. Nuestro origen es antiguo y muchos de los secretos de nuestro linaje se perdieron en el olvido. A otros los mataron. Sí, eso también.

De ahí lo del misterio de Sophie. Su fénix era un bocazas que opinaba que no era bueno que se supiera de su existencia. Teniendo en cuenta que extinguieron su linaje, normal que fuera precavido. Y desconfiado. Especialmente después de saber todo lo que arrastraba Sam a su espalda. ¿Sam? Vale, me voy por las ramas. Volvamos atrás.

Nuestra gran limitación, como especie, es que no nacen duales de parejas que no sean puras. O séase, que no nacen duales si uno de nosotros engendra con un humano, así que, sí, intentábamos liarnos entre los pocos que quedábamos, básicamente. Gabriel se negó inicialmente a lo que sentía, a sus instintos más básicos, pero la realidad es que incluso sin apenas conocerla, Sophie había calado en él como jamás nadie había hecho antes. Y lo peor fue lo de la bestia. La reclamó. Así, sin más.

Vale, mejor os explico lo del reclamo para que podáis entender la magnitud de la tragedia. Una vez la bestia hace el reclamo, solo existe esa persona para el resto de la vida de un dual. Eso del reclamo es sumamente complicado porque no tiene criterio alguno. Quiero decir que puede vincular a dos duales que ya tienen familia, hijos y una vida perfectamente organizada. Un marrón, sí, porque es muy complicado resistirse a ese instinto entre las dos bestias. Creo que de alguna forma se reconocen.

Es posible que solo pase entre duales pero, como tampoco es algo habitual de ver, cuando le

pasó a Gabriel, nos sorprendió más el hecho en sí mismo que no que fuera Sophie la persona afectada por ese reclamo. Tendríamos que habernos planteado que era muy raro que una bestia en su sano juicio reclamara a una humana y, aunque quizás debería habernos hecho sospechar que algo no cuadraba, no le dimos demasiada importancia porque cuando nos enteramos de eso en concreto Sophie salió huyendo de nosotros. Con mucho criterio, la verdad.

Sí, eso del reclamo es poco habitual. Es algo de lo que había oído hablar, pero nunca lo había vivido tan de cerca. No, mis padres no sufrieron un reclamo, ni ninguna de las parejas de duales que conocemos. No es algo a lo que un dual aspire, realmente. Es como que te toque la lotería. Aunque te guste jugar y compres de tanto en tanto un billete, no te planteas que realmente va a tocarte, así que simplemente construyes tu vida sin contar con eso en concreto.

Yo, personalmente, me contentaría con encontrar un buen dual con el que pudiera ser yo misma sin tener que ocultar mi otra mitad durante todo el tiempo y tener unos hijos duales de lo más normales. No era algo que me obsesionara, tampoco. A veces me gustaría ser normal, sin más. Había más de un chico por el que había suspirado alguna vez, pero nunca me atrevía a dar ningún paso. Por la bestia, sí. Si fuera algo pequeñito y un tanto anodino, podría planteármelo. Conozco a una chica que también es felina, pero en versión gatita de ojos verdes y pelo canela en vez de la mole de ochenta kilos y mirada asesina que a mí me complementa. La dual que os decía suelta a la bestia a su antojo por su casa y sus amigos humanos dan por sentado que tiene un gato. ¡Ilusos ellos y afortunada ella!

Volviendo a mi hermano. Para cuando Gabriel descubrió que nuestro primo Tom y Sophie estaban juntos, mi hermano habló con mi padre. Su idea vital era casarse algún día, por no decir aparearse, con una dual respetable y así perpetuar el linaje del jaguar y bla, bla, bla. Sin embargo, tras aparecer Sophie, mi hermano le advirtió a mi padre que jamás podría tocar a ninguna otra mujer que no fuera ella y que la responsabilidad de preservar el linaje caería sobre mí porque él no podía seguir luchando contra su naturaleza. No le tuve en cuenta eso de pasarme el marrón en lo referente a la preservación de la especie porque estaba desesperado con eso de que su pareja no le reconociera, que saliera con nuestro primo Tom al que quiere como si fuera su propio hermano y además que Cloe hubiera declarado públicamente quererla muerta. Por no ser una dual y tener a dos machos pendientes de ella, básicamente. Sí, Cloe era una dual. Una tigresa blanca perteneciente a una de las familias de duales más grandes que se conocían. Tenían tres miembros en el consejo, así que, además de grande, era probablemente la familia más poderosa a nivel europeo. Para Cloe, Gabriel era el candidato perfecto para tener una camada y Sophie era una interferencia. Sí, Cloe era de las que solucionaban las interferencias al viejo estilo. A base de colmillos y garras.

Eso de que el jaguar hubiera reclamado a una humana a papá le pareció al principio una mala broma. Gabriel no era la persona más bromista del mundo entero, pero a veces tenía ese sentido del humor un poco negro que podía sorprenderte. Cuando descubrió que era una realidad, papá pasó a catalogarlo como un problema. Uno grande, la verdad. Y no es que se opusiera formalmente a su relación, pero no era lo que él hubiera querido para Gabriel. O para mí, seamos sinceros. Supongo que por eso mi listado de relaciones ascendía a cero pese a mi edad.

Mi padre es lo que nosotros llamamos un conservador. O séase, que considera de vital importancia conservar nuestro linaje. Mi abuelo ya formaba parte del consejo y él y nuestro tío Simón, el padre de Tom, siguieron sus pasos. Éramos una familia pequeña pero poderosa y unida. Muchos nos admiraban. Otros nos temían. O eso nos contaba mi padre, porque nosotros llevamos viviendo entre humanos desde niños y excepto en algunos eventos, no sociabilizamos

mucho con otros duales, en parte por eso de que quedamos muy pocos.

Por lo que sabemos, somos los últimos jaguares sobre la faz de la tierra. No era como el linaje de los lobos, que había pequeñas familias casi por todos lados. No me preguntéis por qué. No es fácil que un humano acepte nuestra realidad, nuestra dualidad, y vivir escondiéndola eternamente es como fingir ser algo que no eres. Pocos serían capaces de hacerlo y ser felices al mismo tiempo. De ahí que lo más lógico fuese buscar otro dual con el que compartir la vida, o lo que sea.

Además, papá siempre había aspirado a que Gabriel siguiera sus pasos en el consejo, algo que no sería posible si él se acababa comprometiendo con una humana. Leyes de esas antiguas sobre nuestros secretos y la necesidad de preservar nuestra especie. Especie que, si me permites el comentario, se va a la mierda por sí sola. *Un estremecimiento*. Lo sé, lo sé, a mí tampoco me gustaba la idea. Pero es lo que hay.

Hubo una discusión a puerta cerrada entre mi padre y Gabriel, antes de que fuéramos conscientes de que Sophie era lo que era. Gabriel renunciando a todo, por ella. Algo que, en serio, me emocionó por completo. Supongo que por eso acabé suplicándole a Sophie y pidiéndole que le diera una oportunidad. Solo quería que Gabriel pudiera demostrarle la persona que era y lo profundos que eran sus sentimientos por ella. Incluso si al hacerlo me sentí como una gata traidora al mismo tiempo. Tom era como un hermano para mí. Y él... también sentía algo especial por ella, pero me excusé en que no podían sentirlo de la misma forma cuando me vi obligada a tomar partido.

Pese a los argumentos de mi padre, Gabriel no cedió y él tuvo que aceptar que su hijo estaba dispuesto a renunciar a todo por Sophie. Una humana que ni siquiera lo reconocía como a su pareja. Un drama. Sé que mi padre no estaba contento con eso, pero quiero pensar que prioriza nuestra felicidad.

Recordar aquello me puso alerta. *Nerviosas*. Fueron unos días de absoluta tensión con un aberrante triángulo amoroso y la amenaza que suponían Cloe y su tigre blanco de telón de fondo. Sí, quizás especialmente por eso. Y luego pasó lo que nadie sospechaba. Sophie era lo que era, después de todo. Una dual.

Tras esa revelación, Tom fue plenamente consciente de que no tenía posibilidades reales de acabar ganador en aquella extraña competición por el corazón de Sophie. La chica que tenía una voz que cobró fuerza y acabó transformándose en una dualidad como jamás se había visto antes. Una leyenda, según mi madre. Un antiguo linaje que en vez de bestia coexistía con una criatura mágica, mitológica, el fénix. Fue a raíz de conocer esa historia, de cómo otros duales los extinguieron cegados por la envidia de sus dones, que Gabriel se puso en su versión más sobreprotectora.

No es que mi madre estuviera especialmente contenta con esconderle eso a papá, pero no pudo negarse a su petición. El secreto de Sophie estaba a salvo. Al menos al principio. Hasta que un tornado dispuesto a arrasarlo todo, apareció en nuestras vidas. Un tornado llamado Sam. *Un gruñido satisfecho*.

Sí, Sam era genial. Un poco psicópata, no lo negaré, pero me encantaba cómo conseguía sacar a Tom de su zona de confort. Sam era fuego en estado puro, capaz de hacer que hasta el siempre calmado Tom alzara la voz de tanto en tanto. Era muy divertido ver cómo apretaba la mandíbula, tenso, intentando contenerse. Sí, ellos están juntos. El leopardo lo tuvo clarísimo desde el primer momento y, aunque Sam se lo puso un poco difícil al principio, más por cabezota que por cualquier otra cosa, ahora están muy bien juntos. Me alegraba mucho por él. Por ellos. Desde lo

de Sophie y Gabriel, Tom ya no era el mismo. Podía sentir que se alegraba por Gabriel, pero había perdido parte de su alegría, como si le faltase algo. Le faltaba Sam, supongo.

Tom me confesó hace un tiempo que sospechaba que lo que sentía por Sophie posiblemente venía por la conexión que existe entre ella y Sam. ¿Qué tenían que ver Sophie y Sam? Pues todo. Eran dos malditos clones, físicamente, aunque sus personalidades no podrían ser más dispares. Sospecho que Tom tenía razón, que el leopardo, de alguna forma, lo sabía. Sé que puede sonar raro, pero lo cierto era que con Sophie, Tom siempre fue sumamente galán y delicado; con Sam, era otra historia. A veces el felino toma el control, con eso todo está dicho. *Satisfacción*. Era poco probable, pero mi jaguar no perdía la esperanza. Algún día, quizás, nosotras también tendríamos suerte.

Era de esas cosas que una vez la has visto, aunque sea en tercera persona, era difícil no desearla. El reclamo entre dos duales. Aunque pese a ese punto de envidia, entendía que para Tom y Gabriel tenía que ser complicado. Una cosa era vincularse a un dual, otra cosa hacerlo con un pajarraco sabelotodo con sus propias opiniones al que, por lo visto, más de uno quería ver muerto. Mal rollo. Así que casi que les dejaba los fénix a ellos y, si algún día me decidía, me buscaría un lobo o alguien que fuera mucho menos complejo. Con Sophie y Sam ya estaba servida.

Pero claro, no podíamos quedarnos tranquilos, como personas normales, después de solucionar el problemilla de Cloe y su tigre blanco. Que normales no somos, vale, pero que también nos gusta relajarnos un poco. Igual era una ceniza, pero creo que el sistema de Sam era más eficiente a largo plazo que el de Sophie. Me explico.

Para empezar, el fénix de Sam mató a la madre de Cloe. Y no, no lamentaba la muerte de su madre. *Un ronroneo*. Exacto. No lamentábamos su muerte. Que probablemente no decía mucho de nosotras, si teníamos en cuenta que hace años había ido a su casa a jugar a muñecas con Cloe.

Sí, Cloe debería haber sido algo así como mi mejor amiga, por eso de ser dos chicas de más o menos la misma edad con un mismo secreto. La realidad era que nunca nos habíamos gustado. Ella siempre pretendía estar por encima nuestro, nos criticaba y no recuerdo una sola palabra amable por su parte. Por no decir que su tigre tenía el extraño antojo de intentar someternos y eso nos cabreaba. Mucho. Aunque podía ser toda arrumacos y palabras amables cuando intentaba seducir a mi primo o a mi hermano. Supongo que para lo que ella quería, un linaje de tigres blancos, yo era innecesaria. Lo que necesitaba tenía mucho más que ver con lo que les cuelga entre las piernas a los duales varones, básicamente.

Tampoco es que Dakota, la madre de Cloe, hubiera sido especialmente amable conmigo. Era más una obligación por ser yo quien era. Una dual, en primer lugar. Hermana y prima de los que eran, sin dudar, los dos duales más adecuados con los que emparejar a su hija. Y la sobrina de Assira Lou, una loba que fue su mejor amiga cuando eran niñas. No es que tengamos mucho contacto con mi tía, en cualquier caso. Cuando murió su marido, se largó con sus cachorros y nadie la ha visto desde hace tiempo, aunque sé que mi madre habla con ella. Ocasionalmente. Lo justo para saber que sigue viva. Y que sigue culpando al mundo, a los duales, de todo. No llevé bien eso de quedarse viuda.

Aunque seguramente, para Cloe y Dakota, lo que más peso tenía era el hecho de que mi padre formara parte del consejo. Sí, era un pez gordo, igual que James Watson, el padre y marido de ellas, respectivamente. *Un estremecimiento*. Sí, ese. Era un tipo un poco siniestro cuyo recuerdo prefiero obviar. Especialmente los últimos recuerdos que tenía de él. Junto a Cloe, intentando matarnos, básicamente. O intentando matar a Sophie, para ser más exactos.

Lo que me hacía volver a eso del plan de Sam y el plan de Sophie. No es que sea una superchunga, aunque supongo que con Sam cerca algo se me va enganchando, pero era innegable que, aunque la muerte puede ser algo terrible, era un final. No me gustaría ser Cloe en esos momentos. O James. Después de tantos años lanzando mierda sobre eso de que somos una superespecie y su fijación enfermiza con preservar nuestro linaje, los fénix les habían arrebatado su dualidad. Estaban vacíos, como si fueran tan solo humanos. Sin ánimo de ofender. Era un castigo más duro que la propia muerte, posiblemente. *Nerviosismo*. No, yo tampoco me imaginaba sin mi otra mitad. Éramos una, después de todo, incluso si éramos hasta cierto punto independientes la una de la otra.

Cuando la bestia estaba oculta dentro de mí, podía sentir parte de sus emociones, pero cuando tomaba presencia era cuando todo se volvía simplemente increíble. Podíamos ver y sentir todo al mismo tiempo. Una mezcla de lo que hacían las bestias y nuestra mitad humana al mismo tiempo. No controlábamos sus acciones. Las bestias son independientes y no están sometidas a nuestras órdenes, pero nuestros deseos e instintos van siempre en paralelo. No podría ser de otra forma porque, en el fondo, somos un único ser.

Personalmente, creo que hubiera sido más sencillo matarlos, en eso estaba a favor del plan de Sam. Pero los fénix son totalmente autónomos y Sophie se alió con ellos, básicamente. Que como castigo está bien, es retorcido, así que me encanta, pero las ha expuesto. O, mejor dicho, los fénix han quedado expuestos. Han pasado de ser una especie en extinción a ser una realidad de nuevo en nuestro mundo. Y por lo que el padre de Sam le explicó y sus encuentros con algunos de los nuestros, sabemos que aún hay duales que siguen buscándolos. Y no para formar parte de su club de fans precisamente. Para nada. Las quieren muertas.

Al principio mi madre pensaba que era por un antiguo rumor de que su magia les permitía engendrar en humanos, algo que sería lo más, la verdad. La solución a muchos de nuestros problemas. Pero no, visto lo visto, era mucho más probable que fuera por ese poder que ostentaban y que nos podría comprometer a todos. Arrebatarnos nuestra dualidad. Acojonaba, en serio. *Un gruñido*. Sí, ya sabía que Sam y Sophie jamás nos harían eso, pero podía entender que el miedo era una emoción peligrosa y saber que existía alguien capaz de hacer eso podía hacer que más de uno se volviera histérico.

Que nada de esto se supiera en el consejo era grotesco. Lo que nos hacía pensar que existen grupos o familias que sabían cosas que no compartían. Y, sí, sospechábamos del resto de los Watson, pero como eran un linaje importante y con contactos dentro del consejo, preferíamos mantenerlo en secreto. Lo que no sabíamos era qué había explicado y qué no al resto de su comunidad James Watson. Si confesaba que ya no era un dual, perdería todo por lo que había luchado durante todos estos años. Sería un marginado, uno que sabía demasiado. No creíamos que fuera muy inteligente por su parte hacer público lo que le había pasado. La existencia de Sophie y Sam, vamos. Y eso nos daba un poco de tiempo para intentar descubrir algo sobre la historia de los fénix. De la familia de la madre de Sophie y Sam y de los duales que, de alguna forma, habían intentado matar a Sam durante todos estos años.

Este era el verdadero motivo por el que acepté estudiar en una ciudad perdida en Alemania con el controlador de mi padre husmeando en lo que hacía o dejaba de hacer con mi vida. Arriesgarme a vivir durante esos meses con tres estudiantes que eran de lo más humano que podías echarle en cara. Sin Ruth. Ni Sophie ni Sam. Incluso sin los pesados de mi hermano o mi primo. Sola. No, no me quejaría. Si pensaba en lo que había vivido Sam a lo largo de su vida, no tenía derecho alguno a hacerlo. Supongo que era hora de que madurara, y eso.

Nuestra única baza para descubrir algo sobre los fénix era la vieja biblioteca del consejo. Jamás habría dicho que me metería allí dentro por voluntad propia, porque eso de las intrigas políticas a mí jamás me había gustado y el consejo lo evitaba como si me diera urticaria. En cualquier caso, no había sitio para una mujer en el consejo. ¿Que suena arcaico y tocapelotas? Sí, bastante, pero era nuestra realidad. No era una ley como tal, pero era algo que simplemente se sabía. Eso era algo que me irritaba incluso si jamás había tenido ese tipo de interés. Los animales no son de jerarquías inclusivas. En nuestro mundo, mandaba la ley del más fuerte. Por suerte para mí, era un gran felino.

—¿Estás bien? —*Me tensé*. Sonreí observando a Ignacio. Por quitarle hierro.

—Nunca me ha gustado volar —le confesé con cierta timidez.

—¿Qué asiento tienes? —me preguntó con una ligera esperanza en su mirada. Su voz era suave pese a ser un par de tonos más grave que la de la mayoría de chicos.

—Estoy con Madison —le confirmé con seguridad; habíamos revisado los asientos a primera hora, antes de que él llegara—. Ya le he pedido que me dé la mano cuando el avión despegue. Me da un miedo atroz.

—¡Qué exagerada! —bromeó él. Éramos cuatro en esta absurda aventura. La de ir a estudiar unos meses a Colonia. En lo referente a lo de los fénix, estaba sola. Que tendría a mi padre a mano, si me encontraba en un apuro, pero no era la idea.

—Un poco, lo admito. —Me daba un palo que ni te cuento. Eso de volar. Soy terrestre. Era mi instinto.

—¡Qué nervios tengo! —exclamó Madison. Sonreí. Madison era un de esas personas con una energía arrolladora. De las que a veces empujan sin apenas darse cuenta. Pero no era mala chica. O al menos, no tenía mala intención. No era como Cloe, quiero decir. *Un ronroneo*. No, era cierto que, si las comparaba con Cloe, todas las chicas que conocía eran majísimas. Al menos no intentaban matarme.

Madison era la que solía llevar la voz cantante en el grupo. Tenía iniciativa, eso no podía negársele a la chica, y un punto desvergonzado que hacía que fuera una compañera de fiesta formidable, aunque no tenía muchas amigas. Excepto a nosotras, la verdad, pero más por un tema de exclusión que no por preferencia. El problema de Madison eran los hombres. Los quería a todos. Se enamoraba en el tiempo en el que yo tardo en manifestar mi mitad animal, o seáse, unas fracciones de segundo. Todos eran su amor verdadero. El único y definitivo. ÉL. Así, con acento y resumiéndolo todo en dos letras mayúsculas para darle más fuerza. Al menos, era ÉL durante unos días o unas semanas. Creo que ninguno le había durado más que unos pocos meses porque, claro, para entonces conocía a su nuevo príncipe azul, a su nuevo ÉL.

Madison era guapa. No diré despampanante, pero supongo que entre su físico y su personalidad la realidad era que había sido capaz de romper tres parejas de nuestra clase de la facultad, había interferido en varios casi-noviazgos y más de la mitad de las féminas de nuestra clase se la tenían jurada. Supongo que por eso Annie y yo éramos para Madison algo así como las mejores amigas habidas y por haber. Las únicas que tenía en la facultad, eso también.

Conmigo no había problema de triángulos amorosos porque yo casi que pasaba de enamorarme, especialmente de un humano. Que no significaba que no me gustaran los hombres, pero no era plan de dejar salir al jaguar a medio polvo. Y esas cosas podían pasar. Mejor prevenir. Annie tenía un novio que como si fuera marido. Para mayor seguridad, vivía en la otra punta del país y solo se veían un par de fines de semana al mes. Incluso con eso, lo llevaban bien. Eso sí, no solía traerlo con nosotras cuando venía a pasar el fin de semana. Si era porque no

salían de su cuarto o porque prefería evitar que Madison hiciera de las suyas, no podría asegurarlo. Si no había un hombre por medio, Madison era un auténtico encanto. Le podían las hormonas, sin más.

Me gustaría que Ruth estuviera aquí, lo admito. Hasta que llegaron a mi vida las gemelas, Ruth era la única persona con la que podía ser yo misma. Mi madre y sus padres habían sido amigos íntimos desde niños y ellos también saben lo nuestro. Creo que a mi padre eso en concreto no le gustaba especialmente, pero no tenía nada que hacer para cuando conoció a mi madre. Madison y Annie son majas, pero no era como que tenga intención alguna de mostrarme. Congeniamos y nos reímos juntas, pero no confiaba en ellas hasta ese punto. No, quizás no era mucho, de acuerdo, pero estaba bien sentirse un poco normal de tanto en tanto y ellas me hacían sentir así. Normal. Hablábamos de ropa, de arquitectura, de chicos y cosas de esas. Solo había un chico en nuestro grupo. No era un ÉL pero tampoco era invisible y, desde luego, yo no era ciega.

Él y yo siempre nos habíamos llevado bien, aunque tampoco habíamos tenido mucho contacto, que digamos. En parte era culpa mía, lo admito. Me suelo alejar, discretamente, de las personas que me atraen del sexo contrario. Supervivencia, como diría Sam. No era como que Ignacio me pusiera como una moto, pero era interesante y ese carácter tranquilo suyo, mucho menos temperamental que los jaguares varones de mi familia, me ayudaba a relajarme. *Un ronroneo*. Eso. Me recordaba un poco a Tom, pero sin bestia acechando entre las sombras ni ese sentimiento un poco sobreprotector suyo que a veces me irritaba. Admito que era atractivo. Pelo oscuro y ojos marrones enmarcados por unas cejas pobladas que a veces alzaba a destiempo con gesto sorprendido. Se mantenía en forma y, aunque seguramente podría tumbarle sin mucho esfuerzo, sabía qué ropa ponerse para lucir divinamente ese cuerpo suyo. No me quejaba de las vistas, la verdad, pero pensar en compartir con él piso ya era otra cosa. Porque a veces sentía ese runrún en el vientre cuando sus miradas eran más intensas. Me parece que lo eran, vamos. No es que yo sea una experta en eso del coqueteo. *Me remuevo inquieta*. Genial, solo me faltaba que le diera ahora por salir al bicho. Un letrero anunció el embarque de nuestro vuelo.

—Todo irá bien —me susurró Ignacio mirándome con expresión tranquila.

¿Todo? ¿A qué se refería con todo? ¿Al vuelo? ¿A compartir piso con tres humanos? ¿A tener que ocultarle mil cosas a mi padre? ¿A lo del linaje de los fénix? ¿A él y yo encerrados día y noche entre cuatro paredes? Suspiré, obsequiándole media sonrisa.

¡Ojalá Ignacio fuera otro fénix perdido que me augurara la buena nueva!

Aunque sinceramente, cualquier otra locura era más probable que eso.

## II Laura

A MI PADRE que no me quedara en el consejo a vivir estos meses, mucho no le gustó. Pasada la decepción inicial, nos buscó un piso que cubriera nuestras necesidades. Cuatro habitaciones individuales en una zona bien comunicada. No creo que su ilusión respecto a tenerme en el consejo fuera mucho por pasar horas conmigo, siendo realistas, sino más bien por el hecho de que allí siempre había duales que iban y venían. Algunos solteros de menos de treinta años y, sí, esos eran los que tenía un interés personal en que conociera durante mi estancia.

Con Gabriel había medio perdido la esperanza, así que su linaje dependía de mí. Sin presión, claro. Estaba segura de que estaba contento con que Gabriel fuera feliz, pero no era lo que él quería para mi hermano y eso le entristecía al mismo tiempo. Es complicado. Solo esperaba que le explicaran todo lo de Sophie pronto para dejar de sentir esa presión sobre mis hombros.

Al margen de sus deseos casamenteros, admito que me apetecía sociabilizar un poco. Con duales, me refiero. *Un gruñido*. Estaría bien ampliar mi pequeño círculo social. Conocer gente y poder dejar al jaguar suelto de tanto en tanto, sin preocuparme por quién andaba cerca o dónde estaba. Ese tipo de cosas son normales en el consejo. Así que me pasaría bastantes horas allí metida con esa excusa mientras disfrutaba, nótese el sarcasmo, leyendo manuscritos antiguos. Preferiría mil veces pasarme esas horas correteando por el Königsforst, pero me gustaría no volver con las manos vacías. Darles alguna respuesta a las gemelas y liberar parte de la presión que tenían en el pecho mi hermano y mi primo.

Lo primero que hizo Annie al aterrizar fue llamar a Andrés. O séase, su novio. Aunque no lo conozcamos, éramos conscientes de que no era imaginario porque hablaban a diario. Varias veces. Era fácil saber cuándo estaba hablando con él porque se escuchaban palabras melosas y un tono de voz empalagoso que hasta se volvía un punto ridículo. Hormonas. Amor. Lo que sea. Madison y yo caminábamos con Ignacio entre nosotras, dándole un poco de intimidad. Para cuando recuperamos las maletas, ya habían acabado de decirse todas las carantoñas posibles e inimaginables. No, en mi familia no había tanto romanticismo, pero nadie nos ganaba a dramas. Suerte que mi madre era una mediadora nata, aunque tenía ese vicio suyo de psicoanalizar a todo el mundo que a veces era un tanto molesto. Nadie puede ser perfecto, supongo.

Era un aeropuerto grande, pero no me costó encontrar a mi padre. Tengo un buen olfato. Le observé mientras nos acercábamos. Oía de fondo los cuchicheos de Madison y Annie a mi espalda. Sí, mi oído también era más fino que el de un humano del montón. Venía por el jaguar. Supe dónde estaba incluso antes de verle allí de pie, con ese porte de quien se sabía poderoso. *Orgullo*. Ya salió ese punto posesivo de la bestia, para variar. Nos sonreímos, reconociéndonos, pese a la distancia. Somos una familia fuerte. Unida. O lo éramos hasta que los secretos nos distanciaron de todos los mayores exceptuando a mi madre.

Mi padre vestía una levita de color oscuro que se abría ligeramente antes de llegarle a las rodillas de forma casual. Debajo usaba ropa formal, un traje de colores oscuros. No era mucho de ropa alegre y colores estridentes, aunque debajo de tanta sobriedad había un buen hombre. Solo que a veces costaba llegar hasta allí.

Me dejé abrazar mientras mis compañeros se quedaban a pocos pasos. *Cálido*. Siempre se había sentido así. *Familiar*. Me gustaba esa sensación de seguridad que sentía cuando sus brazos me arropaban. Era exactamente igual que cuando era tan solo una niña. La culpa nos golpeó. *Me*

*removí inquieta, de nuevo.* No me gustaba esto de tener secretos con él y, no, no me refiero a un par de preservativos en el bolso o a un paquete de tabaco. Dos fénix volando por el cielo, sobre unas viejas ruinas, capaces de arrebatarme a un dual su parte animal. Joder, es que era muy fuerte. Tarde o temprano se lo tendríamos que contar, digo yo.

Soy de las que cree que la felicidad de mi padre superaría con creces sus reparos cuando supiera que Sophie era en realidad una dual con un fénix como bestia. Al fin y al cabo, siempre había querido que Gabriel acabara con una dual. Que fuera una que pertenecía a un linaje en riesgo de extinción creo que no eclipsaría la felicidad de conseguir algún pequeño jaguar como nieto. ¿O tal vez serían fénix? ¿Sería más fuerte la dualidad de Sophie que la nuestra? En cuanto a fuerza bruta, no había color, pero, claro, su ave era mágica y tenía la capacidad de hablar. No podíamos competir con eso.

—Bienvenidos —les saludó tras separarse de mí.

Su gesto era amable, aunque tenía ese punto analítico y frío que le había dado la vida. Se paró un par de segundos de más observando con gesto duro a Ignacio. *Una advertencia.* Sí, mi padre era de esos. Solo le faltaría que ahora a mí me diera por liarme con un humano. Que estaría bien liarme con alguien, pero mi dualidad era un poco temperamental y eso no ayudaba precisamente. No podía controlarla cuando estaba nerviosa, así que probablemente moriría virgen si no encontraba a un dual que fuera más o menos aceptable. Lo tenía asumido.

—Papá, te presento a Ignacio, Madison y Annie —los presenté a todos mientras ellos le saludaban con cierto nerviosismo. Creo que a veces las personas podían sentir, de alguna forma, a nuestras bestias—. Este es mi padre, Gael Grant.

—Vamos, espero que os guste el piso —nos animó, haciendo un gesto afirmativo. Cogió el asa de mi maleta con una mano y con la otra enlazó sus dedos con los míos. Empezamos a caminar cogidos de la mano mientras el resto del grupo nos seguía los pasos—. ¿Estás segura de esto?

—Totalmente —le aseguré con una sonrisa—. Cuando no esté en la facultad me pasaré por la biblioteca del consejo a pasar el rato, pero necesito un poco de normalidad.

—Y eso incluye fiestas y un piso compartido —murmuró mi padre y no sabía decir si estaba divertido con todo aquello o por el contrario lo criticaba abiertamente.

—Muchas fiestas —le provoqué con una amplia sonrisa. *Un ronroneo juguetero.* Nos miramos y sonreímos.

—Claro, muchas fiestas —afirmó mi padre mirándome con una sutil advertencia que perdía fuerza con su sonrisa.

—Quedamos en que yo haría lo que quisiera y a cambio acudiría a alguno de esos eventos tuyos —le recordé con mirada astuta.

—Hacer lo que te dé la santa gana no fueron exactamente las palabras que usó tu madre —se burló mi padre. Hice una mueca.

—Prometo pasar horas en la biblioteca —le aseguré—. En serio. Tengo mucha curiosidad de ver todo lo que hay allí. Mamá dice que hay libros que tienen varios siglos de antigüedad y que están registrados todos los linajes que se han localizado hasta ahora.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hija? —me preguntó mi padre con mirada divertida. Pasarme las horas encerrada en una biblioteca en otros momentos me habría sonado a tortura, pero ahora tenía un aliciente. Dos, de hecho. ¡Lo que sería capaz de hacer por mis amigas! Si había estado dispuesta a matar, digo yo que me podría pasar las tardes en la puñetera biblioteca mirando libros.

—Muy gracioso —protesté—. Llevas tantos años escapándote de casa para venir aquí que al final me ha picado la curiosidad.

—No es tanto escapar como asumir responsabilidades —me corrigió mi padre. *Sentimos su diversión*. Los matices.

—Lo que sea —murmuré mientras sentí al jaguar removerse dentro de mí. No era el mejor lugar del mundo para mostrarse, y lo sabía, pero le gustaba jugar con mi padre. Nos gustaba. Me miró y creo que él también lo sintió. La conexión de los animales, incluso cuando a veces las palabras no salen. Éramos familia, al fin y al cabo.

Paseé por el piso con cierto nerviosismo. La música de Madison sonaba a todo trapo por un altavoz portátil que había instalado en el comedor mientras empezábamos a hacer de aquellas cuatro paredes nuestro nuevo hogar. Todo un reto.

Había estado viviendo en la habitación de Sophie durante bastante tiempo y la experiencia me había encantado, pero no era lo mismo compartir un piso que tener una habitación aislada con baño propio. Además, Ruth estaba en la misma residencia de estudiantes y gracias al cambio yo me podía despertar bastante más tarde, algo que para alguien que de base es noctámbulo, era un plus. Sophie no es que estuviera precisamente descontenta con el cambio, teniendo en cuenta que se había instalado en un piso con Gabriel. Su nidito de amor.

Dejé la puerta abierta mientras colocaba mis cosas en el armario. Me sentía bastante aliviada con el pestillo que había en la puerta. Sospechaba que aquello era cosa de mi padre, la verdad. Me gustaba poder disfrutar de un poco de intimidad. Mi dualidad era un poco noctámbula y le gustaba manifestarse de noche. Estar dormida y despierta al mismo tiempo era un poco raro, incluso para nosotros, pero que deambulara a su antojo durante esas horas nos daba un cierto equilibrio. Sí, dormir de verdad, dormíamos poco, pero no había nada que un buen café con leche de buena mañana no pudiera arreglar.

Me gustaba la sensación de independencia. De tener mi propio espacio. Incluso si tenía que compartirlo. *Y reprimirme*. Sí, eso también. Era algo temporal. Tres meses. Y preferíamos mil veces esa oportunidad de mantener una cierta normalidad que no vivir encerradas en el consejo bajo la supervisión constante de otros duales. Y de papá.

El consejo era un sitio de esos solemnes en los que las risas de un niño o las travesuras de un cachorro no son necesariamente bien vistas. Un muermo, vamos. Prefería despertarme con la música estridente de Madison, los ruidosos pitidos del teléfono de Annie y las carcajadas de Ignacio. Especialmente con estas últimas. *Me remuevo*.

El consejo se ubicaba en un edificio que, a simple vista, parecía un bloque de oficinas cualquiera en pleno centro de la ciudad. Un sitio que pasaba por completo desapercibido. Excepto por una cosa: las ventanas. Todas ellas estaban tintadas de un color oscuro que creaba suaves reflejos del exterior, como si fueran espejos. Algo de lo más decorativo, en serio, pero que era especialmente útil porque dentro podías encontrarte cualquier cosa. O, mejor dicho, cualquier bestia.

Por dentro no destacaba por sus detalles lujosos, pero tampoco se caía a pedazos. Había varios pisos con habitaciones que generalmente se mantenían vacías y el resto eran salas comunes en las que destacaba nuestra gran biblioteca. Su contenido era uno de nuestros grandes tesoros y era el motivo de que el edificio estuviera vigilado y que solo los duales tuviéramos derecho de acceso, lo que implicaba que teníamos que gestionar nuestras propias necesidades y el mantenimiento de todo lo que había dentro del edificio.

El consejo era nuestro centro político, podría decirse. Allí se atesoraba todo lo que sabíamos de nuestra historia. De las familias que habían sido registradas y de aquellas que ya se habían perdido. Linajes muertos. Extintos.

En ese edificio, un tanto decrepito, era también donde se reunía el consejo para tomar decisiones y organizar las tareas de preservación de nuestra especie.

Mis padres se casaron allí. Sí, a veces se organizaban celebraciones, pero no os imaginéis fiesta y jolgorio, son actos mucho más solemnes. Largos discursos y como mucho un chinchín. Somos lo más, vamos.

El consejo promovía la celebración de encuentros entre duales un par de veces al año que se hacían, por motivos de seguridad, entre aquellas cuatro paredes. Les llamaban presentaciones en sociedad, algo que siglos atrás hasta debía sonar bien. Ahora no tanto. En cualquier caso, si un dual quería conocer a alguien para crear una bonita familia, era el mejor sitio para conseguirlo. El único, probablemente. Y, sí, cuando digo alguien, me refería a otro dual. No nacen duales de parejas que no estén formadas por dos duales. O, al menos, es lo que siempre habíamos pensado porque luego está la extraña historia de los fénix, pero ya volveré a eso más adelante porque al resto de duales, sus particularidades nos vienen grandes. Nuestra actual situación es complicada: estamos al borde de la extinción. Es lo que hay, aunque algunos se resisten a aceptarlo y por eso se promueven encuentros entre duales jóvenes para fomentar las parejas entre miembros de nuestra especie y que nuestros linajes no se pierdan. Ya se han perdido muchos, de hecho.

Algunos, como mi hermano o mi primo, eran los candidatos perfectos con los que muchas madres soñarían aparearse a sus hijas. Cloe estaba loca, pero conociendo la obsesión patológica que tenían sus padres por mantener su linaje a veces me daba más pena que otra cosa. Y ahora ya no tenía linaje alguno que preservar. No puede negarse que a los fénix les gusta jugar fuerte. Incluso si al hacerlo se habían expuesto. Insisto: Sam tenía razón, hubiera sido más fácil matarlos. Menos elegante, sí. Moralmente mucho más duro, probablemente. En cualquier caso, a lo hecho, pecho. Ya no podíamos dar marcha atrás.

—¿Vamos a dar una vuelta? —Madison sacó la cabeza por el marco de mi puerta. Sus ojos brillaban emocionados. Estábamos todos un poco nerviosos. *Todos*. De aquí un rato tendría que dejarle explorar nuestra nueva habitación, lo del avión no nos había gustado.

—¡Claro! —exclamé mientras cerraba el armario y me acercaba a ella.

—¿Alguien se apunta a un paseo para conocer el barrio? —gritó Madison haciendo que mis tímpanos temblaran.

—¡Yo! —se añadió Ignacio tras aparecer con una camiseta limpia. Yo ni siquiera había pensado en cambiarme, obvio.

—Yo me quedo —negó Annie—. Quiero mirar lo de la conexión a internet para poder hacer luego una videollamada.

—¿A Andrés? —le pregunté.

—No, ¡a su amante! —exclamó Madison. No me imaginaba a Annie teniendo un amante, la verdad. Madison era otra cosa, pero mira, igual con tres o cuatro al mismo tiempo se centraba. En otras culturas no estaría mal visto, el problema es que había ido a caer al mundo de la monogamia y eso era incompatible con su forma de ser.

—¡Largo! —nos dijo Annie mientras Madison reía por lo bajo.

Bajamos las escaleras de dos en dos, dando pequeños saltitos, después de cerrar la puerta con tanta energía que el ruido se escuchó en todo el edificio.

—No sé si va a afectarme tanto amor, con Annie y Andrés hasta en la sopa —bromeó

Madison cuando salíamos ya a la calle.

—Con lo bonito que es el amor —le solté yo con una sonrisa. Que lo pienso, en serio. Pero no me aplicaba el cuento. Me encantaba lo que tenían mi hermano y Sophie o mi primo y Sam. Soy de esas, de las que sueñan, incluso si soy consciente de que son solo sueños.

—Quién sabe... —dijo Ignacio y me miró fugazmente. Me sonrojé y, para que no se notara, decidí que era el momento perfecto para mirar las puntas de mis desgastadas deportivas. *Cobarde*. ¿Era eso una crítica?

—Es verdad —intervino Madison—. ¡Igual conozco al hombre de mi vida!

—¿Al octavo hombre de tu vida quieres decir? —le solté como si nada y Madison empezó a reír. Al menos nos tenemos ese tipo de confianza. Ignacio sonrió, pero se contuvo de añadirse a nuestras carcajadas. Era discreto, el tío.

—Igual ese es el definitivo —aseguró Madison con expresión confiada.

—Y si no, que te quiten lo bailado —añadí a la brava y ella volvió a explotar en carcajadas.

—¡Tú lo has dicho! —exclamó—. ¿Y tú? ¿No te gustaría uno de estos germanos? Tendríais unos niños rubios con ojos claros preciosos.

—¿Qué tienen de malo los morenos? —protestó Ignacio entre risas.

—Demasiado latinos —aseguró Madison—, Laura necesita uno de esos más estirados, más fríos.

—Ni que yo fuera una estalactita —me quejé.

—Al hielo, fuego —me soltó Ignacio con mirada traviesa y, sí, una de esas miradas. Tengo pestillo. Y un jaguar durmiendo a los pies de la cama. No, sexo loco y desenfrenado la primera noche en Colonia era algo totalmente descartable. Apetecible, un poco.

—Admite que eres un poco fría —me recriminó Madison. Gran error mío el día que le confesé lo de mi virginidad. Desde entonces creo que se piensa que soy asexual o algo así, como si no sintiera el deseo o la necesidad física. *Me remuevo*. Soy un maldijo jaguar, llamarme instintiva es quedarse corto, pero, claro, tengo un máster en lo de inhibirnos.

—No es fría —le cortó Ignacio que me parece que era consciente de que yo estaba ligeramente molesta con el comentario—. A veces hay personas a las que tienes que ir conociendo poco a poco hasta llegar a su centro.

—¿Con lo del centro te refieres a sus bragas? —Hoy Madison estaba especialmente gilipollas, cierto. *Irritación*. Si por la bestia fuera, jugaría un rato con Madison. Nos cae bien, pero a veces nos gustaría... ser nosotras de verdad.

—Me gusta la ropa interior estampada con las manchas de los leopardos —les solté y sentí una cierta satisfacción dentro de mí. *Un ronroneo satisfecho*—. Las tuyas suelen ser negras y lo saben en toda la facultad. ¡Adiós al efecto sorpresa!

—¡Vete a la mierda! —me contestó Madison con una amplia sonrisa. Sí, era así de bruta, pero al menos no le molestaba si te ponías a su altura. Era una de las cosas que me gustaban de ella.

—Así que de leopardo —murmuró Ignacio mientras se mordía sugerentemente el labio inferior, divertido.

—Ya sabes, ¡adiós al efecto sorpresa! —se burló Madison que nos observó con ojos astutos. Mala cosa. O igual no. Quizás si pensaba que Ignacio me interesaba se ocupaba de tenerlo entretenido. Que me molestaría un poquito, lo admito, pero solucionaría un posible problema. A medio plazo.

—Incluso sin efecto sorpresa, estaría más que dispuesto —bromeó Ignacio y Madison empezó a reír mientras yo me volvía a sonrojar. Vale, a corto plazo.

—Vigila tus bragas —me soltó Madison tras recuperarse de la risa.

Puse los ojos en blanco y empecé a reírme, como si todo aquello no fueran más que palabras vacías. Bromas absurdas. Que lo eran, aunque mi dualidad se movía inquieta. *Ella lo sentía*. Y yo no era tan tonta como para ignorarlo. Ignacio y yo en un mismo piso podía acabar siendo desastroso. Y si era consciente de eso, ¿por qué me sentía nerviosa y hasta emocionada al pensarlo?

### III

## Laura

MI PADRE me paseó como un pavo real por todo el edificio. No estaba mal, realmente, aunque para mí aquellas paredes eran muy frías. Me presentó a seis personas entradas en años, duales todos ellos. No les pregunté por sus bestias. En primer lugar, porque no es de buena educación ese tipo de preguntas. No le preguntas a tu compañero de pupitre qué notas tiene cuando acabas de conocerlo, así que tampoco le preguntas qué tipo de animal es a un dual cuando acabas de conocerlo, incluso si te mueres de ganas de saberlo. En segundo lugar, porque cosa rara, las bestias no andaban lejos. Era lo bueno de estar en un lugar seguro en el que podíamos mostrarnos como un todo y no solo como una de nuestras partes. Localicé a un mono que colgaba de una lámpara vintage de lágrimas blancas, varios gatos negros paseándose por los pasillos y hasta había visto a un pobre ratón, escurridizo, en medio de tanto felino.

Lobos y gatos son los duales que han sobrevivido con mayor facilidad, además de otros animales pequeños, como el pobre ratoncito de color gris al que quería perseguir mi jaguar para entrar en calor. *Tentador*. Cosas del instinto y tener a la bestia encerrada tantas horas. *Aburrimiento*. Eso. Nos comportamos con bastante dignidad, recibiendo elogios y, sí, escuchando la larga lista de hijos, nietos y sobrinos de unos y de otros. Todos eran grandes hombres. Grandes duales. Y luego estaba la palabra clave. Solteros. Me arrepentía de haberle prometido a mi padre que acudiría a una de esas presentaciones en sociedad que coincidía con mi estancia en Colonia. Mucho.

Tras aguantar estoicamente aquello, conseguí encerrarme en la biblioteca.

Era enorme y eso no nos animó especialmente. Dejé que el jaguar saliera y se paseara por los pasillos a su antojo, viendo a través de sus ojos aquellos montones de estanterías, perfectamente alineadas, con un número casi infinito de libros. Menuda mierda.

¿Teníamos que leernos todo eso?

*Ronroneó divertida*. Claro, ella estaría por allí jugueteando mientras yo hincaba los codos. Miré el reloj. Dos horas. Había quedado con el resto para cenar en un local que alguien le había aconsejado a alguien. No, no me había enterado mucho, cierto. Pero es que estaba con los nervios a flor de piel cuando Annie me lo había dicho, pensando más en la biblioteca y en poner mis pies y patas sobre el suelo del consejo que en dónde cenaríamos, así que había escuchado palabras sueltas.

Dos horas estaban bien para empezar. Sin demasiados agobios. O no más agobios que el propio hecho de ver todo lo que se había recopilado sobre nosotros. Bueno, lo cierto era que no todo tenía relación directa con nosotros. Había infinidad de tratados de veterinaria y medicina, por ejemplo. De astronomía, también. Y de geografía. Muchos. ¿A quién le podía gustar estudiar algo así? A mí no, pero los padres de Tom se dedicaban a seguir las líneas migratorias animales para intentar localizar familias de duales y linajes perdidos. Habían encontrado alguna. No muchas, pero eran pequeños grandes logros. Siendo realista, nos íbamos a pique, sin más, pero los hay que aún tenían esperanza.

Fui hacia la zona en la que mi parte animal había visto los libros de historia. No tenía muy claro qué encontraría allí, pero estaba dispuesta a descubrirlo. Cogí un grueso tomo de cuero en el que estaban estampadas letras doradas en el lomo y lo dejé en uno de los atriles. Había muchos dispuestos sobre las mesas, casi todos vacíos. Igual que las mesas o la propia biblioteca. Observé

el espacio que me rodeaba. Vacío y silencioso. En otros tiempos, en otras épocas, aquello no había sido así. Éramos muchos. O al menos, éramos más. Y, sin embargo, ahora aquí estaba yo. Nosotras. Más solas que la una. Nuestra especie acabaría por extinguirse. Y algunos seguían sin asumirlo. Estúpidos. Todos ellos.

—¿Y qué se supone que estás haciendo con tu padre? —me preguntó Annie y me tensé. Estaba centrada en mis propios pensamientos, para variar, y había desconectado de la conversación.

—Si te soy sincera, ni lo sé —le contesté haciendo una mueca mientras todos reían ante mi respuesta. Sí, era el centro de atención en esos momentos. Justo cuando me venía un tercer grado sobre mi otro mundo. Mentiras reconstruyendo más mentiras. La historia de mi vida.

—¿En qué trabaja? —me preguntó con curiosidad Ignacio.

—Él también estudió arquitectura —me centré en la verdad—, aunque ahora no lleva proyectos y está más metido en temas de gestión.

—¿Tu madre es psiquiatra? —siguió el interrogatorio Madison.

—Sí, mi padre suele pasar temporadas largas aquí por el trabajo, ella en cambio tiene el despacho al lado de la facultad —le contesté.

—Habrás oído historias rarísimas —apostó Madison.

—Te aseguro que sí —le contesté con una sonrisa, pensando en Sophie y en su voz.

—¡Cuenta, cuenta! —me pidió Madison emocionada.

—No sé mucho, mi madre no es de las que hablan sobre su trabajo. Le gusta, eso sí —les expliqué—. Es capaz de que te des cuenta de cosas que ni siquiera te has planteado y que resulta que son primordiales.

—¿No será que te manipula? —me preguntó Madison con cierta desconfianza. Le sonreí. A ella igual le irían bien un par de sesiones con mi madre. No tanto porque estuviera loca o enferma, sino porque había algo en su comportamiento que creo que hablaba de inseguridad. O quizás justamente era lo contrario. No, no era mi vocación, pero a mi madre se le daba bien ayudar y a veces me daba la sensación de que Madison necesitaba eso. Ayuda. Era solo una sensación, quizás sin sentido. ¿Quién era yo para juzgar lo que hacía o dejaba de hacer ella con su vida?

—No —negué—. No es de esas. Le gusta que seamos autónomos. En todo esto la que más me ha apoyado ha sido ella. Si fuera por mi padre, viviría bajo su mismo techo y me daría menos cuerda que a un perro.

—Se le ve serio —afirmó Ignacio con media sonrisa.

—Lo es —le contesté—. Tiene mucha presión en el trabajo. Supongo que eso no ayuda.

—Mis padres son abogados —me explicó entonces—. Sabes cuándo tienen un caso importante porque están irritados y cuando pierden uno, es mejor no cruzarse con ellos.

—Trabajar es una mierda —sentenció Madison y todos elevamos nuestras cervezas para apoyarla en esa afirmación.

—Y entonces, ¿vas a pasarte muchas horas metida allí sin saber exactamente qué haces? —me preguntó con un tono mitad burla y mitad suspicacia, Ignacio.

—Muchas —afirmé.

—Y lo dices tan feliz.

—No está mal —puntalicé—. Es una biblioteca enorme.

—Igual podríamos ir para cuando tengamos que estudiar para los exámenes —se animó

Annie con mirada cómplice.

—Tienes que ser vip para entrar allí —negó Madison con cierta malicia. O envidia. Lo que fuera.

—Solo socios, sí —afirmé—. Es un club de esos viejos y arcaicos en los que no pasa nada. No os gustaría.

—¿Y qué tienes que buscar exactamente allí? —me preguntó Annie que estaba un poco confundida con todo aquello.

—Le prometí a mi madre que pasaría horas allí para que mi padre estuviera contento y me dejara instalarme en el piso —mentí—. Apasionante, en serio.

—Igual ni se da cuenta si vas o no —murmuró Madison.

—No quiero jugármela —le dije—. Además, ya me va bien estar allí revisando apuntes y estudiando el idioma, me entero solo a medias en clase.

—Eso sí —cedió Madison.

La conversación se desvió a temas mucho menos comprometedores. Más seguros. Sonreí y me relajé. Les observé. La familiaridad con la que interactuaban. Era fácil dejarse llevar. Pensar que era una más. Incluso si no lo era.

Cuando entré en mi habitación, tras despedirme de ellos, dejé que el jaguar saliera. Se estiró en toda su longitud, ansioso por ponerse a correr. Hoy no. Mañana. Mañana buscaríamos un rato. El que fuera. Ronroneó y le miré con una expresión recriminatoria mientras miraba en dirección a la puerta y sentí parte de su diversión.

Me dejé caer en la cama y marqué el número de mi hermano en mi teléfono.

—¿Has encontrado algo?

—Hola, mi muy querido hermano. Yo también estoy feliz de oírte. Y, sí, papá está estupendo, como siempre.

—Vale, ¿cómo estáis? —rectificó Gabriel, aunque sabía que lo hacía a regañadientes.

—Bien —le contesté mientras el jaguar me sostenía la mirada y empezaba a husmear entre la ropa de mi armario, ignorándome después—. Y no, no he encontrado nada de nada. Pero es el primer día que piso la biblioteca y es asquerosamente enorme. Esto es un coñazo, que lo sepas.

—Puedo imaginármelo —admitió.

—Ya les puedes decir a esas dos que me deben unos cuantos cubatas.

—Tú no bebas.

—Pues me estoy planteando empezar ahora.

—¿Qué tal el piso? —me preguntó mi hermano ignorando mi comentario. La bebida no nos sube apenas, así que no perdemos el tiempo en buscarla.

—Papá ha instalado pestillos —le conté y Gabriel empezó a reír—. Bien, adaptándome.

—Lo harás bien —me aseguró—. ¿Quieres hablar con Sophie?

—No, solo dile que he llamado —negué.

No tenía ganas de decirle que no había encontrado nada. Lo que me apetecía era darle una gran noticia, no migajas. Además, nos habíamos estado enviando textos esos días. Compartíamos un grupo de chicas, Sophie, Sam, Ruth y yo. No es que hubiera muchas novedades que contarnos, pero si había alguna, solíamos compartirla gustosas.

—Intenta descansar —me aconsejó mi hermano. Miré a mi jaguar. Claro, como que tenía ella ganas de ponerse a dormir ahora que le daba cuerda. Escuché un ronroneo al otro lado de la línea. No era la única que tenía a la bestia suelta.

—Lo mismo —le dije antes de colgar.

Genial, mi expedición me había parecido que podía llegar a ser de lo más emocionante y ahora me empezaba a plantear que acabaría siendo un rotundo fracaso. Mi bestia gruñó suavemente. Ella no es de las que se rinden fácilmente. Yo tampoco, por ende.

Me dejé caer en el asiento y observé la mesa de la biblioteca. Ni siquiera me había esforzado por esconder el libro. Total, dudaba que alguien más entrara allí. Solía pasar un rato con mi padre antes de meterme allí dentro y cada vez alargaba más esos ratos para minimizar los otros. Lo de pasarme la tarde descifrando viejos textos sin encontrar nada de nada era una tortura. Desafortunadamente, a veces tenía reuniones urgentes y entonces me pasaba toda la tarde allí metida.

No es que hubiera mucho movimiento en el recinto, pero mi padre era uno de los que coordinaban todo lo relacionado con la protección de los duales. Los rastros que podíamos dejar cada vez eran más evidentes ahora que los medios accedían con una facilidad desbordante a la difusión de imágenes. Unas huellas de oso en un parque público en medio de una ciudad italiana, la imagen de un tigre saltando por los tejados a las afueras de Londres o un cocodrilo nadando plácidamente en algún río a los pies de una gran ciudad eran el tipo de cosas que mi padre se veía obligado a arreglar de una u otra forma. Ese era uno de los motivos por los que viajaba tanto.

Suspiré un poco decepcionada por la sensación de futilidad que empezaba a sentir con todo aquello. Empezaba a dudar de que sirviera de algo y eso me molestaba. Que, en cualquier caso, la experiencia estaba bien. Lo de vivir en un piso compartido, la independencia y todo eso, pero me había convencido a mí misma de que encontraría un filón de oro del que tirar para entender la historia de mis amigas y solucionar los problemas que éramos conscientes que tarde o temprano nos acabarían cayendo encima. Dejé que el jaguar vagara a sus anchas y fue entonces cuando supe que no estaba sola. Era un olor suave, tenue. Femenino.

Gruñí y a modo de respuesta escuché un ruidito agudo, asustadizo. Me levanté y empecé a pasear con el jaguar a mi costado. Dejamos que nuestro olfato nos guiara y allí, medio escondida entre las estanterías, nos encontramos con una ratoncita de color marrón. La miré, casi con curiosidad. Sonreí. Esa sonrisa cargada de seguridad de quien es un maldito jaguar y no un ratoncillo de jardín.

—Soy Laura —me presenté—. Laura Grant.

El ratoncito me miró y se volvió bruma. Una suave y delicada brisa blanca. Ladeé la cabeza y la puerta de la biblioteca se abrió. Volví sobre mis pasos para encontrarme allí a una chica de mi edad sujetando varias carpetas contra su pecho. Tenía el pelo marrón y parecía esconderse detrás de unas enormes gafas.

—Soy Melissa Mercre —se presentó.

—Creo que conocí a tu padre hace unos días —le dije con una sonrisa amistosa.

—Me lo dijo —afirmó ella—. De hecho, por eso estoy aquí.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté y me arrepentí al momento al ver su nerviosismo.

—Yo no... conozco a muchos duales de mi edad —me dijo.

—Yo tampoco —le aseguré intentando mostrarme menos segura de mí misma. Nuestras dualidades nos daban un poco eso. Parte de lo que son, somos. Y ella era un poco eso. Una ratita asustadiza, pequeña e indefensa, frente a un felino que es un depredador, al fin y al cabo—. Mi mejor amiga es humana.

—¿Sí? —me preguntó sorprendida—. Yo no sé si podría. Me cuesta. Soy una pésima mentirosa, así que no suelo relacionarme mucho con ellos.

—Ni con nosotros —añadí al ver cómo tenía los nudillos blancos de tanto apretar las carpetas. Se sonrojó un poco pero sus ojos buscaron los míos.

—Ni con nosotros, cierto —admitió—. Suelo pasarme muchas horas aquí. Supongo que tarde o temprano habríamos coincidido, pero cuando mi padre me dijo que te pasabas las tardes en la biblioteca, no pude resistirme. Sé que eres como tu padre, pero se me ocurrió que igual no éramos tan diferentes.

—¿Con lo que soy como mi padre te refieres a que soy un jaguar? —le pregunté—. ¿O tiene algo que ver con su arrolladora y cálida personalidad?

Melissa me miró con inseguridad y empecé a reír. Tardó unos segundos en animarse a seguirme.

—Forma parte del consejo —me dijo—. Es normal que tenga que mostrarse respetable.

—Cierto —afirmé—. Pero como ni tú ni yo formaremos parte de eso, podrías ayudarme con la biblioteca.

—¡Claro! —exclamó emocionada—. ¿Qué buscas?

—Pensaba que nunca nadie me diría eso —susurré esperanzada—. Libros sobre duales mágicos.

—¿Mágicos? —me preguntó con curiosidad.

—Leyendas o cosas de esas —me expliqué—. Me gustaría buscar ese tipo de mitos y recogerlos en un único libro.

—¡Qué original! —afirmó.

—Soy la originalidad en persona —le contesté y el jaguar ronroneó a modo de risa.

—Ven, creo que hay algo en esta zona —me dijo con una sonrisa confiada, feliz de ser de utilidad—. Vas a estar ocupada.

—Eso parece —observando la cantidad de libros y manuscritos viejos que se amontonaban en la estantería en cuestión. Una a la que evidentemente, no había prestado la más mínima atención hasta ese momento—. Suerte que no soy alérgica al polvo.

—¿Te ayudo? —se ofreció. La observé. No era como que quisiera compartir información alguna con nadie, pero el jaguar parecía especialmente cómodo con ella y la verdad es que no podía negar lo innegable. Frente a mí había una dual que no pretendía humillarme ni matar a una de mis mejores amigas. Era una novedad agradable.

—Solo si puedo compensarte de alguna forma —le contesté—. ¿Quieres venirte a cenar luego con mis compañeros de piso?

—¿Humanos? —me preguntó con cierta desconfianza.

—De la cabeza a los pies.

—¿Y puedes vivir con ellos?

—Eso estoy intentando, sí —repuse divertida. Había admiración en sus ojos.

—¿Y si se enteran? Si te ven...

—Verme, me ven cada día —bromeé—. Dejo a la bestia suelta por las noches, mientras yo medio duermo.

—Solo medio —se burló ella y se sonrojó al escuchar su propio comentario. Que era de lo más acertado, la verdad.

—Eso mismo —le dije—. Si un día alguien intenta colarse en mi habitación, tendrá un colapso.

—Es peligroso —susurró insegura.

—Mi padre instaló un pestillo —la tranquilicé, divertida—. Va, vente. Son buena gente.

Madison es un poco intensa, es muy lanzada y a veces se pierde por la boca, pero en el fondo es buena chica. Annie es un amor, sin más. Y de Ignacio solo puedo decirte que está bueno.

—¿Es tu novio? —me preguntó sorprendida.

—¡Qué va! —negué divertida—. Admito que me gusta un poquito, pero se escapa de mis posibilidades.

—No tengo hermanos —me informó ella—, pero supongo que tampoco estarían a la altura.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté confundida.

—Eres una Grant —me dijo.

—Y tú una Mercere —le repuse alzando una ceja.

—No es lo mismo —murmuró sonrojándose.

—Mi hermano Gabriel se enamoró de una humana —le dije y aunque era solo una verdad a medias, creo que esa dual en concreto necesitaba aumentar un poco su autoestima—. Esas cosas pasan. Soy de las que creen que la felicidad es más importante que la supervivencia de la especie.

—Lo ideal sería que una cosa no estuviera reñida con la otra —susurró con cierta timidez.

—Sabes, tienes toda la razón del mundo —admití.

—¿Has oído hablar del reclamo? —me preguntó con media sonrisa.

—Algo —mentí vilmente y sin reparos. Soy así de mala.

—Mis padres —me confesó emocionada.

—¿En serio? —le pregunté realmente sorprendida con aquello.

—Sí —afirmó.

—Ha de ser bonito —le susurré y a las dos se nos puso una cara de bobas que nos hizo reír. Me gustó eso. La conexión—. Sabes, creo que te llevarías bien con mi mejor amiga.

—¿También está aquí? —me preguntó con curiosidad.

—No, ella no ha venido —negué—. Aunque igual se sube algún fin de semana si la vida le da. Estudia Medicina. Y ella sí que estudia de verdad. ¿Y tú?

—No, yo no estudio —negó sonrojándose de nuevo—. Mi padre no consideró que fuera buena cosa mezclarme con humanos. Ya de base no se me dan bien las relaciones. Sufrí acoso escolar de niña. Que los humanos se burlen de un dual es como el colmo de los colmos. Mi padre quería intervenir, pero no le dejé. Tampoco se trataba de que los descuartizaran, era una chiquillada.

—Eso es valiente —le dije—. La venganza a veces es tentadora.

—Pero no da la felicidad —me aseguró con media sonrisa. Hice un gesto afirmativo con la cabeza—. Me saqué un módulo de diseño gráfico y hago algunas cosas por internet.

—No será desde aquí —le dije mirando todas las cosas añejas que nos rodeaban mientras seleccionaba uno de esos tomos.

—Si traes cable, puedes conectarte a la línea —me comentó y al ver mi aspecto de incertidumbre, añadió—. Debajo de la mesa que hay en el rincón hay una salida para teléfono. Desde el auge de los teléfonos móviles se inutilizó la línea de telefonía, pero hemos mantenido la instalación para tener acceso a internet. Wifi no hay porque a los murciélagos les molestan las ondas, por lo visto.

—Así que no estamos realmente en la prehistoria —bromeé. Observé como Melissa cogía también un tomo y empezamos a caminar en dirección a las mesas.

Nos sentamos en la de la esquina. No era la que yo había estado usando habitualmente, pero no me molestó el cambio. Ella se veía más cómoda, más segura, allí. Era su zona de confort. Su esquinita de seguridad en el espacio inmenso que era la biblioteca. A mí, la verdad, es que plim.

—¿Y quieres escribir sobre todas nuestras leyendas? —me preguntó mientras abría el tomo con curiosidad. Sacó una pequeña Tablet de su bolso. Yo no llevaba ni una mala libreta que no fuera de la facultad, pero no tenía ganas de que se diera cuenta de mi ineptitud así que abrí una de esas como si hiciera siempre eso. Tomar apuntes. Que ni de coña, vamos.

—Solo sobre duales mágicos —afirmé—. No sé, unicornios, por ejemplo.

—Duales unicornio —soltó mirándome y conteniendo la risa con cierta dificultad.

—¿Por qué no? —le pregunté—. No me niegues que te molaría.

—Bueno, sí, supongo —murmuró entre suaves risas—. ¿Y qué harían?

—¡Yo qué sé! —le dije—. Por eso estoy aquí. ¿Qué hacen los unicornios?

—¿Correr sobre el arco iris?

—Mira, en vez de unicornios, pon otro bicho —le dije—. Lo que encontremos.

—Duales mágicos —afirmó—. Genial. No encontraremos nada.

—No me seas gafe —protesté.

—Venga, vamos a ver qué misterios nos desvelan estos libros —me propuso con voz alegre. Una ratita de biblioteca. Eso es lo que era. Y me encantaba.

## IV

### Laura

—VEN A CENAR —le pedí a Melissa. Llevábamos toda la semana pasando la tarde juntas, encerradas en la biblioteca, leyendo y releendo libros que no nos llevaban a ninguna parte, pero luego ella rehuía mi invitación con palabras amables y una mirada escurridiza.

Era una suerte tenerla conmigo, todo sea dicho, porque cuando el idioma se me resistía ella era una apuesta segura y sabía mucho de todo. Bueno, de todo menos de duales mágicos, pero eso no podía criticárselo. Yo tampoco.

—No sé si es buena idea —titubeó, pero algo en su mirada me advirtió que estaba a punto de ceder, finalmente—, pero vale.

Sonreí. No es que fuera el plan del año, eso de cenar acompañada de un grupito de humanos, pero no es como que abunden los nuestros, después de todo, y ella necesitaba a gritos gente. La que fuera, en serio.

Le escribió un texto a su padre mientras salíamos del edificio. Un hombre nos abrió la puerta. Pude sentir a su bestia. Un gorila. A veces era un tigre y un día coincidí con un oso. Melissa me había explicado que siempre había un dual vigilando la entrada. Era una tarea rotatoria, pero el consejo tenía en nómina un total de cinco guardias. Duales de alto registro, lo que podría definirse como duales con bestias fuertes capaces de frenar a un posible intruso humano. No eran gatitos ni roedores, vamos.

Conmigo solían ser de lo más cortés, pero a Melissa era como si no la vieran. Y no hablo solo de su dualidad. También había algo con ella. Como si la infravaloraran por lo que era. Una de nosotros, pero en tamaño diminuto.

Nos habíamos hecho adictos a un local que estaba a un par de portales de nuestro edificio. No es que fueran raciones grandes, pero la comida era buena y barata. Y tenía el aliciente de que estaba al lado de casa. Madison acabó medio borracha una noche, cantando a voz en grito y conseguimos subirla al piso sin riesgo a que nos vomitara en un taxi. Lo más, vamos. Ese día no le controlé las bebidas, pero fueron unas cuantas.

—Os presento a Melissa —les dije a mis compañeros de piso mientras llegaba hasta ellos—. Es la chica con la que llevo coincidiendo todos estos días en la biblioteca.

Sí, al menos les había explicado eso. Ignacio siempre se interesaba. Y eso era bonito, además de un problema.

—Soy Ignacio —se presentó él tendiéndole la mano con aspecto amistoso—. Así que tú también eres del elegante club social de Laura.

—Nuestros padres trabajan juntos —intervine antes de que Melissa soltara que no tenía la más remota idea de lo que estaba hablando.

—¿También es arquitecto? —se interesó Annie.

—Es un administrativo —susurró Melissa que no acababa de relajarse, pero al menos no parecía a punto de salir corriendo. Y total, si su bestia hacía acto de presencia, en el peor de los casos, alguna mesa empezaría a chillar y las sillas caerían por el suelo. No, no llamarían a emergencias pensando que una bestia del zoo se había dado a la fuga. Era afortunada, incluso si no lo sabía.

—¿Y tú qué estudias? —le preguntó Madison.

—Estudí un módulo de diseño gráfico —le respondió.

—¡Qué chulo! —exclamó Madison. Me alegré de que hoy estuviera en su versión más *friendly* y menos *killer*.

—Más o menos —contestó Melissa que llevaba fatal lo de ser el centro de atención.

—¿Qué habéis hecho esta tarde? —les pregunté, rescatándola.

—Hemos ido a ver el centro —afirmó Annie y Madison hizo un gesto afirmativo.

Conseguí desviar la conversación a temas más seguros y poco a poco Melissa empezó a relajarse. Se nos alargó la cena, como también era ya costumbre. Me ofrecí a acompañar a Melissa hasta su casa, pero ella se negó. Sin embargo, me sorprendió dándome un fraternal abrazo antes de irse. Igual estaba equivocada, pero tenía la sensación de que la vida de Melissa no era maravillosa. Para nada.

—¿Puedo pasar? —Me sorprendió encontrar a Ignacio en el marco de la puerta de mi habitación. Estaba abierta, cierto.

—Claro —le confirmé mientras me recostaba sobre la pared, dejando la libreta que tenía abierta sobre mis piernas. Me gustaba eso. Sentarme a lo indio en la cama y repasar las notas que había tomado a lo largo del día. Me pasaba la tarde en la biblioteca, pero no estudiando lo que debería y no quería tener una cateada absoluta.

—Me ha caído bien Melissa —me aseguró mientras se sentaba a mi lado, en mi cama. *Nerviosismo*. No tengo claro por qué. La puerta estaba abierta, de par en par y, vale, era mi cama, pero es que tampoco había otro sitio en el que se pudiera sentar.

—Es maja —le dije—. Un poco tímida, quizás, pero me parece que es porque no está muy acostumbrada a estar con gente... como nosotros.

—¿Demasiada efusividad respecto a los alemanes? —me preguntó divertido.

—Sí, eso —le mentí, mordiéndome el labio inferior, divertida. Ni de lejos, vamos.

—Sabes, creo que eso es algo bueno —me dijo de repente con aspecto confiado. Le miré, ladeando la cabeza, sin acabar de entenderle.

—¿El qué exactamente? —le pregunté con curiosidad.

—La espontaneidad, saber aprovechar el momento —me dijo con una sonrisa y de repente, se inclinó hacia mí mientras yo me quedaba más tiesa que un palo. Sus labios se posaron sobre los míos. Tentativos. Me estremecí. *Un ronroneo*. Estaba bien, la sensación que crecía en mi interior y que parecía querer ir hacia todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Como un cosquilleo.

Le contesté a ese beso, tentativo, y la mano de Ignacio se posó sobre mi nuca con suavidad, acercándose a él. Abrí ligeramente la boca de forma instintiva y aquello se convirtió en un auténtico beso de tornillo. Un poco húmedo. Y patoso. Mi primer beso. Que sí, que ya era hora, pero a ver, la bestia quería mostrarse en todo su esplendor y yo sentía demasiadas emociones al mismo tiempo. Estaba nerviosa. No puedo decir que fuera pasión en estado puro, pero tampoco negaré que me sentía un poco como un flan.

—Este tipo de cosas —afirmó tras alejarse de mí, al ver que quería dar por finalizado aquel beso—. Las que salen sin más son las mejores.

—Me has pillado un poco por sorpresa —le dije sintiendo que me había sonrojado un poco.

—Era la idea —admitió—. Siempre intentas marcar tu espacio.

—Necesito mi espacio —le confesé con voz firme.

—Tengo una idea —murmuró—. Tú mantienes tu espacio y yo mantengo el mío, pero igual podríamos buscar un espacio intermedio para compartirlo.

—¿Compartirlo exactamente cómo? —le pregunté alzando una ceja, desconfiada. Y nerviosa. Condenadamente nerviosa.

—Una cita —me propuso—. Podemos ir a cenar a algún sitio, un cine, no sé, lo que te apetezca.

—¿Para estar sobeteándonos? —le pregunté con mirada avispada.

—Sería una opción, sí —admitió entre risas—. Me gustas. Eres diferente. Me gustaría conocerte más y si hay sobeteos, mejor que mejor.

—Vete a la mierda —le contesté entre risas—. Mira, me gustas, pero no creo que funcionara.

—¿Y lo decides antes siquiera de probarlo? —me retó Ignacio con aspecto confiado.

—Créeme que tengo motivos más que suficientes como para decirlo con convicción —le aseguré con una amplia sonrisa. Un punto de melancolía y de resignación se escondían en ella, si él fue o no consciente de aquello, no sabría decirlo.

—Pues yo tengo motivos más que suficientes como para que nos arriesguemos a probarlo —me rebatió con tranquilidad.

Me parece que mi negativa no le había sorprendido lo más mínimo pero ese beso compartido, robado, le había dado la suficiente convicción de que algo podría haber entre nosotros. Que, si yo no fuera lo que soy, lo que somos, quizás este sería uno de esos momentos en la vida que recuerdas y festejas incluso a los ochenta. Pero no valía la pena desear imposibles.

—De acuerdo, dejémoslo en un me lo pensaré —le dije en tono conciliador, sabiendo que con un no por respuesta no conseguiría que se fuera de mi habitación y la verdad es que necesitaba soltar ya a la bestia. *Estábamos nerviosas.*

—Me conformaré con eso —afirmó. Miró mis labios y casi esperaba que volviera a besarme, pero en vez de hacerlo se levantó—. Buenas noches, Laura.

—Buenas noches, Ignacio —le deseé. Me sonrió y salió de mi habitación. Corrí a cerrar la puerta detrás de él y poner el pestillo. Ni fui consciente de cuándo la bestia tomó forma y me observó con mirada felina, desde la cama, oliendo el rastro de Ignacio. ¿Eso era bueno o malo?

Me dejé caer en la cama, poniendo las piernas sobre mi otra mitad, que ronroneó suavemente ante aquel contacto. Vale, estaba metida en un problema. Uno que besaba con suavidad y hasta dulzura. Era bonito eso del amor. Si es que era amor. Igual solo podía llamarse excitación. Hormonas. Atracción. No sé. Pero era un follón que no debería ni plantearme. Ignacio era humano y, aunque me gustaba, ¿era eso suficiente como para exponerlo a mi mundo? Creo que no.

Las parejas entre humanos van y vienen como las mareas. Madison era el claro ejemplo. Que luego tienes una Annie, de tanto en tanto, pero no era lo habitual. Y que me encantaría formar parte de aquello, pero mi jaguar era un tanto temperamental. No me importaría ser un ratoncito, como Melissa. Podría manifestarse y quedarse en un rinconcito de la habitación mientras dejaba que todo saliera a la superficie. Las emociones más primitivas. Pero no, tenía a un gato de ochenta kilos con ojos ambarinos y un gruñido que acojonaría a todo el edificio si se esforzaba.

Busqué mi teléfono y marqué el número de Ruth de memoria. No tengo claro si esperaba encontrar consuelo, consejo o simplemente alguna historia absurda con la que reír un rato y olvidarme de lo que había pasado. Un rato al menos.

—¿Cómo estás? —su voz sonó cantarina y alegre.

—Genial, claro, como siempre —le contesté haciendo una mueca, aunque ella no pudiera verme.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó con suspicacia. Sam y Sophie podían ser gemelas, pero

Ruth y yo estábamos más compenetradas que ellas. Se tenía que decir y se dijo.

—¿Sabes Ignacio? —le pregunté.

—*Moreno con ojos oscuros y una sonrisa que según dices tiene luz propia* —se burló ella—. *Te has liado con él.*

—¿Tienes a uno de los fénix al lado? —protesté mientras me tapaba la cara con el cojín.

—*No, Laura, te conozco desde infantil* —me soltó entre risas—. *Te hace gracia desde el año pasado, seamos sinceras.*

—Sí, pero una cosa no quita la otra.

—*Exactamente* —me soltó la bruja.

—¿Exactamente qué? —le cuestioné.

—*A ver, ¿qué es lo que pasa cuando dos personas se gustan? Déjame pensar que es una pregunta superdifícil...*

—Ese sarcasmo es más propio de Sam que no de ti —bromeé mientras sonreía, divertida.

—*Por una vez, te lo mereces* —me dijo con voz suave—. *Quiero decir, solo han sido unos besuqueos, ¿no?*

—Ni siquiera hace falta que uses el plural.

—¿*Tan mal ha ido?*

—No, diría que ha sido algo así como respetuoso. Me ha pedido una cita, diría —añadí.

—*Sabes que la de psicoanalizar es tu madre, pero yo creo que te has de plantear dos cosas* —empezó Ruth con esa voz suya entre pícara y conciliadora—. *La primera es si te gusta estar con él. La segunda es si puedes controlar a la bestia.*

—Me gusta, lo sabes —admití—. Que no quiere decir que esté locamente enamorada de él y que me fuera a tirar de un puente para seguirle...

—*No es como lo de Sam y Sophie.*

—No, claro que no —afirmé—. Nos cae bien y eso, pero es controlable. Podría darle la espalda y no gastaría cinco paquetes de kleenex y tres kilos de helado de chocolate.

—*Pero te gusta* —sentenció Ruth—. *Si crees que el jaguar puede llevarlo, no veo qué problema hay en que pruebes a ver. Cosas fáciles, no te metas en un compromiso a la primera porque ya sabes lo temperamental que puedes volverte.*

—Es culpa del jaguar —me quejé y mi dualidad alzó la cabeza, mirándome con diversión. Éramos una, pero cada una tenía cierta independencia de la otra. Sentíamos en paralelo, amábamos en paralelo, odiábamos en paralelo, éramos dos y una al mismo tiempo.

—*Te recuerdo que forma parte de ti* —se burló Ruth.

—Puntillosa —le recriminé—. Ponte de mi parte, va, sé buena.

—*Sabes que no eres el primer dual que sale con un humano, Laura* —me recordó—. *Solo busca situaciones cómodas en las que no sientas el instinto de ser “toda” tú.*

—Cualquier cosa que me lo haga pasar realmente bien, vamos —protesté y Ruth empezó a reír al otro lado de la línea.

—*Exacto* —afirmó finalmente—. *Pero mira, ya será un avance. Y de todo se consigue ganar experiencia y confianza.*

—Vale, como siempre, tienes razón —cedí—. Oye, ¿cuándo te vienes?

—*Quería darte una sorpresa* —me contestó—. *Pero da igual, tengo vuelos para fin de mes.*

—¿En dos semanas? —le pregunté ilusionada pero quejosa de que no fuera, no sé, ¿mañana?

—*Dos semanas no son nada* —me aseguró con voz alegre—. *Ya verás que se te pasarán en nada. Total, ¿qué puede pasar en dos semanas?*

—Si son como estas primeras, nada de nada, ya te lo aseguro —le respondí haciendo un mohín.

—*¿Qué tal en la biblioteca con Minnie?* —me preguntó Ruth. Vale, eso de Minnie no pretendía ser despectivo ni nada así. Melissa. Ratoncita. Minnie. Vale, es una asociación un tanto ridícula, pero era uno de nuestros personajes favoritos cuando éramos niñas. No voy a justificarme más allá de eso.

—Minnie ha venido a cenar con nosotros —le expliqué—. Me cae bien. Tengo ganas de que la conozcas. Es un poco asustadiza, no conozco a ningún dual así.

—*Porque vienes de un linaje de lobos y jaguares* —me recordó—. *Y tu tío Simón se emparejó con una leoparda. Sois todos unos malditos depredadores.*

—Visto así —mascullé. Como siempre, Ruth tenía razón. Duales había de muchos tipos. Muchos linajes. La mayoría extinguidos, eso sí. Pero los más fuertes eran los que ostentaban los rangos de mayor poder. Familias que formaban parte del consejo y por tanto decidían lo que se hacía o se dejaba de hacer a favor de nuestra supervivencia como especie.

—*Sabes que no soy la única que tenía ganas de venir a hacerte una visita, ¿verdad?* —añadió al poco.

—Y por una vez, estoy de parte de Tom y Gabriel. Dejar a uno de los fénix campar a su antojo por medio de Colonia podría desatar el caos —afirmé entre risas.

## V

### Laura

EVITÉ a Ignacio por la mañana y me encerré con Melissa en la biblioteca a la mínima que pude escaparme de clase. No me apetecía ponerle fecha a nuestra cita. Ni confirmar eso de que tuviéramos una cita. Vale, quizás la palabra adecuada no sería apetecer, era más bien un no debía, porque apetecerme, me apetecía. Una sesión de besuqueos, palabras suaves y compartir susurros, como dos amantes.

*Un gruñido.*

No, no era buena opción. Mi bestia estaba nerviosa. Teníamos una edad, después de todo, y los hombres nos gustaban. No hay nada peor que esa sensación de que era una cosa prohibida. Que no lo era, pero lo era al mismo tiempo. Una maldita contradicción, en resumen.

—¿Estás bien? —me preguntó Melissa mirándome a través de sus gafas de montura metálica tipo aviador.

—Sí, ¿por?

Señaló con el dedo a mi bestia que había decidido pasear por el pasillo con gesto enojado. Tenía ganas de un poco de acción. Creo que más por lo de perseguir animales o luchar contra otro felino de su tamaño, pero es posible que se contentara con eso de que yo tuviera mi primer revolcón. Me encogí de hombros.

—Estamos nerviosas —admití—. Tengo la sensación de que no avanzamos.

—Es un tema poco habitual —advirtió Melissa con una sonrisa confiada—. No desesperes.

—Soy impaciente de base —mascullé mientras el jaguar gruñía. Melissa entrecerró los ojos, como si se concentrara.

—Me parece que hemos encontrado algo —me dijo mientras se levantaba de la silla y yo saltaba de la mía. El jaguar vino en un par de zancadas hasta nosotras, pero Melissa se separó de la mesa y empezó a caminar por uno de los pasillos hasta llegar a la sección de libros polvorientos y descoloridos.

Sí, allí estaba su bestia. Aunque claro, llamarle bestia al ratoncillo era un poco exagerado. El ratoncito dio un par de saltitos hacia la pared al ver al jaguar alzar el hocico. Me sentía orgullosa que no se hubiera dedicado a perseguirlo por los pasillos. Todavía.

Melissa se acercó al pequeño y se arrodilló en el suelo. Metió la mano por encima de los libros allí expuestos para coger el tomo de un libro que estaba colocado horizontalmente sobre el resto de libros, mucho más grandes y llamativos, quedando totalmente oculto a la vista. A menos que midieras menos de veinte centímetros.

Se levantó del suelo y pude ver que llevaba en sus manos un libro de aspecto viejo que ni siquiera tenía letras sobre su tapa. Pasó su mano sobre su superficie y giró el libro para mostrarme el lomo. Supongo que eso era lo que le había llamado la atención a su ratita. ¡Como para no hacerlo!

Tragué saliva.

Solo había un grabado en el lomo del libro. Un ave con las alas extendidas envuelto en unos dibujos que no podían representar otra cosa que no fuera fuego. Sentí mi corazón latir más fuerte y la tensión acumularse en los músculos de mi bestia. Apreté los labios y Melissa me tendió el libro con una sonrisa sincera en el rostro.

—¿Un fénix podría valerte? —me preguntó.

—Ya lo creo —susurré emocionada mientras lo cogía con sumo cuidado y lo abría. Los dibujos me hicieron ser consciente de que la persona que los había hecho había estado con uno de ellos, pero los símbolos que había allí a modo de letras eran ininteligibles—. No podía ser tan fácil, ¿no? —protesté—. ¿Tú habías visto antes esto?

Melissa se acercó y negó con la cabeza mientras entrecerraba un poco los ojos.

—¿Puedo? —me preguntó y le tendí el libro.

Genial. Simplemente genial. Encontraba un libro, EL LIBRO, y no era capaz de leer nada de lo que ponía allí. Esas cosas solo me pasaban a mí. Laura la gafe.

—No, no me suena —negó finalmente tras pasar varias hojas—. Hay algunos tratados sobre simbología y grafología antigua, podemos mirar allí si hay algo que se le parezca.

—Jeroglíficos —gruñí—. Tenía que encontrar un montón de jeroglíficos.

—Al menos ya has encontrado algo —me animó.

Hice una mueca al ver algo desprenderse del libro y caer al suelo. La ratita corrió a su encuentro y lo tomó con sus patitas delanteras, sentándose sobre las traseras de una forma muy graciosa.

—Eso sí que lo conozco —murmuró Melissa que parecía tensa de repente.

—¿Qué es? —le pregunté mientras me agachaba para coger el papel de la ratoncita, que me lo tendió sin reparo alguno. Observé el papel. Era pequeño y tenía un color entre blanquecino y amarillento. Contenía unas pocas líneas onduladas de color negro. Nada que fuera especialmente llamativo. Ni representativo. Elevé la mirada en dirección a Melissa, que no parecía totalmente decidida a contestarme. Esperé, pacientemente. El jaguar, no. Su gruñido bajo hizo que el ratoncito se volviera humo y Melissa reaccionara.

—Los blancos —dijo de repente.

—¿Los blancos? —le pregunté ansiosa.

—Los tigres blancos —especificó—. El más anciano se llama Enzo, está en el consejo, junto a sus dos sobrinos August y James Watson.

—Mierda.

—¿Los conoces? —me preguntó Melissa que no parecía muy cómoda con aquella conversación. Yo, tampoco.

—Conozco a la hija de James Watson, Cloe. Su madre era una loba que por lo visto era amiga de una tía mía a la que no he tratado demasiado, por no decir nada —le conté—. Cloe tiene nuestra edad, pero digamos que no nos llevamos muy bien.

—Creo que ha pasado algo con ellos —me confesó Melissa.

—¿A qué te refieres? —le pregunté intentando parecer despreocupada.

—James Watson está en prisión —me confesó—. No sé en qué se habrá metido, pero era un hombre bastante... déspota. Diría que es cosa de sus bestias.

—No te gustan los blancos —afirmé sintiendo cierta satisfacción al decir aquello. ¡Ya éramos dos!

—No es que no me gusten —murmuró y añadió sonrojándose ligeramente—. Les tengo miedo. Son depredadores.

—Yo también —afirmé con orgullo.

—Sí, pero no es lo mismo —negó.

—¿Por qué?

—Tú no eres mala persona —soltó antes de apretar los labios, consciente de que había sido demasiado sincera.

—Gracias —le dije con una amplia sonrisa.

—No le digas a nadie que yo he dicho eso... —me suplicó. Me acerqué a ella y le pasé el brazo por encima de los hombros mientras la arrastraba, literalmente, en dirección a las mesas—. No es que haya tratado mucho con ellos pero tienen su coto cerca de Colonia y los rumores vuelan, ya sabes.

—No te preocupes, loca —le aseguré—. Vale, así que los blancos han estado leyendo un libro sobre las aves fénix. Lo peor es que ni me sorprende. Necesito saber qué pone en este libro.

—Puedo comparar los símbolos con los libros antiguos sobre grafología y esas cosas, igual encuentro algo —se ofreció Melissa.

—Pues no sabes cuánto te lo agradecería —le confesé—. ¿Y dónde dices que tienen su coto los blancos?

—Ni se te ocurra meterte allí, Laura. Son peligrosos —me advirtió con aspecto asustadizo—. No les gusta que nadie meta la nariz en sus cosas.

—Yo no voy a meter la nariz —negué y mi jaguar se despezó, a nuestro lado—, pero necesitamos correr un rato.

—Ve a cualquier otro sitio —insistió.

—¿Y perderme la oportunidad de jugar un poco con otro felino? —bromeé—. No te preocupes, de verdad. Soy una Grant, no lo olvides.

—La verdad es que prefiero olvidarlo —admitió haciendo una mueca—. Prefiero la versión Laura a secas.

—A veces, yo también —le aseguré con una sonrisa. Miré a mi jaguar—. ¿Nos vamos de paseo?

Alquilé un coche con una de esas aplicaciones tan molonas y en dos horas me encontré aparcada en la nada. Era uno de esos bosques lo suficientemente frondoso como para ocultar a nuestras bestias. Un buen sitio.

No sabía mucho de los blancos. Se resumía en que James Watson era mala persona, que otro de ellos había intentado matar a Sam siendo apenas una niña y que Cloe era una psicópata. Encantadores, en serio. ¿Quién me mandaba a mí meterme en su territorio? El aburrimiento, posiblemente, y una evidente falta de sentido común. Era eso o ponerme a buscar entre los libros de códigos y grafismos de los que me había hablado Melissa. Soy mujer de principios. Mejor meterme en problemas que quedarme allí encerrada otra tarde más.

Sonreí cuando la brisa meció mi cabello y el jaguar hizo acto de presencia. Alzó el mentón, captando los olores. Duales, sí. Empecé a caminar mientras el jaguar desaparecía por el follaje, ansioso por esa libertad que le había negado durante los últimos días. Dejé que los ruidos del bosque me envolvieran mientras corría a cuatro patas y caminaba a dos. Los olores, los ruidos, las imágenes... todo me llegaba por duplicado.

*Un estremecimiento.*

Algo había captado la atención del jaguar. Un rastro relativamente fresco. No, no era buena idea acercarse a él, pero por lo visto el jaguar no opinó lo mismo.

—Mierda —gruñí enfadada conmigo misma mientras me escondía entre el follaje y mis pasos se amortiguaban por la hierba húmeda.

¿Qué ganábamos nosotras haciendo acto de presencia frente a uno de los blancos? Nada, en serio. Pero no podía evitarlo. La curiosidad era cada vez más fuerte.

—Lárgate —protesté mientras sentía sus emociones mezclarse con las mías. Quería jugar.

Cazar. Sentir. Pero a ver, no era el lugar más apropiado para hacerlo y ella lo sabía. ¡Lo sabíamos!

Apoyé una mano sobre la corteza de un grueso tronco cuando finalmente conseguí dar con él. Era un tigre blanco, no podía ser de otra forma. Sus pasos eran majestuosos y había una elegancia en él que hizo que me estremeciera. Empecé a hiperventilar y las palmas de las manos empezaron a sudarme a borbotones. ¿Qué me estaba pasando? Tragué saliva mientras mi bestia observaba al animal entre el follaje.

No, hoy no era mi día de suerte. Un gruñido bajo me hizo ser consciente de que la bestia era consciente de nuestra presencia. Mi jaguar salió de entre el follaje con paso firme y mirada dura. No somos de las que nos intimidamos y no era la primera vez que nos enfrentábamos a uno de ellos, aunque solo una vez había sido a vida o muerte. Las otras no eran más que un juego y mi bestia quería jugar incluso sabiendo que la balanza tendía a favor del imponente macho frente a nosotras.

Sentí como tensaba su cuerpo, dispuesta a dar el primer salto, pero el tigre se nos adelantó. Jadeé al sentir su cuerpo chocar contra el mío y el jaguar se dejó llevar por sus instintos. Intercalamos gruñidos y zarpazos sin conseguir anclar nuestros dientes en el otro. El calor era abrasador. Era extraño. Nunca se había sentido así. *Excitación*. Debería largarme de allí, pero me sentía demasiado mareada con todo lo que la bestia sentía. Y cuando el combate estaba en su auge, el tigre blanco observó a mi bestia con unos ojos tan azules que casi deslumbraban y simplemente se desmaterializó tras ladear la cabeza con algo parecido a una sonrisa. Me tensé.

El jaguar alzó el hocico, buscándolo con algo parecido a desesperación mientras yo abría los ojos, que por lo visto había mantenido cerrados para concentrarme en lo que la bestia estaba viviendo en aquellos momentos. Mis pupilas se dilataron al encontrarme con un cuchillo a menos de cinco centímetros de mi cuello y un dual sosteniéndolo.

—Así que te estabas escondiendo aquí —susurró mientras sus ojos azules me observaban con una frialdad que me hizo estremecer.

—No me estaba escondiendo —mascullé irritada. ¿Qué haría Sam en una situación así? Cabrearlo, posiblemente. Eso se le daba muy bien. ¿Y Sophie? A su fénix se le ocurriría alguna genialidad.

—Te has metido en nuestro territorio. ¿Qué haces aquí? —murmuró el hombre. Me estremecí al escuchar el tono de su voz. Era condenadamente sexy. Y no solo su voz. Llevaba únicamente unos pantalones negros deportivos y su cuerpo desnudo era el sueño de cualquier mujer. Sentí que se me hacía la boca agua mientras mis ojos observaban la forma de sus pectorales y cómo se le marcaban todos los abdominales. Agüita con el tigre.

—No sabía que no se podía jugar por aquí —conseguí decir con más o menos dignidad.

—Nadie entra en nuestro territorio. De hecho, debería matarte —murmuró mientras sus ojos se dirigían a mi cuello y al cuchillo que sostenía contra él.

—¿Y por qué no lo haces entonces? —le pregunté. No sé si por osada o por gilipollas. ¿Os he dicho que soy un poquito orgullosa?

—Lo sabes —gruñó irritado mientras fruncía el ceño—. ¡En menuda mierda me has metido!

—¿Yo? —protesté.

—No tardarán en encontrar tu rastro —murmuró mientras sus ojos buscaban los míos—. Lo ocultaré, pero vas a tener que darme muchas respuestas.

—Puedes esperar sentado.

—No me provoques —gruñó mientras apretaba el cuchillo contra mi garganta y su mirada se

volvía más dura—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—En un coche —le contesté dejando que mi irritación ocultara el miedo. Los felinos podemos sentir ese tipo de cosas si nos esforzamos. Es algo que viene en el olor. Secreciones químicas.

—¿Dónde lo has aparcado? —continuó su interrogatorio.

—¿En serio piensas que voy a contestarte? —me impuse alzando la voz.

—Tienes dos opciones. Desaparecemos juntos de aquí o te encontrará alguno de mis primos y te matará sin dudarlo —expuso mientras daba un paso acortando la distancia entre nosotros y tensando el cuchillo sobre mi cuello. Otra vez. Mierda. No, eso no era lo peor. Lo peor era él. Lo que de repente me hacía sentir su proximidad. La necesidad, urgente, de tocarle. De aspirar el olor de su pelo y de saber cómo era el tacto de sus manos. El gusto de su piel. Mis pupilas se dilataron de golpe y él me observó con atención—. ¡Bravo! Ya te has dado cuenta.

—Mierda.

—Estamos de acuerdo.

—No, no, no —gruñí enfadada.

—Empiezas a entender por qué no voy a matarte —masculló irritado—. Al menos, hasta que tenga las cosas claras. Así que lo mejor es que salgamos de aquí lo más rápido posible.

—No confío en ti —protesté.

El dual me miró con el ceño fruncido. Estaba perdiendo la paciencia. Gruñó. Separó el cuchillo de mi cuello y giró el filo en dirección a su corazón, dejándome libre el acceso al mango del maldito cuchillo.

—Mátame —me ordenó.

—No voy a hacer eso —negué.

—¿No vas a hacerlo porque no quieres o porque no puedes? —se burló. Apreté la mandíbula—. Exacto. Estamos jodidos. Los dos.

—El coche está a unos cuatro kilómetros hacia el este —cedí.

—Eso está mejor —observó mientras guardaba el cuchillo en un cinto que tenía sujeto al muslo derecho—. Nos vamos.

—¿A dónde?

—A mi casa —gruñó.

## VI

### El Tigre Blanco

TRAICIÓN. Genial. Era lo último que esperaba acabar haciendo aquella maldita tarde y la culpa la tenía la mujer sentada a mi lado. Si alguno de los viejos se enteraba de esto saldría mal parado. ¿Pero qué iba a hacer? No podía simplemente matarla. Era mi pareja. Una gata de armas tomar y zarpas ardientes. No, esa tremenda erección no me ayudaba a pensar con la cabeza. Para nada. Necesitaba unas horas para decidir qué hacer con ella. Debería haberla matado. Aún estaba a tiempo de hacerlo. Pero el instinto de protegerla era condenadamente fuerte y luchar contra eso era jodidamente complicado.

Habíamos borrado su rastro. No somos de hacer las cosas a la ligera y habíamos sido muy meticulosos. Mi primo Ander puede ser muchas cosas, pero no es especialmente listo. Estoy seguro de que no se daría cuenta de que había habido un jaguar merodeando por el coto. Si notaba o no que me había escaqueado de las últimas horas cubriendo el perímetro era otra cosa. Por abandono del puesto me podían caer unas cuantas noches en el calabozo. No serían las primeras. Pero si llegaban a saber que me había cruzado con un jaguar y que yo no había acabado, literalmente, con ese invitado indeseado, el calabozo sería una bendición. Al menos James no estaba en la torre. Su especialidad era la tortura. Un tipo de lo más imaginativo, mi tío.

Miré de reojo a mi pareja. Era preciosa. Pelo rubio ligeramente ondulado que le caía con cierta rebeldía sobre los hombros, ojos verdes que mostraban mil emociones al mismo tiempo y unos pechos generosos que... no, mejor no pensar en eso. No ahora. Primero tenía que conseguir saber quién era, qué hacía en nuestro coto y qué iba a hacer yo con ella. Algo que no fuera ponerla a cuatro patas y montarla, que era lo que me venía a la cabeza, de forma recurrente, cuando su olor me llegaba.

De todas las mierdas posibles de mi mundo, tenía que tocarme esa. Que a mi tigre le diera por reclamar a una hembra. Prefería unos cuantos días en el calabozo o una sesión con James bajo la siniestra mirada de August. ¡Yo! ¡Emparejado! Desde luego, no pensaba renunciar a otras mujeres. Humanas bien dispuestas que no olían a nada y que ni siquiera me saciaban. ¿Qué gusto tendrían los labios de mi rubia? Gruñí, irritado. No tenía intención de cometer una estupidez. Ella era un jaguar que había tenido la osadía de estar correteando por nuestro coto. Que fuera mi pareja era algo secundario. Que hubiera decidido salvarle la vida era una cosa, pero que me recreara pensando en sus labios o en cómo sería enterrarme dentro de ella era otra.

Aparqué en el descampado que había frente a mi casa. No es que fuera el lugar más acogedor del mundo, ni el más seguro para ocultarla, pero en general mis primos no eran tan estúpidos como para presentarse sin avisar si no querían largarse con unos cuantos zarpazos y un número no despreciable de mordiscos. No me gusta que me toquen las pelotas cuando estoy en mi casa. Ellos lo saben. Yo lo sé. Que no quiere decir que no lo hagan de tanto en tanto, venir a joderme, pero saben que no los voy a recibir con los brazos abiertos.

Gruñí mientras liberaba a la bestia que parecía más que dispuesta a guardar con celo la casa y nuestro pequeño tesoro. ¿Tesoro? ¡Y una mierda! Prisionera. Lo que tenía en el coche era una prisionera. Nada más que eso.

—Baja —le ordené. Sus ojos se cerraron ligeramente y su jaguar se manifestó en el descampado, a pocos metros del coche. Y de mi tigre.

Se sostuvieron la mirada, las dos bestias, pero ninguna de las dos parecía tener intención de

atacar al otro. Esta vez.

—Ella es más madura que tú —le solté para irritarla, consiguiéndolo al instante. Creo que esperaba que su bestia se lanzara de nuevo en una absurda pelea que no nos llevaría a ningún lado. Quiero decir que, si mi tigre volatilizaba a su jaguar, nosotros seguiríamos exactamente igual: sentados en el maldito coche, sosteniéndonos la mirada, sin decidirnos a hacer nada útil.

Otra cosa diferente sería que su jaguar intentara acabar con mi mitad humana. El tigre no puede vivir sin esa parte. Así sí que se nos acaba la cuerda. Somos mortales, después de todo. Pero dudo que el jaguar tuviera esa intención en concreto. Si se sentía la mitad de atado a nosotros que mi tigre a ella, podía dormir tranquilo que no me arrebataría la vida de un zarpazo. Las bestias eran las culpables de la situación en la que nos encontrábamos la rubia y yo. Incluso si ellas, las bestias, no eran más que una parte de nosotros.

—Sal del coche —insistí mientras yo hacía lo propio y salía por mi puerta, sin tener del todo claro qué hacer a continuación. Al margen de seguir cabreado.

El portazo que dio la rubia al bajar del coche fue todo menos discreto. Lo ignoré.

Me dirigí a los viejos escalones de madera del porche. Mi guarida. No es que fuera gran cosa, realmente, pero era mía. Las paredes de madera estaban ligeramente ennegrecidas y hace ya años que debería haberle dado una mano de barniz o pintura, pero nunca tenía las ganas ni el tiempo.

Pese a que los marcos de las ventanas estaban ligeramente agrietados, cerraban bien. El bosque que rodeaba mi guarida era lo suficientemente tupido como para que la bestia corriera a sus anchas y nos daba cierta privacidad. No es que hubiera un jardín cuidado frente al porche, excepto que consideráramos como tal los matorrales y hierbajos que crecían a su antojo por mi parcela, pero tampoco había basura dispersa en la parcela de forma aleatoria. No, no era un lugar que destacara por su calidez. Probablemente a la rubia aquello podría parecerle la casa del terror. Algo que no debería importarme. No lo hacía.

—Entra —le ordené y sus ojos, verde esmeralda, brillaron. Pese a su belleza, eran capaces de destilar odio. Estaba bien, eso. Era el tipo de emociones que me hacía sentir cómodo. Odio. Miedo. Sí, mejor eso que cualquier otra cosa.

—Podrías pedirlo por favor —me retó sin moverse de su posición.

—También podría agarrarte del pelo y entrarte a rastras —observé mientras cruzaba los brazos sobre mi pecho. Conseguiría acabar con mi paciencia. No es que tuviera mucha, eso es cierto.

—¿Podrías?

—Entérate —mascullé alzándome y proyectando mi rabia en mis palabras—, una cosa es que aún no haya decidido matarte, otra es que vaya a tratarte a cuerpo de rey.

—Pues podrías, dadas las circunstancias —me retó la muy zorra.

—Dadas las circunstancias, sigues con vida —puntalicé—. No me irrites y no me hables si no te lo ordeno.

—¿Puedo respirar sin pedir permiso? —se burló ella.

Gruñí. Di dos zancadas en su dirección, dispuesto a entrarla a rastras, como ya le había advertido, y su olor me golpeó de lleno. La rabia y el deseo. No me esperaba esa segunda parte. La cogí con fuerza del pelo en un movimiento brusco que me excitó por completo. Apenas sentí cómo sus dientes se clavaban en mi brazo mordiéndome como si no existiera un mañana.

No lo existía, de hecho, para nosotros. La solté. Su proximidad hacía que mis sentidos se volvieran torpes.

La deseaba. Tanto que dolía.

Ni siquiera notaba la sangre que goteaba por mi brazo por la fuerza de su mordisco mientras ella trastabillaba al intentar alejarse de mí, cayendo de espaldas hasta acabar con el culo estampado contra el suelo. Me enojaba eso, que se alejara. Incluso si sabía que era lo mejor. Estaba a punto de perder el control. ¡Yo!

Su pelo era pura seda. El tigre gruñó, más excitado que otra cosa.

—Haz lo que te digo o acabaré montándote aquí en medio —le solté enfadado—. Te diría que no me importa tomarte a la fuerza, pero seamos sinceros, no opondrías resistencia alguna.

—Eres un imbécil —gruñó ella desde el suelo.

—Culpa a tu jaguar por prendarse de mi tigre —escupí las palabras, cargadas de rabia—. Siendo un imbécil, y eso.

—Esto no puede ser real —masculló y sentí un punto de debilidad en ella en esos momentos. Sentí un instinto que casi me arrastra a sus pies, para intentar consolarla y prometerle cosas que no tenían sentido alguno. Tenía razón. Era un error.

—Es un error, pero es lo que hay, así que tendremos que vivir con ello —afirmé finalmente—. ¿Quién eres?

—¿Acaso importa?

—Importa desde el momento en que he escondido tu rastro y, si los míos lo descubren, posiblemente nos maten a los dos —le contesté.

—Los blancos —afirmó ella mientras se levantaba del suelo y se sacudía el polvo de sus tejanos desgastados—. Soy Laura Grant, mi padre está en el consejo.

—¿Eso debería ser algo bueno? —le pregunté aún más cabreado.

—No pueden simplemente querer matarme por pasear por vuestro coto —afirmó—. Y menos siendo una Grant.

—Déjame que haga una reverencia —me burlé.

—¿A eso le llamas sentido de humor? —me preguntó con algo parecido a diversión. Escondí una sonrisa. Se la veía bien así. Fuerte.

—Suelo usar el sarcasmo cuando intento contener las tentaciones de matar a alguien —le contesté.

—Me has dado a entender hace un momento que más que matarme tenías otro tipo de tentaciones —me soltó con mirada dura. Mi cuerpo reaccionó a esa provocación con un pequeño espasmo. El tigre gruñó. Esa mujer era una bomba de relojería y tenía muchos números de que me explotara entre las manos. No, mejor no tocarla. Antes muerto.

—Si no puedes resistirte a mis encantos, podemos follar primero y hablar después —le solté sospechando que eso la irritaría más que otra cosa. Una Grant. Las cosas empeoraban por momentos. ¿Qué haría su padre cuando evidenciara su desaparición? Porque no, no estaba dispuesto a dejarla ir. Era mía. Nuestra. Además de un peligro para mi familia.

—Vete al infierno —me contestó ella. Si fuera por el calentón que llevaba, ya podría decirse que ya estaba allí.

Empezó a caminar en dirección a la casa, dejándome ver un precioso culo respingón al que tuve tentaciones de agarrarme con fuerza. Miré a mi bestia. Cabrón. En menudo marrón me había metido. ¿Y qué hacía yo ahora con una Grant encerrada en mi casa? Algo que no implicara tenerla abierta de piernas debajo de mí, lo que era, sin lugar a dudas, la única cosa que realmente me apetecía hacer y, probablemente, la peor de las opciones posibles.

Me la encontré sentada con la espalda bien recta y los brazos apoyados sobre la mesa del

comedor. Su olor había impregnado toda la estancia. O quizás es que yo me estaba volviendo paranoico y solo era capaz de sentirla a ella.

Caminé hasta la nevera y saqué una cerveza. Apreté los labios antes de abrirla y en un arrebato de compasión se la lancé a ella que la cogió sin dificultad. Cogí una segunda lata y la abrí para darle un largo trago.

Observé a mi pareja. Era una maldita reina en mi humilde morada.

—Negociemos —sentenció—. ¿Quién eres?

—Markel —le contesté tras tomarme mi tiempo—. Markel Whatson.

—Eres uno de los primos de Cloe —afirmó.

—¿La conoces? —le pregunté elevando una ceja. No me importaba, realmente, la respuesta. Ninguna opción era buena.

—La conozco —afirmó, pero no parecía dispuesta a darme más información. ¿Serían amigas?

—Cloe es mi prima segunda, soy nieto de Arco que era el hermano menor de Abel, el también difunto abuelo de Cloe —decidí contarle, con un poco de suerte conseguiría que luego ella me contara lo que realmente importaba. ¿Qué hacía ella en nuestro coto?

—Os parecéis bastante —me dijo y supe que sus palabras estaban llenas de ácido. No, definitivamente no eran amigas. Mejor. Creo.

—No sabía que los Grant estuvierais instalados en Colonia —decidí tantear.

—No lo estamos —negó ella y exhaló con fuerza—. Mi padre pasa temporadas en el edificio del consejo por temas de trabajo, pero no vivimos aquí.

—¿Estabas de visita? —le pregunté. Mala suerte la suya. La mía. La nuestra. Si hubiéramos sido un poco más afortunados, jamás habríamos coincidido y cada uno podría seguir felizmente con su vida sin interferir en la del otro.

—He venido de Erasmus con tres amigos —me contó—. Estudio Arquitectura.

—¿Duales? —la pregunta era hasta cierto punto obvia, pero era mejor asegurarme de esos pequeños detalles.

—Humanos —me contradijo y con eso me sorprendió. Fruncí el ceño. ¿Qué hacía un felino de su envergadura pasando el tiempo entre humanos? ¿Estudiando? ¿Era una tapadera?

—Supongamos que me lo creo —murmuré—. ¿Qué hacías en nuestro territorio?

—¿Buscar hospitalidad?

Apreté los labios antes de que una fugaz carcajada se me escapara, traicionera.

—Más bien buscar tu muerte —le contesté poniendo los ojos en blanco. Me acerqué a la mesa y me senté en el otro extremo. Era mejor no estar demasiado cerca de ella. Era más controlable. Todo. La necesidad de tocarla.

—Y eso, por lo visto —admitió encogiéndose de hombros—. Admito que sospechaba llevarme un bufido, pero no que se me condenara a pena de muerte por algo tan banal.

—Los míos son muy celosos con su territorio —remarqué alzando una ceja.

—Me he dado cuenta —masculló entre dientes—. No volveré a acercarme allí. Gracias por borrar mi rastro. ¿Puedo irme ya?

—¿Irte? —le pregunté más sorprendido que otra cosa. ¿Por encima de mi cadáver! —. Creo que no has entendido el concepto. De momento, eres mi prisionera.

—Alentador —ironizó ella.

—Si te hubieran encontrado Hocte o Ander, ahora estarías muerta. Incluso si no quieres verlo, has tenido suerte.

—Igual uno de ellos se hubiera emparejado conmigo y me trataría con un poco más de

consideración.

Gruñí. Con una rabia mal contenida. La mera idea de imaginármela con otro macho me había hecho perder el control. Era una bruja. ¿Sabía cómo podían llegar a afectarme ese tipo de comentarios? Sus ojos brillaron con algo parecido a picardía. Sí, la gatita lo sabía y estaba dispuesta a usar ese poder en mi contra.

Sonreí mientras le sostenía la mirada.

—Vuelve a explicarme por qué correteabas por nuestro coto —le ordené.

—¿Y si la respuesta no te gusta? —me preguntó.

—Nada puede disgustarme más que el hecho de estar vinculado a ti —le aseguré y una punzada de dolor pudo verse, durante una fracción de segundo, en su mirada.

Escuché al tigre gruñir enfadado por la forma en que la estaba tratando. Era nuestra pareja. No, no me disculparía. No buscaría palabras vacías para justificar mi irritación. No era culpa de ella. Era el universo que, una vez más, se había puesto en mi contra. Pero tenía que entender que no estaba feliz con eso.

—Encontré esto en un viejo libro de la biblioteca del consejo —me contó mientras sacaba un papel arrugado del bolsillo posterior de sus tejanos y lo dejaba sobre la mesa.

Lo observé. Unas líneas cuyo espesor cambiaba según la presión de la tinta sobre la superficie del papel. Finos trazos, unos al lado de otros. Hacía mucho que no veía aquello, pero sabía perfectamente de quién era.

—De acuerdo, ¿y qué importancia tiene que encontraras ese papel en un libro? —le pregunté con franca curiosidad.

—No es tanto el papel —me confesó ella—. Es más por el libro. Está escrito en un lenguaje rúnico antiguo y he pensado que quizás vosotros podríais ayudarme a entender el contenido.

Me estaba mintiendo. O al menos me ocultaba algo. Pero el papel era real.

—El abuelo de mi abuelo era un erudito. —Además de un sádico, pero eso no se lo conté—. Hace mucho que está muerto y nadie en la familia ha seguido con ese interés en particular. Fin de la historia.

—Una pena —murmuró ella.

—Laura...

Joder. Quería ser una advertencia, pero el brillo en sus ojos y el sutil cambio en el olor de su cuerpo me advertían que a ella más que advertencia aquello le había gustado. Y a mí sus reacciones. El sonido de su nombre en mi boca.

—Markel...

Mierda, ahora era yo el que me estaba poniendo como una moto. ¿Por qué mi nombre no había sonado jamás así antes? Como si lo fuera todo. Un salvavidas. Era su puto salvavidas en vez de su asesino. Mierda. Lo más probable es que nos mataran a los dos más pronto que tarde.

## VII

### Laura

SU OLOR se hizo más que evidente en la habitación. Esa mezcla que era adictiva y atrayente al mismo tiempo. No éramos solo dos bestias, así que teníamos la capacidad de negarnos aquello. O al menos esperaba que así fuera. Un tigre. ¡Un tigre blanco! ¿Pero en qué diablos estaba pensando la bestia?

Sí, era condenadamente apuesto.

Además de hostil.

Gilipollas.

Y mi asesino en potencia.

Pero aun así deseaba que se levantara, que llegara hasta mí y me tomara entre sus brazos. ¿Cómo se sentiría el calor de su cuerpo contra el mío? Un beso suyo. No es que yo fuera una gran experta en eso de los besos, pero al menos podría compararlo con eso que había tenido con Ignacio. Lo que me hizo recordar a las chicas. A Minnie. Y a mi padre. Eso fue lo que necesitaba para bajar un poco de frecuencia.

—No puedes retenerme aquí —le dije—. Mis compañeros de piso y mi padre me encontrarán a faltar. Si hacen una batida, sabes que me encontrarán y todo se volverá más complicado.

—Y, sin embargo, no puedo simplemente dejarte ir, y lo sabes —me negó y había fuego en su mirada. Estábamos solos allí. Él y yo.

—Podemos decir que nos hemos conocido en el consejo —murmuré—. A mi padre le haría feliz saber que me he vinculado a un dual.

Incluso si era uno como él. Creo. Igual preferiría un humano del montón, alguien como Ignacio, que me hiciera feliz y no a alguien que se jactaba de no haberme matado. ¡Hurra por ti, blanquito!

—No tengo claro cómo podrían tomarse eso los míos —murmuró tras meditarlo, pero sentí que la idea no le desagradaba del todo. Incluso si nos odiábamos, abiertamente, nuestros instintos eran otros. Mucho más físicos.

—Pero es una opción —puntalicé.

—No piensas realmente que esto puede llegar a funcionar —negó entonces, mirándome, y diría que estaba enfadado—. Tú y yo.

—He visto a otras parejas vinculadas antes —le confesé—. No es bien bien lo mismo.

—Eso sí que me lo creo —me contestó, y empezó a reír. Sus rasgos, habitualmente duros, se suavizaron un poco—. ¿Sabes si hay alguna forma de revertirlo?

—Si existe, tendría que estar registrada en la biblioteca —murmuré—. ¿Pero realmente es lo que quieres?

Busqué sus ojos azules y su mirada se quedó presa en la mía. Todo mi cuerpo parecía encenderse solo con eso. Podía entender a mi hermano cuando se lanzó sobre Sophie en un baño de mujeres, sin saber siquiera su nombre. Era... brutal. La atracción entre nosotros. Lo que demostraba que mi blanco tenía una capacidad de autocontrol admirable. Y yo también.

—No importa lo que quiera —me contestó tras tomarse su tiempo—. No confío en mis propios instintos en estos momentos. Pero sé que si los míos saben que estás metiendo las narices en nuestro coto y piensan que quieres infiltrarte en la cueva, te matarán. Y eso, en estos momentos, no me siento capaz de permitirlo.

—Porque soy tuya —le dije y él gruñó al escuchar aquello. Sonreí. Si conseguía ser la mitad de manipuladora que Sam, igual podría salir de aquello con vida. Y, sí, si cerraba los ojos y me permitía el lujo de soñar, lo haría de su mano. Porque si yo era suya, él era mío. Y al resto de los blancos, que les dieran.

De acuerdo. Markel no confiaba en mí. Yo tampoco en él. Pero alguno de los dos debería de ceder o nos quedaríamos enquistados en una encrucijada sin solución posible. No tengo claro si sus amenazas eran reales. Si sus primos me hubieran intentado matar si me hubieran encontrado husmeando en el coto de los blancos o si solo pretendía asustarme. En cualquier caso, me había sacado de allí. Si se tratase de una partida de ajedrez, él ya habría hecho su primer movimiento, aunque hubiera sido rebuznando y de malas formas. No era especialmente galán mi pareja, empezaba a hacerme a la idea. Pero era lo que me había tocado y él, a su manera, me había intentado proteger pese a que no tenía reparo alguno en advertirme de que no confiaba en mí. Yo tampoco en él. No plenamente, vamos. Pero era mi pareja y al menos se merecía que yo también moviera ficha en mi turno.

—Cloe y su padre ya no son duales —le solté a bocajarro. Su ceño se frunció con una confusión evidente. No, no tenía ni idea de aquello.

—¿A qué viene eso? —me preguntó.

—Estoy intentando confiar en mi pareja —le contesté y pude ver que múltiples emociones se fundían en él.

—Eso es imposible.

—No, no lo es —negué. ¿Sabría él algo de los fénix? Lo que estaba claro es que desconocía por completo el poder mágico que poseían.

—Están en la cárcel —afirmó Markel mientras me observaba—. James mató a su mujer.

—¿Quién te ha contado eso? —le pregunté sorprendida.

—Sé que James estaba harto de la loba y no es de las personas más pacientes que conozco —me contestó encogiéndose de hombros, haciendo que me estremeciera al mostrarse indiferente ante algo tan horroroso—. No sé por qué Cloe se vio afectada por eso ni por qué los pillaron. James no es de los que se dejan pillar por un grupo de humanos enfundados en uniformes.

—Os lo ha dicho él —susurré sorprendida—. Mejor en la cárcel haciéndoos creer que aún es un dual que asumir la realidad.

—Es un dual —gruñó Markel.

—No, no lo es. Ya no —le contradije y se levantó con un movimiento brusco, haciendo que la silla cayera a su espalda mientras golpeaba con las dos manos la mesa haciendo que diera un brinco en mi silla.

Le sostuve la mirada.

—Es imposible —afirmó.

—¿Qué gano yo mintiéndote?

—No lo sé.

—Nada, absolutamente nada, Markel —le contesté mientras me ponía de pie. Si quería chillarme, no le dejaría que me hiciera sentir pequeña. Era una Grant. Un jaguar. ¿En serio él era mi pareja? Un tigre blanco. A Sam le daría algo. Existía la posibilidad de que intentara matarlo. Mejor que estuviera lejos, muy lejos, durante una temporada lo suficientemente larga como para aclarar todo aquel desastre—. Estoy aquí por eso, ¿de acuerdo? Quiero investigar eso de que les quitaran sus dualidades.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por qué debería confiar en ti?

—Yo estaba allí —le confesé y decidí ceñirme a la verdad. Una verdad que fuera para todos los públicos—. Intentaron matarnos. Cloe estaba encaprichada de mi hermano Gabriel, pero él empezó a salir con una humana. No lo llevó muy bien. Nos tendieron una emboscada, ella y su padre.

—¿Dos tigres contra dos jaguares? —me preguntó elevando una ceja, sin dudar del resto de mi historia, lo que me hizo sospechar que conocía lo suficiente a Cloe como para plantearse que aquello fuera verdad.

—Mi primo Tom estaba con nosotros —admití.

—Nadie dice que las peleas deban ser justas —afirmó mirándome con atención—. ¿Qué pasó?

—No lo sé —le mentí y su mirada se endureció, no me creía—. Algo cruzó el aire. Una estela dorada. Y luego ellos estaban vacíos. Sus bestias ya no estaban.

—Joder —susurró Markel mirándome—. ¿Lo sabe el consejo?

—No lo sabe ni mi padre —le confesé.

—¿Por qué no se lo has dicho? Le debes lealtad —me criticó con dureza.

—¿Y qué gano asustando a todos los duales del mundo? ¿Consiguiendo que se nos interrogue día tras día y noche tras noche? —le contesté—. No, gracias. ¿Por qué crees que James y Cloe no han abierto la boca?

—Sabes demasiadas cosas, para no ser duales —murmuró él con expresión inteligente.

—Ayúdame —le pedí.

—¿A qué exactamente? —me preguntó con mirada dura—. No voy a traicionar a los míos por dos buenas tetas.

—¿Soy solo eso para ti? —gruñí irritada.

—Eso es lo único que deberías ser.

—Pero no lo soy —le rebatí y su mandíbula se tensó. No me contestó—. Necesito tiempo para investigar lo que pasó. Para entenderlo. Tu familia sabe algo, estoy segura.

—Muchos de los secretos de nuestros antepasados desaparecieron cuando murió mi tío abuelo Abel. Su hijo mayor, August, es el líder de nuestra familia. Quizás él sepa algo, pero no voy a dejar que te acerques a él.

—¿Por qué?

—Me estás pidiendo que confíe en ti —me contestó—. Confía tú también en mí. Si te digo que no te acerques a él, no lo hagas. Sin más.

—De acuerdo —cedí—. Me mantendré lejos del resto de blancos.

—Eso no soluciona nuestro actual problema —añadió Markel.

—¿Qué problema?

—Que no estoy dispuesto a dejarte ir.

—Eso alertaría a todo el mundo. Es la peor de las opciones —le aseguré, sintiendo mi libertad cada vez un poco más cerca.

—Eres mía —gruñó finalmente.

—Lo soy —le dije y pareció calmarse al escuchar aquello.

—Esto es una mierda —protestó irritado.

—Igual con un poco de tiempo empezamos a tolerarnos —bromeé y él me lanzó una mirada cargada de rabia.

—¿Qué propones?

—No lo sé —le contesté con sinceridad—. Pero que me encierres aquí no me parece la

opción más inteligente. Podemos ocultar que las bestias han hecho su reclamo. Podemos fingir que nos hemos conocido en cualquier sitio que no sea el coto de los blancos. Podemos hacer lo que quieras con eso, pero yo necesito descubrir qué oculta tu familia.

—¿Qué te hace pensar que ocultamos algo?

Le miré con expresión altiva y su gesto se volvió duro. Su mandíbula se tensó. Sí, mi blanco también ocultaba cosas, pero yo no sería quién para culparle de aquello. Confiaba en él, más por un instinto que no por mi sentido común, pero no estaba dispuesta a delatar a mis amigas. A los fénix. Podía entenderle. La lealtad es algo admirable, el problema era que sospechaba que su lealtad era para las personas equivocadas.

—¿Quieres que te conteste a eso? —le pregunté con una amplia sonrisa.

—Voy a dar una vuelta. Necesito pensar antes de tomar una decisión —me dijo—. No salgas de la casa y por si se te pasa por la cabeza, me llevo tu teléfono y las llaves del coche. No me esperes despierta.

Salió de la casa dando un portazo.

Me dejé caer en la silla y me liberé de toda la tensión acumulada. Empecé a reír. Una risa un poco histérica, lo admito. Genial. Simplemente genial. Estaba aislada en una casa en quién sabe dónde. La casa de mi pareja. Un tigre blanco, el que debería ser mi enemigo, pero al que yo quería convertir en mi amante. ¿Podían las cosas ponerse aún peores?

## VIII Markel

DUDO que hubiera sido buena idea dejarla sola en mi casa. Quizás no tuviera teléfono ni un vehículo motorizado, pero sí disponía de dos piernas. Cerrar con llave la puerta no era una opción para detenerla. Si decidía escaparse, simplemente lo haría. Que eso no quería decir que yo no fuera después a buscarla. Cabreado, ansioso y, sí, también preocupado.

Su curiosidad era peligrosa. Nadie se mete en los asuntos de mi familia y vive para contarlos. ¿Cómo podía hacerle ver eso? Tenía que conseguir que se mantuviera al margen.

Joder.

¿Existía realmente algo capaz de arrebatar nos nuestra otra mitad? Temblé ligeramente ante ese pensamiento mientras una sombra repleta de manchas aparecía a mi lado.

El jaguar de mi pareja era una bestia digna de ser observada. Si tuviera un poco más de sentido común, en esos momentos, tomaría más consciencia de que el tigre estaba en la otra punta de la finca y que, si el jaguar decidía atacarme en ese momento, tendría serios problemas para contenerlo. Pero mi mente estaba en otro sitio en esos momentos. Vagando infatigable por todo lo que la rubia me había estado explicando.

Laura.

Observé al jaguar acercándose a mí. Ella tenía que verme a través de sus ojos, igual que yo estaba caminando entre el follaje, vigilando, a través de mi mitad animal. Alcé la mano y el jaguar se frotó contra ella, haciendo que una descarga me recorriera de arriba abajo. Suerte que era su mitad bestia, porque si en esos momentos fuera su otra mitad no sería capaz de resistirme a aquella atracción.

Pasé mi mano por su lomo y sentí cómo se estremecía con mi contacto.

Mierda.

Tenía que ir con cuidado. No podía deseársela de esa forma. No podía ponerla por delante del resto de mis prioridades. No podía dejarme llevar por el instinto de las bestias.

—Vigila el recinto, pero no te expongamos—le dije a la bestia, hablándole a ella y a Laura al mismo tiempo—. Cuando vuelva, te dejaré hablar con los tuyos. Buscaremos un punto medio.

El animal frotó su cabeza contra mi pierna y por poco me hace tropezar. Si su otra mitad se mostrara la mitad de efusiva, hubiéramos acabado rodando por el suelo y en estos momentos me importaría una mierda mi familia, la cueva y todos nuestros secretos. Lo que la convertía, a Laura, en pura dinamita. Y si los míos descubrían nuestra vinculación, si sospechaban la fuerza que ese tipo de vínculo podía ejercer entre dos duales, era posible que la consideraran una amenaza.

Sentí al tigre removerse inquieto. Él también estaba nervioso. Laura nos pertenecía. Y no, no dejaríamos que nadie pudiera llegar hasta ella. Hacerle daño. Lo que nos dejaba en una situación bastante complicada.

Tendríamos que huir. Lejos, muy lejos.

¿En serio me estaba planteando eso? Abandonar a los míos. ¿Dónde estaba mi lealtad?

Encontré el pasaje que llevaba a la cueva despejado. No me apetecía encontrarme con ninguno de mis primos en esos momentos, pero por una vez la suerte estaba de mi lado. Después de atarme a un jaguar. Mierda de existencia la mía.

Que llamáramos a aquel recinto cueva, no era anecdótico. Al margen de la casa, nuestro teórico núcleo social, teníamos las cosas que realmente importaban escondidas de miradas curiosas en la cueva. Un par de espacios en los que podíamos pernoctar, un viejo almacén con algunos pergaminos viejos y las celdas.

Era allí a donde me dirigía.

James solía estar en la cueva. Disfrutaba de aquello. De castigar a los jóvenes y deleitarse con el placer de los gritos, agónicos, de nuestro único invitado. A August no le gustaba ensuciarse las manos, así que solía dirigir a la familia desde la casa principal, donde mis padres y el viejo Enzo vivían. Había sido peor tiempo atrás, cuando Abel aún vivía.

Abel era el mayor de los tres hermanos que tuvo el que llamaban el Blanco. El primer tigre blanco que entró a formar parte del consejo. Era el único hijo de Devacles Whatson, el famoso erudito que disfrutaba dejando notas dentro de un libro, pero también sobre los cadáveres que dejó a sus pies a lo largo de su vida. Era un cabrón con estilo. Su hijo, el Blanco, de erudito tenía poco, pero de ambición mucha. Además de entrar a formar parte del consejo, engendró tres varones. Abel, Enzo y Arco.

El menor, Arco, engendró un único varón, Izan, mi padre, y, de la misma forma, mi padre engendró también un único hijo varón. Algo que a mi madre creo que le ha venido bien para consolidar su posición dentro de la familia, pero sin tener que estar todo el día pendiente de las crías. No es que me queje, me mantuvo lo suficientemente apartado como para que creciera tranquilo, pero sin sobreprotegerme ni ocultarme la realidad de mi propia existencia. A mi abuelo apenas lo recuerdo porque murió siendo yo apenas un niño. Probablemente fue mejor así, teniendo en cuenta el carácter de sus dos hermanos.

Abel, el primogénito, lideró durante varias décadas la familia hasta que le asesinaron. Tuvo dos hijos, August y James Whatson. Ninguno de ellos era especialmente compasivo, pero Abel los superaba con creces. Así que de los tres hijos del Blanco, solo queda con vida Enzo, un déspota que, tras engendrar en tres duales diferentes, no consiguió tener ni un solo tigre blanco que siguiera su linaje. Ninguno de esos duales vive con nosotros. La familia jamás los reconoció y no ostentan nuestro apellido por orden expresa de Enzo.

Cogí una barra de pan seco de la despensa y lo rompí para obtener un trozo de pan del tamaño de un puño. Algo tan pequeño, pero tan necesario para sobrevivir. Unas migajas de pan.

Caminé por el oscuro pasillo para adentrarme en el silencio, agónico, que ofrecía la muerta piedra que nos rodeaba. No, aquí no había electricidad ni nada que pudiera hacer pensar que la civilización había llegado a esa vieja gruta. Al fin y al cabo, allí dentro, nos comportábamos como poco más que animales.

—¿Me encontrabas a faltar? —me burlé de la puerta de metal negra mientras abría la pequeña rejilla inferior y lanzaba el trozo de pan al interior. No obtuve respuesta alguna. Cerré la rejilla, furioso.

Nunca me contestaba y eso me irritaba, pero seguía volviendo allí. A veces simplemente para asegurarme que pudiera llevarse un trozo de algo a la boca. Otras simplemente para pasar el rato en ese silencio agónico y frío que me ayudaba a concentrarme.

Me dejé caer al suelo y me senté al lado de la puerta. Hacía años que, de tanto en tanto, hacía exactamente eso. Tanto tiempo odiándole, por ser un traidor, para luego sentirme exactamente como si yo estuviera siguiendo sus pasos. Por dos tetas. Manda huevos.

Cerré los ojos mientras observaba el paisaje del exterior a través de mi otra mitad. Me

concentré en los ruidos y finalmente fui capaz de escuchar la respiración, firme, de la bestia que moraba al otro lado de la puerta.

—Hoy me ha pasado una cosa de lo más extraña —le confesé a mi silencioso acompañante—. Una mierda, créeme.

Silencio. ¿Qué esperaba? Hacía mucho que no escuchaba su voz. Años. Gruñí. Seguía irritándome que hiciera eso. Permanecer en un eterno y oscuro silencio.

—Supongo que no te interesa mi vida, después de todo —acerté a decir—. Igual te hará feliz saber que no creo que James vuelva en una larga temporada. Sé que te tiene especial cariño.

Su respiración se agitó ligeramente pero no me contestó. James tenía especial predilección por torturarlo. Que evitara la cueva cuando él se instalaba allí no significaba que fuera tan estúpido como para no saber lo que sucedía allí dentro. No es que tuviera intención de interceder por él. ¡Se lo había buscado! Pero tampoco me apetecía recrearme en el placer de sus gritos y su agonía. James estaba enfermo y yo era una mera ficha en el tablero de August. Sabía cuál era mi lugar en la familia a la perfección.

—Ya que te veo tan animado hoy, te voy a confesar un pequeño secreto. Dudo que sea cierto, pero dicen por ahí que existe algo capaz de arrebatarle a un dual su mitad animal. ¿Te imaginas algo así?

Escuché un movimiento. Lento. El ruido de las cadenas arrastrándose por el suelo, el rechinar del metal sobre la piedra. Me sorprendió aquello. Esperé, pacientemente. Silencio.

—Una historia de lo más curiosa, sin lugar a dudas —continué.

—¿Quién? —su voz era mucho más ronca de lo que yo recordaba. La palabra había sido pronunciada como si le costara un gran esfuerzo. Quizás se debía a que hacía mucho tiempo, años, que lo único que había proferido aquella voz eran gritos.

—¿Quién me lo ha contado? —le pregunté impactado por su estado y porque, por primera vez, mostrara interés en hablar conmigo. Su silencio no es que me diera mucha información, pero decidí responder a aquello. A medias—. No te lo creerías. Una loca que quería husmear por nuestro coto.

El rugido me tomó por sorpresa. Un rugido que mostraba la rabia, la ira, contenida en la bestia. Conseguir que Roy mostrara algún tipo de emoción me impactó más que la propia amenaza que contenía ese rugido.

—Si la has tocado —empezó a decir con dificultad—. Te mataré.

—No estás en condiciones de amenazarme —le dije mientras apretaba la mandíbula, irritado. Yo era quien tenía que defender a Laura, no él. Eso me cabreaba. Era una estupidez, de acuerdo, pero ella era mía—. Ha sido un malentendido.

—Sigue viva —susurró Roy detrás de la puerta y casi me inspiró pena en ese momento. No tanto por el hecho de que sonara patético. Si yo llevara allí dentro todo el tiempo que él llevaba y me hubieran hecho las cosas que le habían hecho a él, dudo que siguiera con vida. Hubiera hecho lo posible para arrebatármela a mí mismo. Esa perseverancia suya en seguir vivo siempre me había sorprendido. Sería mucho más fácil simplemente dejar de luchar. Le admiraba. Siempre lo había hecho. Solo que él era un traidor y eso nadie podía perdonárselo. Ni siquiera yo.

—Es complicado —admití—. ¿Sabes eso que te he contado de que hoy me ha pasado una cosa de lo más rara? Sé que no debería contártelo, pero peor sería contárselo a alguien de la familia. Estoy jodido, Roy. La bestia la ha reclamado. Y en cuanto alguien se entere, van a ir a por ella. Mi vida es una puta mierda, mi viejo amigo.

Escuché un ruido. Ronco. Tardé un tiempo en ser consciente de lo que era. Risa. Roy estaba

riéndose. Hice una mueca. Cabrón hasta ese extremo.

—Siempre es agradable que las desgracias de uno alegren a otros —ironicé mientras me levantaba de allí, cabreado.

—Markel, busca al águila —me dijo Roy a trompicones—. Umai.

Fruncí el ceño y decidí ignorarlo.

¿Buscar a un águila? Un dual. No podía ser otra cosa. ¿Roy dándome un consejo? Llevaba encerrado allí desde que teníamos quince años. Era imposible que tuviera relación con nadie que no fuera de la familia y el trato que le daban no era precisamente agradable.

Si seguía con vida era porque se aferraba a ella con desesperación. Y porque yo me ocupaba de que comiera algo, al menos tres o cuatro veces a la semana. A James ya le gustaba poder jugar con él y August era de los que consideraban que la muerte era un premio, no un castigo, así que me permitían aquello. No es que yo lo tuviera en estima. Ya no. Pero había sido como un hermano para mí, hasta que nos traicionó. Fin de la historia. Aunque supongo que siempre queda algo, incluso sabiendo el tipo de persona en el que Roy se había convertido.

Cuando salí de la cueva ya era prácticamente de noche. Elevé el mentón para observar el cielo. Las estrellas. ¿Qué esperaba encontrarme? Un águila. Sí, justamente eso. ¿Podría un ave de ese tipo entrar en nuestro territorio sin ser vista?

Era arriesgado, pero quizás no imposible.

Jamás había oído hablar de duales alados. Sería toda una novedad.

Tampoco había oído hablar de algo capaz de arrebatarle a un dual su mitad animal.

Apreté los labios y empecé a correr en dirección a mi todoterreno. Tenía ganas de ver a Laura. ¿Seguiría en mi casa o se habría ido? Si se había decantado por lo segundo, la noche prometía ser larga, porque no estaba dispuesto a acostarme sin tenerla entre mis brazos.

¿Sabría ella algo sobre el águila?

Umai.

¿Era ese un nombre? ¿Un código? Me estaba metiendo en tierras movedizas. Hacer caso a un traidor era una pésima idea. De hecho, todo lo que había estado haciendo a lo largo del día era una suma de despropósitos que me estaban dirigiendo a una celda en la que pasar el resto de mi existencia, en la cueva, al lado de Roy.

Si tenía que entretenerme con su amena conversación, estaba jodido.

Sentí un escalofrío. Lo que no podría aceptar, lo que no podría tolerar, es que Laura estuviera en una de esas celdas. Y la mierda de ser consciente de aquello me irritaba por completo.

¿Quién era el capullo que había creado eso de los reclamos entre las bestias?

## IX

### Laura

—DAME una buena razón para que no me mate —le dije a la imagen que me devolvía el espejo del baño. No, no me respondió. Apreté los labios—. Es nuestra pareja.

No es que fuera un gran argumento, vale. Pero era el único que tenía.

Por muy temperamental que fuera, esperaba que el hecho de encontrarme en un piso rodeada de humanos suavizara un poco el choque frontal. Si es que aparecía.

Le había dejado un papel con mi dirección. Sí, podía haber esperado allí eternamente a que el macho llegara a nuestro falso nidito de amor, pero no era mi estilo. Prefería que aquello no nos explotara en la cara. Sin teléfono, llamar a Minnie era complicado porque no me sabía de memoria su número. Al menos, había podido llamar a mi padre y le había soltado eso de que había perdido el teléfono, algo poco probable pero no imposible. Así mataba dos pájaros de un tiro. Le haría saber a Minnie que había perdido el teléfono y con eso, ella sabría que estaba bien.

Había tenido razón ella, con eso de que no me metiera bajo ningún concepto en el coto de los blancos. Moraleja: escucharla más atentamente la próxima vez.

Que esperaba que hubiera próxima vez. No en eso de meterme en el coto de los blancos, pero en alguna otra cosa. Lo que implicaba que volvía a ser libre. Y de momento estábamos vivas. Todo un logro.

Había tenido tentaciones de llamar a casa, pero había colgado la llamada antes del primer timbre. ¿Qué les diría? ¿Que no tenía nada pero que me había aliado con el enemigo? Sam era capaz de plantarse en medio de Colonia y desatar el caos. Y Gabriel... no tengo claro cómo reaccionaría él.

Desde luego, cualquier otro varón sería mejor que Markel, seamos sinceras. Pero era él y no valía la pena darle más vueltas porque no existía fórmula posible para anular aquello. Creo, vamos. Lo de echar un vistazo a los libros viejos de la biblioteca era tentador, pero ya teníamos más trabajo del que podíamos abarcar con lo de los fénix.

Escuché el ruido del interfono y empecé a temblar. No sé si de miedo o por otros motivos. Con Markel todo era confuso. Antes de que Annie abriera la puerta del recibidor, me presenté allí en unas pocas zancadas. Lo justo para poder ver, como si fuera a cámara lenta, cómo se abría lentamente y ver a Markel allí detrás, con esa expresión un tanto hosca suya. Le sonreí. No pude evitarlo. ¿Cómo podía odiarle y tener tantas ganas de verle al mismo tiempo? Eso le pilló totalmente desprevenido.

Se quedó quieto, simplemente mirándome, sin decir nada.

—¿Hola? —le saludó indecisa Annie mientras nos miraba a ambos alternativamente.

—Te has dejado esto en mi casa —me dijo Markel entonces, sacándose mi teléfono del bolsillo trasero de los pantalones, sin dejar de mirarme.

—¿Has cenado? —le pregunté sintiéndome ligeramente insegura. Igual no era buena idea meter a un depredador como él en un piso repleto de humanos.

—No he tenido tiempo —me contestó y creo que había un punto de burla en sus ojos. No, podía imaginármelo.

—Pasa —le pedí y él pareció dudar durante unos segundos. ¿Un tigre blanco inseguro? Eso sí que sería una novedad.

—Soy Annie —se presentó mi amiga mientras Madison sacaba la cabeza por detrás nuestro y

sus ojos se abrían cual depredador. Ilusa. Aquí el único depredador de verdad era Markel. Bueno, y yo.

—Yo soy Madison —se adelantó ella para quedar en primer plano y tenderle la mano—. Pasa, tenemos comida de sobra y los amigos de mis amigas siempre son bienvenidos.

Amigos, lo que se dice amigos, no éramos, pero no le contradije. Markel entró sin mirarme siquiera y, aunque eso me molestó un poco, aspiré el rastro que dejaba detrás de él. Olía a cosas buenas. Incluso si él era malo. Malo de esos malos malosos. Pero no me había matado y estaba aceptando cenar en mi casa. Con humanos. Igual eso era un avance por su parte, ¿no?

Cerré la puerta de entrada cuando fui consciente que me había quedado sola en el recibidor. Yo y mis pensamientos. Bravo, Laura.

Entré en el comedor. La mesa estaba puesta y Madison ya había instalado una silla extra a su lado. Cómo no. ¿En serio me sorprendía?

Annie me miró mientras colocaba un plato frente a Markel. Si sospechaba algo o no, no sabría decirte. Di un respingo cuando sentí que Ignacio me cogía de la cintura con una familiaridad que no sé yo si teníamos. Vale, nos habíamos estado besando. ¿Cuándo había sido eso? ¿En otra vida? No, anoche. Nos habíamos estado besando anoche. Y yo tenía un macho dominante, mi pareja, sentado en la mesa observándonos con el ceño fruncido. Esto podía acabar como el rosario de la aurora.

—¿Markel ya se ha presentado? —pregunté mientras me sentaba en mi silla más rígida que un palo.

—Sí —me aseguró Madison mientras se estiraba ligeramente para llegar a una de las bandejas al otro lado de la mesa haciendo que las protuberancias que podían verse en su escote destacaran como dos malditos melones. Apreté los dientes. Me estaba poniendo celosa. ¡Yo! ¡Celosa! ¡De Madison! ¿Pero es que el mundo se había vuelto loco? Miré a Markel y sus ojos me observaron con algo parecido a diversión para desplazarlos después a la mujer a su lado. Y, sí, hacia sus malditas protuberancias.

Era mi pareja.

Mi pareja.

¿Qué parte no entendía?

Igual él no me había matado a la tarde, pero igual yo sí que lo mataba a él esta noche.

—¿Eres del club? —le preguntó Ignacio sentándose a mi lado mientras se servía. Markel elevó una ceja.

—Sí, es del club —intervine a trompicones.

—¿Hoy no se ha animado a venir Melissa? —me preguntó Annie que había congeniado bastante con ella.

—No, se ha quedado en la biblioteca —le contesté.

—¿Nuestra biblioteca? —intervino Markel ladeando ligeramente la cabeza. Mierda. No quería que esto pudiera salpicarle a ella. ¿Cuántas duales con ese nombre habría en Colonia? No, no era una pregunta trampa y la respuesta era evidente. Una. La había cagado.

—Sí —afirmé intentando excusarla—. Es diseñadora gráfica o algo así y siempre está allí conectada con sus trabajos y eso.

—Claro —murmuró Markel que no se lo había tragado ni por asomo.

—¿Y tú qué haces en la vida? —le preguntó Madison obligándonos a romper el contacto visual.

—Un poco de todo —le contestó encogiéndose de hombros. Bien, mejor esa respuesta que

una que implicara matar personas, animales o duales.

—¿Estás bien? —me preguntó Ignacio con expresión preocupada.

—Ha sido un día complicado —le confesé.

—Mañana ya es viernes —me animó y le sonreí. Sus ojos oscuros se mostraban alegres. Era atractivo. Divertido. Alegre. Mucho más adecuado que no Markel. Incluso siendo un humano. Y, sin embargo, no sentía nada, absolutamente nada, por él. Ya no.

Madison acaparó la conversación, algo que era bastante habitual, todo sea dicho, mientras yo observaba a Markel a escondidas. Me irritaba cómo le seguía el juego a Madison mientras ella se esmeraba en captar su atención. Para él tenía que ser un juego. Solo eso. No podía sentir algo real por ella. Igual que yo no podía sentir algo por otro varón. ¿Quizás la vinculación afectaba más en el plano emocional que no en el plano físico? ¿Quizás Markel podía desear físicamente a otra mujer pese a nuestra vinculación?

Miré a Ignacio. No, no sentía mariposas, ni hormigueos ni un nudo en la boca del estómago. Me sentía irritada y al mismo tiempo confundida, pero deseo, por Ignacio, ninguno. No es que antes hubiera habido fuegos artificiales, pero algo había. Me parece, vamos. Había sido capaz de hacer que me sonrojara. ¿Y ahora? No tenía respuestas a mis propias preguntas y eso me enojaba.

—¿Por qué no jugamos a algo? —soltó Madison dejando sobre la mesa una botella de ron. Fruncí el ceño.

—¿Jugar a qué? —preguntó Ignacio con curiosidad.

—Beso o verdad —dijo ella y creo que mi cara de espanto era un poema.

—Yo casi que paso de eso —murmuró Annie entre risas.

—No, en serio, es muy divertido —aseguró Madison—. No tienes que besuquearte con nadie si no quieres, pero entonces tienes que responder a una pregunta.

—¿Cómo funciona? —preguntó Markel y me molestó que se planteara aquello. A ver, para empezar, no estaba el horno como para empezar a besuquearnos y que se manifestaran las bestias. Era un tema de control, porque a nosotros el alcohol apenas nos sube. Igual precisamente por eso quería jugar. Le miré con gesto desconfiado.

—No es buena idea —opiné.

—Te gustará, ya verás —me aseguró guiñándome un ojo mientras miraba a Ignacio. Genial, ahora Madison jugaba a la casamentera mientras ella se llevaba el premio gordo, claro. No era tonta, la chica—. Todos bebemos un chupito. El último en dejar el vaso vacío en la mesa, tiene que aceptar un reto.

—¿Qué tipo de reto? —preguntó Ignacio mientras empezaba a servir el ron en cinco vasitos que Madison había hecho aparecer de vete a saber dónde.

—Una pregunta, algo personal y picante —contestó Madison con mirada pícar—. No se puede mentir, pero sí se puede evitar contestar a esa pregunta a cambio de un beso. Tú simplemente di la verdad, Annie, y listos.

—Soy fatal bebiendo —masculló Annie mientras miraba los chupitos—. Voy a perder siempre.

—Hagámoslo a suertes —decidió Ignacio—. Creo que había un dado en el tablero del parchís, cada uno que elija un número y al que toque que beba y haga el reto.

—Es una buena opción —se animó Annie. ¿Era yo la única que veía que esa era la peor de las ideas?

—¿Y si sale el número que no le corresponde a nadie? —preguntó Madison dudando.

—Todos bebemos y todos respondemos a una misma pregunta —intervino Markel y sus ojos buscaron los míos haciendo que me estremeciera.

—No es una buena idea —murmuré.

—Si no te ves capaz, lo entenderé —se burló Markel.

—Laura es un poco cerrada, ya me entiendes, para estas cosas —le soltó Madison mientras le golpeaba de forma juguetona sobre el pecho y él le sonreía. A ella. Le sonreía. Lo mato. En serio, lo mato.

—Juego —gruñí.

Madison se organizó para repartir números y lanzó el dado sobre la mesa. Me sentía peor que en un examen. No es que fuera la primera vez en mi vida que jugaba a alguna estupidez de esas. Pero no lo hacía con alguien como Markel frente a mí. Y con todo lo que él me hacía sentir. Y todo lo que tenía que ocultarle al precio que fuera.

—Annie —gritó Ignacio mientras ella empezaba a reír nerviosa al ver su número sobre el tablero de la mesa. Cogió el chupito y se lo bebió de un solo trago. Si ella era la que bebía mal, íbamos apañados.

—Venga, va, para empezar algo que caliente motores —bromeó Madison—. ¿Te lo has montado con Andrés alguna vez en un coche?

—Ya sabes que no puedes mentir —le recordó Ignacio entre risas.

—Sí —dijo ella y todos empezaron a reír a carcajadas. Yo a medias. Markel se limitó a mantener esa expresión entre burlesca y divertida. Odiosamente sexy.

—Tiras tú el dado —le dijo Madison. Annie lo tiró y observé como salía el cinco. El número de Markel.

—¡Yo pregunto! —chilló Madison desbocada mientras Markel bebía de un trago el chupito. No es que nadie esperara otra cosa, creo. Madison era la reina en esos momentos.

—¿Hace cuánto que no te acuestas con una mujer? —le preguntó a bocajarro mientras dejaba bien a la vista su mostrador superior.

—¿Y si prefiero no contestar? —le respondió él mientras se pasaba la lengua por el labio inferior de forma seductora haciendo que Madison casi se deshiciera en sus propias bragas y yo soltara al animal para que creara el caos.

—Entonces va de besos, ya sabes —le susurró ella mientras miraba descaradamente sus labios y le subían los colores. Estaba a punto de asesinar a alguien.

—¿A alguien en particular? —le preguntó él.

—No, a quien quieras —le aseguró. Markel desvió su mirada hacia mí y yo me tensé por completo en la silla. Dejé de respirar hasta que él alejó su mirada de mi persona.

—Entonces está claro que es mejor no responder —le contestó él mientras se giraba hacia ella y la cogía del cogote, delante de mí, estampando su boca sobre la suya. Sentí un dolor y una rabia que desgarraban por dentro. Se separó de ella mientras Ignacio y Annie los vitoreaban. Yo solo quería largarme de allí y, ya puestos, morirme. Aquello era un insulto. Me tensé. No, no dejaría que supiera que aquello me molestaba. Me afectaba. Mucho.

—¡Te toca tirar! —le dijo Annie a Markel, que parecía empezar a divertirse. Todos lo hacían menos yo, supongo.

—¡Tres! —gritó Madison—. ¡Es tu número Laura!

—¡Bien! No veas que subidón —ironicé mientras miraba con odio a Markel durante una fracción de segundo.

—¡Voy yo! —cortó Madison—. ¿Eres virgen?

Hija de la grandísima y apestosa mierda de vaca. Por no llamarla de otra forma. Apreté la mandíbula.

—Sí —afirmé sosteniéndole la mirada, claramente enojada.

—¡No por mucho tiempo! —exclamó Madison entre risas mientras miraba a Ignacio que se había tensado ligeramente. Sí, ese tipo de cosas supongo que acojona a muchos.

—Eso ha sido feo —murmuró Annie.

—Es solo un juego —soltó Ignacio mientras se acercaba a mí—. Y no me importa.

—A mí sí —gruñó Markel.

—No te preocupes que Madison es de lo más experimentada —le solté irritada.

—Te ha molestado —me dijo. ¿Sería estúpido?

—Además de gilipollas, eres imbécil. ¿Por qué el universo me ha hecho esto? —me quejé enfadada mientras las risas desaparecían en la mesa y empezábamos a alzar el tono.

—Sabes que no es a ella a quien quiero besar —gruñó él levantándose de la mesa—. ¡Parecías un conejillo asustado y no un maldito felino de ochenta kilos!

Me levanté y nos quedamos enfrentados, separados por la mesa de madera.

—Vete a la mierda —le contesté.

—Si quieres que te bese, solo dímelo —exclamó el cretino—, pero si luego se monta un circo, no me hagas responsable de las consecuencias.

—¡No quiero que me beses! —gruñí irritada.

—Mientes de culo —me soltó mientras empezaba a reír por lo bajo.

—¿De qué va esto? —intervino Ignacio colocándose a mi lado.

—Eso va de que, si vuelves a tocar a mi mujer, te mataré —le soltó con una mirada fría y una dureza que hicieron que Ignacio temblara ligeramente.

—No va a hacerlo —le aseguré a Ignacio y desplazé mi mirada en dirección a Markel—. No somos animales, después de todo.

—No, claro —se burló él mientras rodeaba la mesa. Ignacio dio un paso hacia atrás—. Te dije que esperaras en mi casa.

—Te llevaste mi teléfono —le rebatí—. Mi padre es bastante temperamental, ¿recuerdas?

—No más que yo —me contestó él y nos sostuvimos la mirada.

—¡Estoy flipando! —soltó Madison— ¿Pero qué os lleváis entre manos vosotros dos?

—Estamos juntos —contestó Markel. Bueno, era mejor decir que estábamos juntos que no que soltara eso de que era suya.

—¿Desde cuándo? —preguntó Ignacio que parecía dolido. Normal.

—Desde ahora —afirmó Markel mirándolo con esa frialdad suya.

—Pues entonces no sé qué pensar de lo que vi que pasó ayer en tu habitación —se burló Madison que estaba enojada de no ser el centro de atención. No contenta con eso, añadió señalando a Ignacio y a mí alternativamente—. Pensaba que te desfloraría anoche.

—Y yo pensaba que sabrías cerrar el pico —le solté irritada.

—Te estás pasando, Madison —intervino Annie poniéndose de mi parte—. La prefiere a ella, joder, supéralo por una vez. ¡Es tu amiga!

¿Había soltado un taco la siempre dulce Annie?

—¿Laura? —fue Ignacio el que me llamó. No tengo claro si era una pregunta, una súplica o una sentencia.

—Estamos juntos —dije finalmente mientras apretaba la mandíbula, enfadada con Markel y su entrada triunfal repartiendo mierda, en mi mundo—. Aunque es un perfecto gilipollas.

—Y un cabrón —soltó Annie. Me giré a observarla mientras Markel elevaba una ceja, desafiante, en su dirección. Annie se sonrojó—. No te morreas con otra tía si tienes pareja. Y menos delante de ella. Solo por eso, te mereces que te envíe a la mierda. Ignacio es mucho mejor que eso.

—La relación más corta de la historia —se burló Madison.

—¿Y a esa la llamas amiga? —me preguntó Markel.

—Eres tú el que se ha liado con ella, no yo —le recordé.

—Tú te liaste con él —añadió Markel señalando con la barbilla a Ignacio.

—Ayer —gruñí—. Ni siquiera te conocía.

—Me da rabia igualmente —me soltó molesto.

—Pues no te cuento la gracia que me ha hecho a mí verte enganchado a Madison la cazanovios —solté usando el mote que muchos utilizaban en la facultad para nombrarla.

—Líate con Ignacio delante de él —soltó Madison con ojos brillantes de satisfacción—. Ojo por ojo.

¿Ahora era mi amiga o simplemente le molaba el morbo?

—Eso es cruel —negué con la cabeza.

—No creo que él se quejara —se burló Markel mirando a Ignacio.

—¿En serio te gustaría que hiciera algo así? —le pregunté y su aspecto prepotente se suavizó un poco.

—No, no me gustaría —admitió y sus facciones se suavizaron. Se acercó a mí y su mano rozó mi mejilla haciendo que una sensación electrizante me recorriera de arriba abajo. Deslizó su mano hasta quedar sobre mi nuca en una suave y sensual caricia y su boca descendió hasta la mía.

Sus labios me rozaron con una suavidad que me sorprendió mientras todo mi cuerpo parecía convulsionar por una extraña emoción que ardía en mi sangre. Capturó mi labio inferior con delicadeza, obligándome a abrir ligeramente los labios y entonces fue cuando intensificó el beso. Sentí su lengua abrirse paso dentro de mí y todo pareció encajar, a la perfección, en ese momento. Su cuerpo presionó el mío mientras yo simplemente perdía el sentido y me perdía en las emociones que me hacía sentir. Gemí y fue entonces cuando él se separó de mí. Me quedé con la mirada ligeramente turbia, embobada. Sus ojos me observaban con atención.

—Esto, no volverá a repetirse —me susurró—. No puede repetirse. Tenemos suficientes problemas como para complicarlo más.

No, no hablaba de liarse con Madison. Hablaba de lo nuestro. De besarnos y exteriorizar lo que nos quemaba por dentro.

—¿Por qué lo has hecho? —murmuré mientras me sentía vacía, sin sus brazos rodeándome.

—Porque estamos juntos y te debía una disculpa —me confesó—. ¿Vamos a dormir aquí o en mi casa?

—¿Juntos? —tartamudeé.

—Vete acostumbrando —me contestó y su expresión parecía ligeramente divertida.

—Vale —conseguí contestar.

—Mañana me gustaría ir a la biblioteca —afirmó mientras a mí me temblaban las piernas.

—Por la mañana tengo clases —le expliqué—. Suelo ir después de comer.

—Tengo el día libre. Te acompañaré —me contestó y le miré con expresión desconfiada—. Es lo que hacen las parejas, ¿no?

—A mí me suena a que soy prisionera en mi propia vida.

—Lo has dicho tú.

—Pero no lo has negado.

—¿Quieres que lo hablemos aquí o lo discutimos en tu habitación? —me preguntó y su mano ascendió a mi mentón. Apenas lo rozó, pero me estremecí. Creo que él también.

—En mi habitación —susurré finalmente.

—¡Tiene pestillo! —soltó Madison entre risas.

No le contesté. No miré a ninguno de mis amigos. Desaparecí hacia mi pequeño reino con Markel siguiéndome los pasos. Cuando entró, se encontró a mi jaguar tumbada en mi cama, observándole con atención. Sonrió, el capullo. Cerró la puerta a su espalda y pasó el pestillo. Su tigre se manifestó y la habitación se nos hizo tremendamente pequeña.

—Ya estamos todos —se burló él mientras me observaba con hambre en su mirada. Era un depredador y, por primera vez en mi vida, yo era la presa.

## X Markel

¿ME ESTABA volviendo loco? Era una posibilidad. En esos momentos dificultades tenía de no lanzarme sobre ella. Sus labios. ¿Cómo podían ser simplemente tan perfectos? Todo en ella era una mezcla de inocencia y fuego en estado puro. Virgen. Joder. Y yo que había estado tentado de tumbarla en el suelo y montarla como un maldito animal cada vez que sentía el olor de su deseo. No lo había hecho. Al menos podía alegar eso en mi defensa.

Su jaguar era una preciosidad de manchas oscuras y porte orgulloso. Como ella. Observé como bajaba de la cama, perezosa, para acercarse al tigre y frotarse contra su lomo. Sentí aquello, la caricia. Era mi piel, después de todo. Observé como en su rostro había una mezcla de excitación y vergüenza. Ella podía disimular, pero la bestia no estaba para esas tonterías. Con el calentón que llevaba, si no acababa yo dentro de ella lo haría el tigre en el jaguar. Era una crónica anunciada y creo que ambos lo sabíamos. No era algo habitual. Lo de dos bestias copulando, pero tampoco era habitual que se reclamaran. Y el jaguar sería perfectamente capaz de aguantar las embestidas de mi otra mitad. Quizás no era una mala opción. Yo no quería tocarla. Desearla como lo hacía. Pero sentirla a través de su otra mitad, sentir su piel contra la mía y enterrarme en su cuerpo sería un consuelo para la mierda que llevaba dentro y me veía obligado a controlar.

El jaguar se estiró a mi lado. Piel con piel. Mis rayas contra sus manchas. Se sentía malditamente bien. Miré a Laura. Tenía las piernas encogidas y las rodeaba con sus brazos. Pese a su expresión, podía sentir la mezcla de emociones que la envolvían. El deseo destronaba a las otras. Sería tan fácil.

Con movimientos lentos me senté en el otro extremo de la cama, dejando el máximo posible de espacio entre ella y yo. Observé a los animales. Diría que nunca me había sentido así, en paz, antes. Nos estaban dando una tregua para que pusiéramos nuestras cosas en orden, pero estaba claro que ellos querían estar juntos. Los cabrones nos lo habían dejado lo suficientemente claro.

—Sabes, es posible que una noche, mientras estemos medio dormidos, acabe follándome a tu hembra —le dije haciendo una mueca.

—¿Podrías ser más vulgar?

—Son bestias —le dije encogiéndome de hombros.

—Forman parte de nosotros —me criticó con mirada dura.

—Preferiría ser yo quien te follará a ti, si te soy sincero —le aseguré, en parte para irritarla—, pero eso lo complicaría aún más.

—¿Qué es lo que se complicaría? —me preguntó y ahí me pilló desprevenido.

—Todo —le dije.

—No creo que pueda complicarse más —me dijo haciendo una mueca mientras se estremecía al sentir al tigre restregar su cabeza contra una de las patas delanteras de su bestia. Me excité.

—¿Es eso lo que quieres? —le pregunté tensándome.

La deseaba. Y ella me deseaba a mí. Estábamos vinculados. ¿Y si era una estupidez no dejarse llevar por aquello? Era mía.

Iría con cuidado. Al menos la primera vez. Porque era consciente de que se volvería adictiva. Como una droga que necesitaría corriendo por mis venas. Igual que sus labios. Su beso. Necesitaba volver a sentir su boca contra la mía. Su aliento y la forma que tenía de abrirse a mí,

poco a poco, hasta dejar que su propio deseo tomara el control de su cuerpo.

—Es un instinto —me contestó y eso me molestó. Esperé, pacientemente, sintiendo el tacto de su piel a través del contacto de las bestias—. Sabes, siempre pensé que mi primera vez sería especial.

—Eso es lo que piensa todo el mundo —le contesté.

—Es diferente para nosotros —negó ella—. No he estado nunca con nadie por miedo a que se manifestara.

—Eres temperamental —murmuré—. Ella también. Cuando te enfadas, cuando te excitas... ella simplemente toma parte del control.

—Exacto —afirmó mirando a su jaguar—. Siempre me he dicho que algún día buscaría un buen dual con el que tener crías, sin más. Con él no importaría si se manifestaba o no.

—Pero...

—Creo que, en secreto, esperaba enamorarme de alguien al que no le importara lo que yo fuera —me confesó.

—¿Ignacio? —le pregunté intentando no sonar enfadado.

—No —negó ella con media sonrisa—. Me cae bien, pero no hay fuegos artificiales.

—Y ahora que estás vinculada a mí, sabes que eso ya no va a pasar —afirmé finalmente. No, jamás podría enamorarse de nadie porque de alguna forma lo estaba de mí. Odiándome, y eso. Desde luego, no se había enamorado de mí por el hecho de que le hubiera mostrado todos mis encantos y me hubiera esmerado en el cortejo.

—Exacto —susurró finalmente. Sus ojos buscaron los míos—. ¿Tú también lo sientes?

—¿El deseo? —le pregunté y ella se sonrojó ligeramente—. Como jamás antes lo había sentido. Pero es más que eso. Es la sensación de complicidad que hay entre ellos.

—Me gusta sentirte —me confesó y miré a los animales.

—A mí me gustaría sentirte a ti —susurré y me incorporé de la cama para pasearme por la habitación como una bestia enjaulada. Observé a las bestias. El contacto, el uno contra el otro, parecía calmar su propio nerviosismo. Me giré a observarla—. Necesito sentirte.

No le di oportunidad de contestar, me acerqué a ella y la cogí del cogote para besarla con parte de esa necesidad que sentía. Me respondió con su propio fuego. Sus propios miedos. Sus propias dudas. Todo desaparecía cuando estábamos juntos.

Me recliné sobre ella y me estiré sobre su cuerpo sin dejar de besarla. Contuve, a duras penas, la necesidad de tocar todo su cuerpo y explorar sus tesoros. No. No hoy. En una maldita habitación de un piso repleto de humanos. Pero la haría mía. Pronto. Muy pronto. Pese a ser consciente de que era la peor de las ideas.

Me quedé allí, ansiando desnudarla y enterrarme en ella, simplemente besándola. Era adictiva. Podría morirme mañana que ya habría valido la pena, pero claro, si estuviera muerto no podría protegerla. Y esa era mi maldita prioridad en esos momentos. Malditas bestias.

—Deberíamos intentar dormir un poco —le susurré al separarme de ella. Tenía el pelo ligeramente revuelto y las mejillas encendidas por la pasión. Joder. No tenía claro si aquello era una bendición o una maldición.

—Sí, claro —tartamudeó.

Se movió ligeramente para separarse de mí y la arrastré con mi brazo para que su cabeza quedara recostada sobre mi pecho mientras me permitía acariciar su espalda lentamente. Su olor era adictivo. Uno de los felinos ronroneó satisfecho. Ni siquiera podría asegurar si había sido ella o yo. Se contentarían con eso, de momento. Incluso si era solo un aperitivo. Estábamos jodidos

porque la queríamos de una forma que jamás hubiéramos pensado poder querer algo. O a alguien.

No dormí demasiado aquella noche. Tener a Laura parcialmente abrazada era mucho más atractivo que ceder al sueño. Dormiría en otro momento. El tigre era bastante noctámbulo así que estaba acostumbrado a dormir unas pocas horas por la mañana y poco más.

¿Cómo la vida puede dar un giro tan drástico de la noche a la mañana?

No podía simplemente alejarme de ella, pero tampoco quería que ella entrara a formar parte de mi mundo. Había demasiada mierda allí para alguien como ella. Era un jaguar, sí, pero a veces parecía tan solo una niña asustadiza que ha crecido entre humanos siguiendo sus reglas y no las nuestras. ¿Por qué su padre le permitía algo así? Estudiar. Vivir entre humanos. Fingir que era algo que no era. Eso la había convertido en alguien débil, inocente.

¿Qué posibilidades teníamos de que funcionara? Pocas. O tal vez ninguna.

Teníamos que ocultar lo de nuestra vinculación. A August no le gustaría. La única opción es que pensara que era una mujer cualquiera en mi vida. Había habido otras antes. Quizás era la primera dual con la que me acostaba, cierto, pero August quería que el linaje perdurara. Laura podía ser una candidata adecuada para hacer eso posible. Sí, si sabía llevarlo bien, podía conseguir que hasta fuera él el que me ordenara que le pidiera en matrimonio. Matrimonio.

Estaba realmente tarado como para plantearme aquello. No es que quisiera tener cachorros, realmente. Para la vida que les esperaba, mejor usar un puto preservativo. Pero con ese planteamiento podría tener a August y a mis padres tranquilos durante un tiempo, sin tener que estar pendiente de que no les diera por meter la nariz en mis asuntos. Nadie me pediría responsabilidades respecto a cómo llevaba mi relación con Laura, igual que nadie se metía en la forma como James había tratado a su esposa, aunque era sabido por todos que era a base de zarpazos y mordiscos.

Mis padres se llevaban bien, no puedo quejarme. No es que me prestaran mucha atención, pero eran de lo más comedido en la familia. Supongo que por eso Abel había decidido que fueran ellos quienes criaran a Roy. *Un gruñido*. Los recuerdos vienen a trompicones, pero intento anularlos, enterrarlos, como he hecho durante los últimos años. Roy había sido como un hermano para mí. Me sentía mucho más unido a él que a cualquiera de mis primos. Tigres blancos, sí, pero a cuál más psicópata. No puedo criticarles eso. Cloe había crecido bajo la tiranía de James y el resto eran hijos de August. Con eso todo estaba dicho.

No, Roy siempre había sido diferente. Pero en el buen sentido. Por eso, cuando nos traicionó, me jodió vivo. ¿Por qué lo hizo? Llevo años haciéndome esa pregunta y acosándolo a través de las paredes de piedra y la puerta de acero que se ha convertido en su celda. Jamás me había contestado antes. Jamás había vuelto a escuchar su voz. Solo que ahora ya no era la voz juvenil de aquel niño con el que yo jugaba y al que yo sentía como si fuera mi propio hermano. El único con el que realmente podía sentirme libre de ser yo mismo en toda mi maldita familia. Y el único que no era un tigre blanco.

Se había convertido en un hombre mientras seguía encerrado allí dentro.

¿Por qué me había dicho que buscara al águila? Joder, después de tantos años, solo se le ocurría eso. Ponerse a reír de mi desgracia y enviarme a buscar a una maldita ave. ¿Estaría Laura buscándole? ¿Por qué? Eso no tenía sentido. Nadie sabía de su existencia. Era uno de esos secretos de los viejos. Uno que Abel, mi bisabuelo, seguramente no tuvo tiempo de explicarle a August antes de morir asesinado.

El tigre se removió inquieto y fue el jaguar el que fue capaz de calmarlo con su presencia. Observé el contraste de nuestro pelaje para luego fijarme en el pelo rubio de Laura que cubría parte de mi pecho. Mañana volvería allí mientras Laura estuviera en sus clases. No tenía claro que Roy se mostrara tan espléndido como para darle algún sentido a sus consejos, pero no perdía nada por intentarlo.

## XI

### Laura

NOS SENTAMOS en una mesa de picnic con una bandeja de comida de la cafetería de la universidad. Sentía la mirada de la gente sobre Markel. No, no pasaba desapercibido. No era solo cosa de su atractivo, también tenía que ver con ese algo de depredador que hacía que la gente se apartara ligeramente de su camino, pero al mismo tiempo no pudieran evitar observarle. Me había excusado del resto de mis compañeros para poder estar a solas con él, no tanto por el romanticismo, que confieso que en parte esperaba, sino por el hecho de poder hablar con él de verdad. Quería conocerle, lo admito.

Me había sorprendido al quedarse a dormir a mi lado. Con la suavidad de sus besos mientras la noche nos encontraba, abrazados, el uno contra el otro. No, no parecía el tigre que me había amenazado con un cuchillo con eso de que le molestaba no poder matarme por ser quien era. Su pareja, vamos.

También me sorprendía la delicadeza con la que me había tratado anoche. Los besos con los que me encendía y me calmaba al mismo tiempo y cómo su cuerpo parecía complementarse al mío. Me había sorprendido que fuera capaz de controlar ese instinto, el deseo, que compartíamos y que se intensificaba con la proximidad del otro. Yo no opondría resistencia alguna. Y él lo sabía.

Me había dicho que me necesitaba. Que necesitaba sentirme.

Habíamos evolucionado. Un poco al menos. Pero desde que nos habíamos levantado él rehuía todo contacto físico conmigo, como si pudiera transmitirle una enfermedad infecciosa que fuera sumamente contagiosa. No le gustaba sentir lo que sentía ni compartir lo que compartíamos. Podía entenderlo... si hubiera podido elegir, no creo que él hubiera sido el hombre al que le hubiera dado mi vida. Él tampoco me hubiera elegido a mí, así que estábamos en paz. En cualquier caso, él había cubierto mi rastro y yo, a mi manera, quería protegerle. Aunque era difícil proteger a alguien de su propia estupidez. Y de sí mismo.

—Háblame de ti —me pidió tras un largo silencio en el que habíamos empezado a comer, ignorando las miradas de la gente que nos rodeaba. Le observé indecisa y añadió—. De tu linaje.

—Mi madre es una loba —empecé, sintiéndome más o menos comfortable con ese tipo de conversación. Solo tenía que esconder un par de fénix, el resto estaba chupado—. Estudió Medicina, es psiquiatra.

—¿Ejerce?

—Sí, por eso no suele venir a Colonia con mi padre —le contesté y él hizo un gesto afirmativo, pero parecía sorprendido pese a que intentaba mantener esa fachada neutra, de indiferencia, tan suya—. Tiene una hermana un par de años menor que tuvo dos crías, pero no nos hacemos mucho.

—¿Lobos?

—Sí, todos ellos —le conté—. Su marido también lo era, murió cuando yo era muy pequeña.

—¿Y los jaguares? —me interrogó.

—Mi padre es el mayor —empecé—. Tiene un hermano menor que está casado con un leopardo. Mi primo Tom, su hijo, siguió el linaje de su madre.

—Tu tío está en el consejo —afirmó Markel haciéndome saber que sabía más cosas de las que me pensaba sobre nosotros.

—Sí, pero él y mi tía Linda se pasan la vida viajando para intentar contactar con familias perdidas —le conté—. Tom prácticamente se ha criado con nosotros. Es un año mayor que mi hermano Gabriel, ellos dos siempre han sido uña y carne.

—¿Qué hacen ellos? —me preguntó con mirada inteligente.

—Tom está haciendo la tesis en la facultad en la que estudió —empecé—. Es mucho más sedentario, pero es posible que algún día alterne eso de trabajar de biólogo con lo de sus padres.

—Buscando especies perdidas —susurró—. ¿Alguna vez has oído algo sobre un águila?

—¿Águila? —le pregunté sorprendida—. No me suena. ¿Por?

—Curiosidad, me acaba de venir a la cabeza.

Me encogí de hombros.

—Gabriel quería seguir los pasos de mi padre en el consejo —continuó—. El año pasado acabó su carrera, pero conoció a Sophie y se enamoró.

—La humana —remarcó él.

—A mi padre no le sentó muy bien, la verdad —le contesté haciendo una mueca—. Pero Gabriel eligió a Sophie y no al consejo y mi madre medió a favor de ellos. Ahora están felizmente juntos.

—Es la chica a la que Cloe quería matar —afirmó y se lo confirmé asintiendo con la cabeza.

—¿Y qué hay de los blancos?

—No tengo hermanos —me dijo mirando en dirección al horizonte—. Mi madre es una tigresa clásica y mi padre es hijo de Arco, el pequeño de los nietos de Devacles Whatson. La primera línea viene a través de Abel, que tuvo dos hijos varones. Cuando Abel murió, August, su primogénito, pasó a controlar a la familia y James se ha dedicado a ser su mano derecha durante todo este tiempo. Si conoces a Cloe, sabrás que es hija única. August en cambio, tuvo cuatro hijos. Tres varones y una hembra. Uno de los varones murió hace unos años. Era el primogénito, así que Ander, el segundo, aspira tomar el control de aquí un tiempo, si James no lo mata antes. Enzo, el segundo de los nietos de Devacles Whatson, no tuvo descendencia y apoya a Ander para que sea el sucesor, pero James es bastante ambicioso.

—¿Sería capaz de hacer algo así? —le pregunté apretando los labios y sospechando la respuesta. Que era un mal tipo hacía tiempo que lo sospechaba. Que llegara hasta ese extremo me había pillado por sorpresa.

—Si Cloe hubiera sido un varón, es probable que hubiera habido algún accidente —afirmó tras tomarse su tiempo—. Para conseguir convertirse en la primera línea de sucesión solo le sobran Hocte y Ander, los dos varones restantes de August. Pero solo tuvo a Cloe.

—Les pegaba —le confesé—. A su esposa y a Cloe.

—Lo sé.

—¿Eso es normal para vosotros? —le pregunté tensándome. Sus ojos buscaron los míos. No tengo claro qué esperaba encontrar allí.

—Sí —me contestó con mirada gélida—. Mi padre no es demasiado temperamental, pero August y James son bastante inestables. Somos tigres, Laura, no gatitos domésticos.

—Mi padre jamás le ha levantado la mano a mi madre —le contesté.

—Bien por ellos —me contestó encogiéndose de hombros. Fruncí el ceño y le miré con gesto enojado.

—Si intentas pegarme, te arrancaré el brazo de un mordisco —le advertí alzando el mentón.

—Puedes intentarlo —me contestó y había un punto de burla en su mirada. Apreté con fuerza el puño—. No me des motivos para hacerlo y no nos encontraremos en ese dilema.

—¿Motivos? ¿Hay justificación alguna para pegar a tu pareja?

—Si te pones en peligro, me cabrearía. Mucho —me contestó tras sostenerme la mirada—. Tú vives entre humanos, yo entre bestias. Ninguno de los dos queremos que mi mundo te salpique, créeme, y para que eso no pase tendrás que obedecerme.

—Lo llevas claro —gruñí.

—Sé razonable —me pidió el capullo.

—¿Razonable? —mascullé irritada.

—He estado reflexionando sobre nosotros —admitió mirándome y pude sentir el sutil cambio en su olor, en el brillo de sus ojos. Sentí a mi jaguar removerse inquieto. Ansiando tocarlo. Besarle. De nuevo—. No puede saberse, bajo ningún concepto, lo que nos ha pasado.

—¿Por qué? —le pregunté frunciendo el ceño. Se suponía que era algo bueno, que éramos afortunados. Que no me sintiera así un 90% del tiempo era otra cosa. Despertarme entre sus brazos compensaba ese porcentaje.

—Me haces débil —afirmó apretando el puño, molesto con admitir aquello—. Podrían usar esa debilidad contra mí.

—¿Tu familia?

—Ellos, cualquiera, ¿qué más da? —gruñó irritado—. No quiero que te hagan daño para hacérmelo a mí. Si supieran que te dejé salir de nuestro terreno, no estarían precisamente contentos, pero si se enteran de que mi lealtad está dividida, sería mucho peor.

—¿Tu lealtad está dividida? —le pregunté tragando saliva y su mirada se volvió ardiente.

—¿La tuya no? —se burló él—. Dudo que fueras a jugar a nuestro coto, y, aun así, estamos aquí. Juntos.

—De acuerdo —suspiré—. ¿Qué tienes pensado?

—Ninguno de mis primos tiene pareja —empezó—. Incluso siendo el último de la línea de sucesión, que me relacione con una dual y me plantee tener cachorros podría ser admisible.

—Cachorros —susurré sonrojándome.

—No me lo planteo realmente —aseguró molesto—. Pero bastará para que August nos deje tranquilos, siempre que piense que esto solo es una relación por intereses.

—Como en el resto de tu familia —le solté inquieta.

—Exacto —afirmó con gesto confiado.

—Quiero más que solo eso —le contesté.

—Tenemos mucho más que solo eso —susurró haciendo que mi piel se erizara—. Pero para poder tener algo, primero hemos de seguir vivos.

—Mis padres lo notarán —le dije—. No son estúpidos.

—Ocúpate de que no lo hagan.

—Quieres que les mienta —protesté.

—Llevas haciéndolo conmigo desde que nos hemos conocido y no te veo demasiado afectada —se burló Markel. Capullo. Que, a ver, algo de razón tenía, pero me fastidiaba esa prepotencia suya.

—Me lo pensaré —le contesté.

—No tenemos muchas más opciones, Laura —insistió—. Si quieres que intentemos que esto funcione, de alguna forma.

—Querer, lo que se dice querer...

—No me provoques.

—¿Lo estoy haciendo?

—Lo haces cuando finges que no te importo —explotó.  
—No vamos a ser la pareja vinculada del año —ironicé.  
—No, no lo seremos, porque nadie va a saber lo que realmente ha pasado —remarcó.  
—Me ha quedado claro —mascullé— ¿Nos vamos a la biblioteca?  
—¿Siempre huyes de las discusiones?  
—Si no puedo acabar a mordiscos, sí —le contesté mientras me encogía de hombros y miraba la gente sentada en las mesas que nos rodeaban.  
—No creo que acabáramos con ese tipo en concreto de mordiscos —se burló Markel—. El tigre le tiene ganas a tu jaguar.  
—Será el único.  
—¿El único?  
—Llevas todo el día evitando tocarme —observé intentado fingir que eso no me molestaba.  
—Te dije que lo que pasó no debía repetirse —me recriminé.  
—No parecías opinar lo mismo anoche —le reté con la mirada recordando los besos, ardientes, que habíamos compartido en mi cama.  
—Me gusta pensar con la cabeza y contigo cerca se vuelve difícil —se justificó.  
—¿Y eso cómo se come? —protesté.  
—Mantendremos cierta distancia en público —decidió Markel—. Está bien que nos vean juntos, hará más creíble nuestra historia.  
—¿Y en privado? —le pregunté mientras empezábamos a caminar el uno al lado del otro, dejando un espacio entre nosotros que me irritaba por completo.  
—No podremos contenernos eternamente —sentenció.  
Me estremecí al escuchar aquello. Las mejillas se me encendieron y miré su gesto rígido, duro, fugazmente. Mantenía la mirada perdida en el infinito mientras seguía caminando con pasos seguros.  
—¿Esta noche? —le pregunté nerviosa y excitada al mismo tiempo.  
—¿Nerviosa?  
—Vete a la mierda —gruñí. Una cosa es que estuviera como un flan, otra que él se recreara en aquello. Me cabreaba que él supiera que era totalmente inexperta. Estaba en inferioridad de condiciones.  
Sentí un escalofrío cuando me cogió del brazo. No, no fue suave, pero no sentí miedo alguno. Sus ojos se clavaron en los míos y tiró con fuerza de su agarre para hacerme tropezar en su dirección. Choqué contra su cuerpo mientras él me apretaba con fuerza y su boca capturaba la mía. Sentí una de sus manos descender hasta mi trasero y apretarme contra él. ¿Era eso lo que pensaba que era? Algo duro y grande que presionaba contra mí.  
—Yo sí —me susurró en la oreja—. No puedes imaginarte hasta qué punto. Me excita pensar que seré tu único macho y que podré gozar de ti el resto de mi vida. Así que, si me niegas que estás nerviosa o excitada con esa idea, me cabrearé bastante.  
—Lo estoy —le confesé mientras me apretaba contra él.  
—Perfecto —murmuró y me mordió el lóbulo de la oreja haciendo que sintiera contracciones por todo mi cuerpo—. Buscaré un sitio seguro, no tengo claro que podamos controlar a las bestias.  
—Vale —murmuré dejando que las sensaciones me dominaran mientras Markel seguía mordidiéndome la oreja.  
—Fin de la conversación —gruñó él mientras se separaba de mí y empezaba a caminar,

dejándome atrás. Tardé un tiempo en reaccionar, impresionada por aquello y también excitada como jamás había estado en toda mi vida. Di unas cuantas zancadas para ponerme a su lado, dejando un espacio generoso entre ambos.

—Markel —le llamé.

—Dime —me dijo sin ni siquiera mirarme. ¿En serio podía mostrarse así, tan frío, después de compartir aquello?

—Lo que acabas de hacer es eso que decías que no podía repetirse bajo ningún concepto en público, ¿verdad?

Ladeó la cabeza para mirarme con expresión cargada de rabia y me lanzó un gruñido bajo. Empecé a reírme y él arrugó la frente, molesto, haciéndome reír aún más fuerte.

—¿Laura?

—¿Sí?

—Eres peor que una droga dura.

—Para dura...

—Pronto sabrás hasta qué punto —me soltó con mirada ardiente y me sonrojé por completo, mientras el pulso se me aceleraba y mi propio olor corporal se teñía de deseo—. Y no puedes llegar a imaginarte las ganas que te tengo.

Eso me pasaba por jugar con fuego. Decidí mantenerme callada el resto del camino hasta la biblioteca, pensando en él. En mí. Y en lo diferentes que eran nuestros mundos pese a que éramos dos duales.

## XII

### Markel

EL RUIDO de un libro cayéndose al suelo llamó nuestra atención. No es que al tigre algo así le molestara especialmente, pero no esperaba encontrar a nadie allí dentro.

—¡Hola Melissa! —saludó efusivamente Laura a una mujer joven que se ocultaba parcialmente detrás de unas grandes gafas. Tenía las manos abiertas frente a ella pero el libro que debía de estar sosteniendo estaba abierto de par en par en el suelo, a sus pies.

Escuché el chillido agudo de una bestia. Un ratón, si mi olfato no se equivocaba. El tigre saltó por la balconada para aterrizar a pocos metros de ella, dispuesto a pasearse entre las estanterías de libros, mientras Laura y yo bajábamos por la escalera que llevaba hasta el distribuidor central de la biblioteca siguiendo al jaguar.

—¡Buu! —solté mirando a la mujer que tenía la boca abierta de forma grotesca.

Funcionó. Dio un respingo y empezó a temblar.

—Melissa, te presento a Markel —le dijo Laura mientras se acercaba a ella para coger del suelo el libro abierto. Se lo tendió con una sonrisa amable. Melissa cerró la boca y cogió el libro, colocándolo sobre su pecho como si de una coraza se tratara.

Podía sentir su miedo.

No somos la familia más querida en Colonia, siendo realistas. Somos poderosos y se nos respeta por ese motivo aunque se nos teme por otros. James es de los que disfrutan humillando a duales como la que había frente a mí. Y August... August disfruta sometiendo a las duales, sin más. Podríamos decir en ese aspecto que ha seguido los pasos de su tío Enzo. Es posible que haya algún bastardo suyo corriendo por algún lado, algo que para mí no es un problema, pero que a mis primos sí les preocupa porque si fuera un tigre blanco podría reclamar sus derechos dentro de la familia y, con mi primo Teo muerto, podría llegar a ser discutible quién debería ser el siguiente líder de la familia.

—¿Qué estás buscando aquí a todo esto? —le pregunté a Laura, ignorando a la ratita.

—Estamos buscando mitos sobre duales mágicos —me contestó colocándose al lado de la chica como si fueran un frente común. ¿Con una rata? ¿Un jaguar? ¿En serio?

—Duales mágicos —me burlé cruzando los brazos sobre mis antebrazos.

—Quiero escribir un libro —me contestó Laura alzando el mentón. Otra mentira más a su repertorio.

—Claro —ironicé.

—Melissa conoce muy bien la biblioteca —continuó Laura mientras la cogía del brazo y prácticamente la arrastraba a una de las mesas. Intenté ocultar la diversión que sentí al ver cómo la ratita miró a Laura como si quisiera decirle sin palabras que se había vuelto loca por traerme allí.

Las observé con curiosidad, desde mi posición.

—Es un blanco —susurró Melissa con voz asustadiza.

—Es una larga historia —se excusó Laura. ¿Realmente tenía intención de justificarse ante ella?

—Fuiste —masculló la otra.

—Sabéis que puedo oíros, ¿verdad? —les pregunté divertido mientras me acercaba a la mesa y me sentaba frente a ellas.

—Y matarnos, sí, lo sé, tu discurso no es muy variado —me soltó Laura y la ratita se puso roja como un tomate—. ¿Has encontrado algo?

—Yo...

Dudaba. Lo que tenía que significar que algo había encontrado, pero no quería compartirlo mientras yo estuviera delante. Era lista.

—Puedes confiar en Markel —le aseguró Laura y me sorprendió aquello, la miré y me sentí extrañamente bien, orgulloso, al escucharle decir aquello. Incluso si a veces me mentía sin remordimiento alguno—. Este es el libro en el que encontramos el papel que te enseñé.

Me tendió un libro con el tomo color caoba y un pequeño grabado en él.

—¿Qué se supone que es eso? —les pregunté observando el dibujo. Tenía alas. ¿Y qué era lo otro? ¿Fuego?

—Pensamos que es un fénix —susurró Melissa.

—Un fénix —repetí. ¿Laura se había jugado el cuello por saber algo de un ave mitológica? ¿Por ese estúpido libro? Joder. Si no fuera por ese libro, jamás la habría conocido. Todo hubiera sido más fácil. Y seguiría sin tener sentido. Empecé a reír. A carcajadas. Laura se unió a mi risa. Me gustaba eso. El sonido de su risa—. Así que nos hemos conocido gracias a un viejo libro de cuentos.

—Me sorprende que digas gracias y no por culpa —se burló ella con una amplia sonrisa.

—Tenía mis dudas de cómo expresarlo —le contesté divertido.

—Vosotros dos estáis juntos, vuestras bestias... —susurró Melissa de repente tapándose la boca, con los ojos abiertos como dos platos.

—No —negué con mirada fría y dura.

—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó Laura y en ese momento le gruñí, irritado. ¿Dónde había quedado la conversación que acabábamos de tener sobre lo de fingir que lo nuestro era algo meramente superficial para asegurar que su vida no corriera peligro?

—Mis padres —susurró Melissa sonrojándose por completo mientras temblaba ligeramente, intentando no mirarme de forma directa.

—De momento no queremos que se sepa —le dijo Laura—. ¿Nos ayudarás?

—Claro —susurró Melissa.

—No puedes pensar en serio en confiar en una maldita rata —gruñí molesto.

—Lo estoy haciendo —me contestó Laura con expresión orgullosa—. Y no es una rata, es una ratita preciosa.

—No sería capaz de notar la diferencia.

—Eso ha sido grosero —me recriminó Laura.

—Habíamos hablado de esto —le recordé, irritado—. No puedes pretender que confíe tu seguridad en su silencio.

—Yo lo hago —me retó ella.

—Confías en una rata miedica y escurridiza —escupí los insultos sin ningún miramiento y en los ojos de la dual frente a mí un brillo me advirtió de que estaba a punto de ponerse a llorar. ¿Por unas palabras? ¿Cuánto tiempo aguantaría bajo las atenciones de James? Se mearía encima antes de que empezara a torturarla. Nuestro secreto no estaba a salvo con ella.

—No es una rata —gruñó Laura poniéndose de pie y colocando una mano sobre su hombro—. Y si intentas hacerle algo, te las verás conmigo.

—Laura...

—Me importan una mierda los psicópatas de tu familia —me soltó de golpe—. Yo no soy

miedica ni escurridiza. Ni ninguno de los míos. Melissa puede ser pequeña, pero es mucho más grande que todos tus blancos juntos.

—Está bien —gruñí—. Pero si abre la boca, la mataré.

—No lo haré —tartamudeó la dual. Claro, y yo me lo creía.

—Ahora que ya has amenazado con matar a todos los presentes en la sala, ¿podemos centrarnos en lo de los fénix? —intervino Laura volviéndose a dejar caer sobre su asiento—. ¿Qué has encontrado?

—Los símbolos del libro —murmuró Melissa con algo de inseguridad—. He encontrado un libro en el que coinciden algunos.

Empezó a mover los libros dispersos por la mesa hasta coger uno. Me miró con algo de recelo antes de colocarlo sobre la mesa.

—La sanación de los chamanes —leyó Laura con atención—. ¿Chamanes?

—La mayor parte de las páginas están escritas en alemán antiguo, pero en algunas los grafismos del libro del fénix están presentes.

—¿Podríamos descifrar algún símbolo por el contexto?

—Es posible —murmuró Melissa—. Había pensado dibujarlos por separado para buscar repeticiones antes de intentar buscarles algún sentido. En cualquier caso, dudo que con esto seamos capaces de leer en condiciones el libro del fénix.

—Podríamos buscar todos los libros que encontremos sobre chamanes —propuso Laura—. Igual encontramos más páginas con símbolos.

—No sé qué conseguiremos, pero solo con la imaginación que le estamos poniendo, tu padre estará orgulloso —le dijo Melissa a mi pareja con una amplia sonrisa. La sonrisa de Laura fue amplia, pero no genuina. Estaba bien saber que no era al único al que el jaguar mentía. Incluso si la había defendido con fiereza.

—Libros de chamanes, genial —murmuré levantándome y observé las estanterías que nos rodeaban—. ¿Alguna idea de por dónde empezar?

—Estantería C, M y S —dijo al instante Melissa con una seguridad que me obligó a fijar mi atención en ella—. Chamán, Magia y Sanación. Es el lugar más probable en el que se hayan clasificado libros sobre ellos.

—De acuerdo —murmuré mientras empezaba a caminar en dirección a la estantería que tenía una M estampada en color latón en su lateral.

Nos pasamos la tarde allí. Me sorprendió ver la complicidad entre Laura y Melissa. En cualquier caso, la ratita rehusó venir a cenar con nosotros cuando empezamos a recoger nuestras cosas. Algo que, sinceramente, agradecí. Tenía ganas de tener a Laura para mí solo. Salimos de la biblioteca los tres juntos.

Caminábamos por un pasillo cuando sentí al tigre tensarse y el olor de un macho adulto, un posible rival, me hizo buscarle con la mirada. Era un dual alto, de unos cincuenta, tenía el pelo corto y su expresión era un tanto tenebrosa. Esas me gustan. Me ayudan a saber dónde estoy. Enseñé ligeramente los dientes mientras caminaba con paso firme, sin dejarme intimidar por su presencia.

No, los blancos no solíamos ir al consejo excepto los que formaban parte del mismo. Mis tíos y Enzo, básicamente. Sentí que Laura se tensaba a pocos pasos de mí y eso me puso más nervioso que el hecho de estar ante la presencia de otro gran depredador. Un felino. ¿Un jaguar? Mierda.

—¡Papá! —exclamó Laura con un tono de voz que fingía una alegría que no era real.

Observé al hombre mientras el tigre se adelantaba un poco, dispuesto a colocarse entre él y ella.

—¡Señor Grant! —la voz chillona de Melissa me obligó a romper el contacto visual con el dual. Observé como Melissa avanzaba hasta llegar a él y le regalaba una sonrisa más que generosa mientras empezaba a soltar palabras sin demasiado sentido—. ¡Hoy hemos avanzado mucho! ¿Sabe que mi amigo Markel es un genio en alfabetos antiguos? Me ha costado invitarle a cenar esta noche para conseguir que moviera su culo de felino a ayudarnos, pero en serio, ha valido la pena. ¿Verdad, Laura?

—Sí, claro —murmuró Laura mientras se acercaba a su padre, que la cogió por la cintura mientras le regalaba una expresión mucho más relajada que al resto. No me gustó eso. Que la cogiera con esa familiaridad. Era su padre, cierto. Pero cosas más raras se habían visto. Y Laura era mía—. Papá, te presento a Markel. Un... amigo de Melissa.

—Encantado, señor —le saludé formalmente mientras le daba la mano y él la estrechaba, analizándonos el uno al otro. Era bastante obvio que no nos gustábamos demasiado, pero estábamos dispuestos a tolerarnos. Siempre y cuando soltara a mi mujer.

—¿Eres uno de los varones de August? —me preguntó tras observar a mi bestia con algo parecido al respeto. Laura había encerrado a su bestia antes de salir de la biblioteca porque los arrumacos que tenían tendencia a hacerse esos dos eran delatadores. Y jodidamente excitantes, eso también.

—No, soy el hijo de Izan, el hijo de Arco, el menor de los hijos del Blanco —repuse. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. ¿Nos vamos?

Sí, eso era para Laura. No soy de los duales más pacientes sobre la faz de la tierra.

—Pásatelo bien, cielo —le dijo el hombre a Laura con voz suave antes de liberarla de su agarre. Tentaciones tuve de acortar ese absurdo espacio entre nosotros para apretarla contra mi cuerpo. Para decirle a su padre que ya no era su niña. Me pertenecía. Por derecho divino. Y me importaba una mierda si le salía un sarpullido al saber que ellas y nosotros éramos uno solo.

—¿Dónde decíais que íbamos a cenar? —nos preguntó haciendo una mueca Melissa en cuanto nos alejamos del padre de Laura. Él podía oírnos. Y la ratita lo sabía perfectamente.

—Al sitio de siempre —le contestó alegremente Laura—. ¿Sabes que eres la mejor?

—Lo mejor es la pasta con queso que hacen allí, Markel —me dijo Melissa y me sorprendió porque era la primera vez que se dirigía a mí de forma más o menos voluntaria. Pese al miedo que le inspiraba. Pese a que la había amenazado a muerte. Pese a todo aquello, acababa de darnos una coartada frente al padre de Laura sin que se lo hubiéramos pedido.

Y con eso, mi plan empezaba a cobrar fuerza. Alguien hablaría con alguien. Dejaría pasar unos días y luego iría a hablar con August. Con un poco de suerte, si las cosas salían bien, Laura y yo estaríamos instalados en mi casa sin el miedo a ser descubiertos como si fuéramos dos malditos amantes furtivos para finales de la siguiente semana. Sí, entonces la haría mía. *El tigre rugió ansioso*. Las haríamos nuestras.

Igual Laura no era tan estúpida, después de todo, y sabía leer a las personas. Incluso si eran pequeñas y tenían voz chillona. Le daría una oportunidad a la rata. A la ratita. Pero solo una.

## XIII

### Ruth

—¡QUÉ BUENO que hayas venido, Ruth! —me abrazó Annie con expresión alegre usando apenas unos susurros—. Aún está dormida, vas a darle una gran sorpresa.

—Esa era la idea —le contesté guiñándole un ojo. Me esperaba en un par de fines de semana, pero había conseguido un vuelo tirado de precio que salía de madrugada y no me había podido resistir. Me moría de ganas de conocer a Minnie y saber de los avances con Ignacio. Soy así de cotilla, ¿qué pasa?

—Es posible que no esté sola, en la habitación —me susurró Annie que se estaba muriendo de la risa y me tapé la boca para no ponerme a reír a carcajadas. Vale, por lo visto la cosa iba viento en popa. ¡Qué callado se lo tenía la cabrona!

—Esto va a ser muy, pero que muy divertido —le aseguré, guiñándole un ojo.

—La puerta del final del pasillo —me dijo—. Yo me voy a dormir un rato más.

—¡Hasta dentro de un rato! —le susurré mientras empezaba a caminar por el pasillo.

Piqué a la puerta con firmeza, intentando no morirme de la risa. Laura se moriría de la vergüenza y yo me reiría de ella algo así como... ¿toda mi vida?

Escuché un gruñido bajo que me hizo fruncir el ceño. ¿Había soltado a la bestia? Esperaba que Ignacio fuera de los que tienen un sueño profundo. ¿Se lo habría contado? ¡Ni de coña! El jaguar era condenadamente noctámbulo, quizás había aprovechado que Laura estaba parcialmente dormida para hacer acto de presencia. Escuché unas pisadas firmes en el suelo.

Nadie había gritado de forma histérica, así que eso tenía que ser algo bueno. Sonreí cuando escuché el cerrojo abrirse. Solo podía ser Laura.

Pues no.

No lo era.

—¡Madre del amor hermoso! —solté al ver a un hombre enorme con un cuerpo que era un condenado delito, medio desnudo frente a mí, bloqueando la entrada a la habitación—. ¿Pero quién diablos eres tú?

—Eso mismo podría preguntarte yo —me soltó con expresión dura y una frialdad sorprendente. ¿Qué hacía ese tipo en la habitación de Laura?

—¿Ruth? —la voz de Laura fue mi salvación, porque yo no tenía intención de intimidarme por él y él, desde luego, no tenía intención de dejarme pasar dentro.

—¡Sorpresa! —exclamé con una amplia sonrisa y aspecto triunfal en el rostro. ¡Toma esa, majete!

—No me lo digas, otra causa perdida a la que tienes bajo tu ala —gruñó el tipo mientras se separaba del marco de la puerta para dejarme pasar. Ignoré su comentario y entré dentro de la habitación.

Laura estaba vestida con ropa deportiva, que ya es más de lo que me esperaba. Tenía el pelo ligeramente revuelto y las mejillas sonrojadas evidenciando que la acaba de pillar in fraganti. Me lancé hacia ella y nos abrazamos como si hiciera años que no nos veíamos, mientras empezábamos a reír con un punto de histeria.

La puerta se cerró con un golpe seco.

Vale, no estábamos solas. Me giré para observar al hombre. Tenía los brazos cruzados sobre su pecho y se veía bastante cabreado. Fruncí el ceño mientras le observaba.

Oh, oh.

Había visto esa expresión cientos de veces. En Gabriel. Y en Tom.

—¡Mierda! —solté mientras señalaba al hombre con el dedo de forma muy poco discreta.

—¡Ruth! —me reprendió Laura.

—Es tu pareja —solté de golpe mientras empezaba a dar saltitos emocionada— ¡Tu pareja!

—¿Quién es esta loca? —gruñó el hombre irritado. Le sonreí. Una amplia sonrisa, de hecho.

—Mi mejor amiga —le advirtió Laura y él me miró de arriba abajo con un gesto despectivo. No, no se lo tendría en cuenta. Era la pareja de Laura. Teníamos que llevarnos bien. Estaba dispuesta a esforzarme.

—Humana, sí —le dije y él elevó una ceja ante aquella afirmación—. Me llamo Ruth. Me alegro mucho por vosotros, perdona mi efusividad, tiendo a ser de esas.

—Te dije que se darían cuenta —le dijo Laura al dual encogiéndose de hombros—. Ruth es como si fuera mi hermana. El resto también lo notará.

—¿Darnos cuenta de qué? —le pregunté a mi amiga.

—Markel considera que deberíamos mantener *esto* en secreto —me dijo haciendo una mueca mientras se removía ligeramente inquieta y señalaba al dual y a ella alternativamente con el dedo índice.

Me llamó la atención que ella se hubiera sentado en la cama y él se mantuviera a distancia, al lado de la puerta. Gabriel y Tom difícilmente sacaban las manos de encima de Sophie y Sam durante los primeros meses. Miento, seguían haciéndolo.

—¡Qué estupidez! —exclamé.

—Y lo dice una humana —escupió el dual.

—Muy muy majo no es —mascullé un poco irritada ya. ¿Pero qué le pasaba al tipo?

—Es complicado —murmuró Laura. La observé, parecía preocupada.

—No lo entiendo —les dije mientras me cruzaba de brazos y los miraba a ambos.

—Me metí en el coto de los blancos —me confesó mi amiga—. Hace dos días.

—¿Los tigres blancos? —gruñí—. ¿Te has vuelto loca?

—Eso mismo es lo que le dije —se burló el dual mirándome con atención, como si quisiera estudiarme. Le miré y ladeé la cabeza.

—Oh, no —murmuré mientras daba un paso hacia atrás.

—Va a ser que sí —masculló Laura.

—Mierda.

—Te he dicho que era complicado —afirmó Laura.

—¡No puedes ocultarles a Sophie y a Sam algo así!

—Igual ya lo saben —me contestó Laura encogiéndose de hombros.

—Visto así —admití mientras me encogía de hombros. Los fénix tenían la extraña capacidad de saber cosas. Entre muchas otras habilidades. Eran un auténtico portento, incluso dentro del mundo de los duales—. Sam igual intenta matarlo.

—¿Quién es Sam? —le preguntó el dual a Laura.

—La hermana de Sophie —le respondió ella.

—¿Una humana? —murmuró el dual elevando una ceja y empezó a reír—. ¿Tu amiga piensa que una humana tendría alguna opción contra mí?

—Bueno, ¿sabes ese primo tuyo al que me dijiste que mataron hace unos años? —masculló Laura haciendo una mueca—. Es bastante probable que lo matara ella.

—Eso es imposible —negó él, pero su mirada se mantuvo fija en ella y pude sentir la

conexión entre ellos. Incluso si él era... ¿nuestro enemigo?

Incluso siendo su pareja, Laura había mantenido lo de Sophie y Sam a salvo. Él no sabía su secreto. ¿Qué haría cuando lo supiera? Laura se encontraría en fuego cruzado.

—Menudo culebrón —solté, descargando un poco la tensión y me senté en la cama, al lado de Laura, ya que él no parecía tener el interés de hacerlo y ella, en esos momentos, necesitaba sentirse apoyada—. No menosprecies a Sam. Es una fanática antiduales y ha matado a varios. Entre ellos un tigre blanco.

—Eso no tiene ningún sentido —negó el dual.

—Su madre era una dual —continué explicándole. El hombre me miró con atención y luego su mirada se desplazó a Laura.

—¿Por qué me cuenta más cosas una humana que mi propia pareja?

—Porque conozco a Laura desde que empezó a caminar —le contesté—. Jamás va a contarte cosas si piensa que puede perjudicar a personas a las que quiere. Dos tigres blancos intentaron matarnos hace no mucho.

—James y Cloe, lo sé —me contestó y su atención se centró en mí—. ¿Por qué me explicas todo esto?

—Porque eres la pareja de Laura —le dije—. Sé que harás lo correcto porque la amas más que a tu propia vida y jamás harías nada que pudiera lastimarla o ponerla en peligro.

—¿Quién coño has dicho que eras? —masculló el dual mientras su mandíbula se tensaba irritado.

—Esas palabras no son mías —le dije con una sonrisa—. Conozco a dos duales emparejados. Sé cómo funciona. Quizás los dos seáis igual de arrogantes y os cueste aceptarlo, pero ya no hay vuelta atrás. Estáis en el mismo equipo.

—¿Y qué equipo es ese? —me interrogó el dual mirándome como si me odiara. Un poquito al menos.

—El vuestro —le contesté—. El resto estaremos a vuestro lado, pero ahora sois solo uno, los cuatro.

—La familia de Markel es complicada —puntualizó Laura. Empecé a reír y Markel se tensó. A Laura se le escapó una sonrisa, cómplice, como siempre que a mí me daba una de esas crisis de sonoras carcajadas.

—Cloe estaba loca y James era un maltratador —afirmé mirando a mi amiga—. ¡No quiero conocer a tus suegros!

—Vete a la mierda —me soltó Laura mientras empezaba a reír. El dual nos observó, con el ceño fruncido.

—Pero, ¿qué hacéis aún aquí? —les pregunté cuando conseguí calmarme—. Poned tierra de por medio. Tu madre seguro que os acoge en su casa.

—No voy a huir —negó el dual mirándome como si me hubiera vuelto loca.

—¿Y si lo llamamos evasión técnica?

Me gruñó a modo de respuesta. Miré a Laura y nos sonreímos.

—Minnie ha encontrado los símbolos del libro que te dije en un tratado de sanación de chamanes o algo así —me informó Laura.

—¿Minnie? —preguntó el dual.

—Melissa.

El dual empezó a reír. Era una risa suave, muy masculina. Yo quería uno de esos, en serio. Sí, siempre había soñado con ser como ellos. Era imposible no desearlo. Lo había hecho desde la

primera vez que vi al majestuoso jaguar de Laura manifestarse.

—¿Te enojas conmigo por llamarla rata y tú la llamas Minnie?

—Minnie es un apodo cariñoso —se defendió ella mientras él reía por lo bajo. Se le veía más humano en ese momento. Laura le lanzó un cojín, pero él no tuvo problema alguno en alcanzarlo al vuelo.

—Era nuestro personaje favorito cuando éramos pequeñas —añadí con una amplia sonrisa, viendo que parte de la tensión que había entre ellos disminuía—. Bueno, ¿qué hay para desayunar?

—Me alegro de que hayas venido —me dijo Laura abrazándome con fuerza.

—Y yo de haberlo hecho —le aseguré.

—Déjame que le envíe un mensaje a Minnie, conociéndola, estará despierta —me dijo Laura—. Tengo ganas de que la conozcas.

## XIV Markel

NOS SENTAMOS alrededor de una mesa en el patio interior de un local. Una cafetería que vendía pan y repostería, pero se sacaba un dinero extra sirviendo desayunos y meriendas. Observé a las amigas de Laura. Amigas.

No había otra palabra para definir aquello. Una humana y una ratita de biblioteca.

Mi pareja era extraña. Y compleja. Interesante, en cualquier caso.

El tigre se removía inquieto. Ansiaba tocarla. Ansiábamos tocarla.

¿Cuántas horas faltaban para que se hiciera de noche? ¿Para que el tigre pudiera frotarse contra su pelaje mientras yo la besaba como si no existiera un mañana? Nos estábamos contentando con eso. Poco, tan poco. Me moría por descubrir todos los secretos de su cuerpo mientras descubría qué tipo de persona era.

Huir.

La humana había planteado una opción absurda, pero condenadamente tentadora. Ella y yo, en cualquier lugar. Sin tener que controlar aquello. Sin temer que alguien pudiera hacerle daño. Arrebatármela. Haciéndole el amor cada noche y cada amanecer. ¿Sabía yo lo que era eso? Para mí aquello siempre había sido una necesidad meramente física, pero con ella todo era diferente. Era deseo que se entrelazaba con emociones mucho más profundas que me eran desconocidas. Eso me inquietaba, pero sabía que para ella no podía ser muy diferente. Nos descubriríamos el uno al otro poco a poco, aunque me inquietaba que lo que ella descubriera de mí no fuera de su agrado. Yo no era como ella, en muchos aspectos, y las pruebas de aquello estaban sentadas alrededor de la mesa.

—¡Me encantaría ver la biblioteca! —exclamó la humana con mirada soñadora.

—Es un club privado —murmuró la ratita tras mirar fugazmente a Laura antes de añadir—. Aunque tengo fotografiado prácticamente todo lo que estamos mirando.

—¿En serio? —le preguntó Ruth con curiosidad—. ¿Puedo ver alguna de las imágenes?

—¡Claro! —le dijo la ratita y sacó el ipad que siempre llevaba consigo del bolso, tendiéndoselo a la humana.

He de admitir que era valiente. Ruth. Siendo humana, y eso. Sabía de nosotros, había sido capaz de enfrentarme y no se callaba lo que pensaba. ¿Realmente conocía a dos parejas que habían sufrido el reclamo? La veracidad de sus palabras aún me escocía.

Sí, lo haría todo por ella. Todo menos huir. ¿O incluso eso?

La respiración de la humana se agitó y su pulso se aceleró. Fruncí el ceño.

—¿Qué pasa? —le pregunté un tanto molesto.

—Una de las fotografías —murmuró—. Hay un fénix.

—¿En serio? —preguntó ilusionada la ratita mientras Laura se tensaba. ¿Qué importancia tenía lo de los fénix? ¿No se suponía que estaba buscando el motivo por el que James y Cloe habían perdido a sus dualidades? Si es que no me había mentido también en eso, claro.

Ruth puso el ipad sobre la mesa y Laura se quedó quieta observando aquello. Algo dentro de mí se removió y por poco el tigre hace acto de presencia en medio de la cafetería. Mi pulso se aceleró. Observé la imagen y luego la tensión evidente en el rostro de Laura. ¿Qué era lo que no me decía?

Había una pirámide dibujada en el papel.

En el vértice superior un dibujo que ya había visto antes. El ave envuelta de fuego. El famoso fénix.

En la parte inferior de aquella pirámide había dos grabados más, uno en cada vértice.

—Un león —murmuró Laura observando aquello. Gruñí y me miró con atención.

—Y un águila —mascullé.

—Dime que es una casualidad que me preguntaras por ellos —me pidió Laura y había una chispa de desconfianza en su mirada. Me dolió eso.

—Alguien me dijo que buscara al águila —le confesé, incluso si una humana y una ratita de biblioteca estaban con nosotros. Ella confiaba en ellas. Quizás era el momento de mostrar alguna de mis cartas.

—¿Quién? —me preguntó con suavidad. Observé el grabado antes de contestar.

—Un león —le contesté.

—Pensaba que se habían extinguido... —murmuró la ratita.

Uno de los linajes más poderosos. El rey de los felinos. ¿Qué pintaban juntos un león, un águila y un fénix? Cerré los ojos.

—Tengo que hacer algo —murmuré mientras me levantaba de la mesa. Me acerqué a Laura y capturé su boca mientras la cogía con fuerza de la nuca. Necesitaba eso. Sentirme vivo como solo ella era capaz de hacerme sentir. Me separé de ella con una sonrisa en el rostro—. Sí, esto es exactamente lo que no ha de volver a pasar en público.

—¿Podemos repetir? —me dijo ella con las mejillas sonrojadas—. Por si tengo dudas de lo que puedo o no puedo hacer...

—Ni lo sueñes —le contesté mientras me separaba de ella, divertido.

—¡Markel! —fue la humana la que me llamó, sorprendiéndome. Me giré para observarla. Tenía una expresión inteligente en su mirada—. No vas a hacer nada arriesgado, ¿verdad?

Laura se tensó. Ruth era condenadamente lista.

—¿Te importaría? —le pregunté con gesto altivo.

—Me gustan las bodas —me soltó como si tal cosa—. Sin novio, no hay boda.

Sonreí. No pude evitarlo.

—Habrá novio —le aseguré y me despedí de ellas con un gesto de cabeza.

Me adentré en nuestro coto sintiéndome un intruso en mi propia tierra. Nunca me había sentido como si formara parte de aquello. Al fin y al cabo, pertenecía a August. No tengo claro por qué mis padres habían vivido siempre aquí, condenándome toda mi infancia a vivir bajo el mismo techo que mis primos. La primera línea.

Quizás eso me había dado un poco de aire, en cualquier caso. Más libertad para correr y descubrir el mundo a mi ritmo. Con Roy. Mi tigre se cruzó con Jillian pero nos ignoramos mutuamente. Mejor que supiera que estábamos aquí, no tenía intención de esconderme. O darle motivos para sospechar de mí.

Entré dentro de la cueva mientras el tigre hacía guardia. Observé el cielo. No había nada que fuera llamativo. Cuatro nubes en el cielo. ¿Y en los árboles? El follaje era denso. Había animales. Ardillas y pájaros. ¿Podía ocultarse allí un dual? ¿Un águila?

Caminé por los oscuros pasillos de piedra hasta llegar a la celda de Roy. Esta vez no había cogido comida alguna para él. Tampoco me senté en el suelo, al lado de la piedra, dispuesto simplemente a pasar tiempo. ¿Para qué? ¿Por qué seguía haciéndolo después de todos aquellos años?

Apreté los puños, con rabia.

Porque no quería perderle. Joder. Cómo costaba decir aquello.

Quería asegurarme de que seguía vivo. Malviviendo, cierto, pero vivo después de todo.

—Me gustaría saber qué tienen en común un león, un águila y un fénix —le dije de improviso, mientras ponía mi mano sobre la puerta de metal.

Escuché el ruido de las cadenas, pero no me contestó. Cerré los ojos.

—Joder, Roy. Dame una sola razón. Una sola para intentar entenderte —murmuré—. Puede que esta sea la última vez que te lo pregunte, ¿por qué mataste a Abel?

Se escucharon las cadenas moverse. Movimientos lentos, cansados.

—Los blancos mataron a mis padres —me contestó arrastrando las sílabas.

Me quedé en silencio. Tenso. No me pasó por alto que no me había incluido en aquello. Yo no era más que un bebé repleto de mocos cuando trajeron a Roy.

—Eso no tiene sentido —negué, pero sin saber ya qué pensar, qué creer—. Mis padres te acogieron.

No me contestó. Abel había ocultado a Roy al resto del mundo de los duales. Eso era cierto. Era un activo muy valioso. Esas eran sus palabras. Tan valioso, que acabó arrebatándole la vida siendo apenas un niño. ¿Por venganza? ¿Había Abel matado a sus padres y criado al hijo de sus enemigos entre los suyos? Era retorcido. Muy al estilo de los blancos. Tragué saliva. La muerte de mi abuelo había coincidido con la llegada de Roy a mi casa. Era algo que me había llamado la atención siendo ya más mayor. De acuerdo. Los blancos habían atacado a los reyes de los felinos. ¿Por qué? Por un mero deseo de supremacía, posiblemente.

¿Quiénes serían los siguientes? Me estremecí. Los jaguares. Laura.

—Me lo dijo el águila —murmuró con dificultad Roy, mientras las dudas se acumulaban dentro de mí.

—Pues hubiera sido un detalle por su parte haberte sacado de aquí —gruñí irritado. Y furioso. Roy hizo un ruido ronco, algo parecido a carcajadas.

Sonreí.

Al final la maldita humana tendría razón. La única opción que tenía era huir de la manada. Intentar vivir una vida mejor con Laura. La mera idea me hacía sentir una emoción que era nueva. Esperanza.

Pero primero tenía que sacar a mi hermano de esa maldita celda.

Y que no me mataran en el proceso.

Laura me abrió la puerta de su piso con una sonrisa en su rostro. Estuve tentado de lanzarme contra ella y comérmela de todas las formas habidas y por haber, pero no estábamos solos. Me sorprendió detectar el rastro de la ratita en el piso.

—¿Y tus compañeros de piso? —le pregunté con curiosidad mientras la seguía al comedor. Allí estaban instaladas la humana y la ratita con una cantidad absurda de papeles repletos de símbolos dispersos aleatoriamente sobre la mesa. Era tan ridículo que casi parecía gracioso.

—Es sábado —remarcó Laura—. Han alquilado un coche y se han ido a pasar el día haciendo carretera.

—¿Y eso? —les pregunté observando los papeles de la mesa.

—Ruth no puede entrar en la biblioteca, así que hemos decidido crear una biblioteca provisional —me contestó la ratita mientras sonreía con algo parecido a felicidad. Las observé. Esas dos no podían ser más diferentes y, sin embargo, estaba claro que conectaban. De alguna

forma.

—Nos vamos —le dije a Laura.

—¿Nos vamos? —me preguntó con curiosidad—. ¿A dónde?

—A dónde sea —le contesté—. Créeme que aquí las cosas no nos las van a poner fáciles. Tu amiga tenía razón, la única opción es desaparecer y empezar en cualquier otro sitio.

—De acuerdo —me contestó ella tras contener el aire durante unos segundos. Me emocionó un poco aquello. Que estuviera dispuesta a dejarlo todo. Por mí. Igual que yo por ella—. ¿Cuándo?

—Tengo que hacer una cosa primero.

—¿Markel? —me miró con suspicacia. Gruñí. No me gustaba hablar de esto con ella. Con nadie, de hecho. Pero desde luego, no estaba dispuesto a hacerlo con las otras dos en la misma habitación.

—Es algo personal —le contesté.

—Somos un equipo, ¿recuerdas? —me soltó Laura mientras dejaba que su jaguar saliera. Era majestuoso. Apreté los labios—. No me menosprecies. Sea lo que sea, lo haremos juntos.

—¿No te pones a gritar? —murmuró la ratita mirando a la humana.

—¿Por qué? —le preguntó ella con curiosidad y la ratita señaló al jaguar de Laura.

—¡Ah, claro! —exclamó la humana—. ¡Socorro, socorro, un jaguar me quiere comer!

—Más falso no podía sonar —le critiqué divertido.

—Aprendí a caminar enganchada a esa mole de pelo —le contó la humana a la ratita.

—¿En serio? —le preguntó sorprendida—. ¿Lo sabes todo?

—Todo, todo —le aseguró ella con aspecto orgulloso—. Y me muero de envidia, todo sea dicho.

—Entonces sabías que esto no son solo símbolos que hemos encontrado en unos libros de cuentos —añadió la ratita aún impresionada.

—¿En serio crees que me pasaría todo un sábado encerrada, sin conocer siquiera la ciudad, si no entendiera la importancia que tienen esos símbolos? —le preguntó la humana con aspecto travieso.

—No, supongo que no —murmuró la ratita ligeramente sonrojada, con una sonrisa sincera en el rostro—. Pero no son más que leyendas.

—Leyenda o no —murmuré—. Conozco a alguien que sabe más de lo que quiere decir.

—El león —afirmó Laura con mirada inteligente.

—¿Colaborará? —preguntó la ratita mientras se removía inquieta en su asiento.

—No lo sé, primero tengo que sacarlo de la cueva —le contesté, un poco a mi pesar.

—¿Eso no está dentro del coto de los blancos? —me preguntó Laura tensándose.

—Soy un blanco —le recordé—. Entrar allí no me supone un riesgo.

—Pero sí salir con un león a rastras —remarcó la humana y la odié un poco por esa inteligencia viva que demostraba. Era capaz de suponer lo que yo callaba.

—No vas a luchar contra un león tú solo —me advirtió Laura con ojos brillantes. Era una guerrera. Le sonreí y su tensión disminuyó un poco. Me acerqué a ella sin ser siquiera consciente de hacerlo y la cogí de la cintura para aproximarla a mi cuerpo. Su olor llegó a mí. Era justo lo que necesitaba. Sentirla a mi lado. Para que lo que estaba a punto de hacer tuviera sentido. Laura se merecía la mejor versión de mí mismo. Y eso implicaba hacer lo que sentía que era correcto.

—No está en condiciones de luchar —le aseguré en un ronroneo, sintiendo como su cuerpo se relajaba con mi contacto. No me importaba que nos observaran. No me importaba nada. Solo

ella. Nosotros—. Es más bien un prisionero.

—¿Está encerrado? —me preguntó la ratita con aspecto lúgubre. Supongo que para ella era como una pesadilla.

—La cueva dispone de unas cuantas celdas a disposición de la familia —afirmé, intentando no mostrar emoción alguna—. La puerta es de acero, de más de veinte centímetros. Ni siquiera un oso es capaz de doblarla y no puede manifestar a su bestia fuera de su celda. Dentro, las cadenas limitan los movimientos de su mitad humana para que no pueda intentar manipularla.

—¿Y cómo se supone que vas a liberarlo? —me preguntó la humana y me enojé. No tenía la más remota idea. Pero lo haría. El tigre hizo acto de presencia, haciendo que la humana se removiera un poco en su silla. Un poco de respeto finalmente.

El jaguar me rozó el lomo y sentí como la calma llegaba a mí. Una vez más.

—¿Dónde guardan las llaves? —me preguntó Laura mientras se mordía el labio.

—August —le contesté negando con la cabeza—. Es más peligroso infiltrarse en su habitación que sacar al maldito león a rastras. La cueva no suele estar vigilada, pero siempre hay alguien correteando por la casa.

—¿Y si llamamos a Julián? —propuso la humana.

—¿Quién es Julián? —pregunté frunciendo el ceño.

—El hermano mayor de Sophie —me contestó Laura—. Es policía. Fue el que arrestó a James y a Cloe.

—Somos territoriales —le advertí—. Habrá bajas entre los humanos.

—Y no tiene autoridad aquí —añadió la humana mientras reflexionaba sobre aquello.

—Puedo hablar con mi padre —propuso Laura.

—Tres contra toda una manada no es una proporción óptima —negué. No dejaría que ella asumiera un riesgo así. Bajo ningún concepto.

—¿Cómo son las cerraduras? —me preguntó la ratita. La miré, como si no entendiera la pregunta.

—Son cerraduras, ¿qué quieres que te diga? —le repuse irritado.

—¿Para qué tipo de llave? —me preguntó— ¿La cerradura es cilíndrica o multipunto?

—¿Qué es lo que no nos has contado? —le preguntó la humana con aspecto divertido.

—En el instituto me acosaban —murmuró sonrojándose—. Aprendí a esconderme. Si son cerraduras viejas, puedo abrirlas.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó Laura y yo observé a aquella dual, tan poquita cosa, que parecía dispuesta a ayudarme. ¡A mí! ¿Por qué? Por Laura, claro. Yo no lo merecía. Jamás la había tratado con consideración alguna y si la toleraba era simplemente por el mismo motivo por el que ella estaba ofreciendo su ayuda, pese al miedo evidente que tenía de los míos. Laura. Mi pareja era extraña. Sus debilidades eran al mismo tiempo sus fortalezas. Las observé a las tres. El brillo en su mirada y la excitación que compartían.

—Puede ser peligroso —murmuré observándolas, pero sin poder negar que algo así podría ser sumamente útil.

—¡Me río del peligro! Ja, ja, ja —soltó la humana. Las duales la miraron y se pusieron a reír a grandes carcajadas.

—¿Qué me he perdido? —les pregunté.

—El rey león —me explicó Laura entre risas—. La verdad es que, dada la situación, era de lo más acertado.

—Puedo intentar llevar a tu dualidad hasta la cueva —murmuré finalmente cuando

empezaron a calmarse de esa risa explosiva que era de todo menos apropiada teniendo en cuenta lo que nos estábamos proponiendo. Si nos cogían, Roy estaría acompañado durante mucho tiempo si no teníamos la suerte de que nos mataran en un arrebato de rabia—. Pero tu otra mitad tendría que estar cerca. Nuestro territorio es grande y tu conexión se perdería de otra forma.

—Nos instalaremos en los límites de vuestro terreno —propuso Laura—. Alquilarémos una furgoneta camperizada y haremos como que estamos de paso. Estando Ruth parecerá algo casual. Además, no podemos salir del país en avión si el león no tiene papeles, así que nos servirá para desaparecer.

—Tardaremos seis o siete horas en llegar a tu casa —reflexionó Ruth.

—No he dicho que vayamos a ir allí —remarqué. ¿Meterme en la guarida de los jaguares? No podía ser una buena opción. Éramos enemigos naturales. Dos grandes felinos. Y no tenía claro qué harían ellos con Roy. Confiaba en Laura. Hasta empezaba a confiar en aquellas dos hembras allí sentadas. ¿Pero en su familia? No, definitivamente no era una buena idea.

—Al menos hasta que sepamos a dónde ir —me pidió Laura—. Allí estaremos mucho más seguros que perdidos en ningún lado.

Gruñí. No me gustaba la idea.

## XV Minnie

RUTH PODÍA ser humana, pero era de las personas más eficientes que había conocido en toda mi vida. El runrún del motor me estaba poniendo de los nervios. ¿En qué estaba pensando yo para ofrecerme voluntaria? A ver, soy de las que se ofrecen voluntarias en todas las cosas que puedan definirse como aburridas y pesadas. Una cosa era ofrecerme a repartir boletos o ayudar en los comedores de beneficencia, pero otra muy diferente era ofrecerme voluntaria para entrar en el territorio de los blancos.

Me temblaban las piernas y había tenido que ir a orinar como ocho veces. Dos ya en la furgoneta. No había comido nada desde que Ruth había clicado el botón del alquiler de la furgoneta, haciendo aquello real.

Igual hoy moriría.

Pero al menos me sentía viva.

Aunque si pensaba en lo que podía significar a largo plazo aquello, casi mejor que me mataran hoy. Debería haberles dejado una nota a mis padres, igual que había hecho Laura con sus compañeros de piso, pero no me sentía capaz de hacerlo. Si sobrevivía, si de aquí unas horas estaba felizmente en el terreno de los jaguares, llamaría a mi padre y se lo contaría todo. No tengo claro si estaría orgulloso o se horrorizaría, pero desde luego no se quedaría indiferente.

Markel había salido de casa de Laura hacía un par de horas. Su todoterreno sería otra opción de huida si las cosas se ponían feas. O muy feas.

Tenía que volver a ir a orinar. Urgentemente.

Laura conducía mientras Ruth ponía canciones estridentes a modo de banda sonora. Yo quería cerrar los ojos y despertarme en mi casa. En mi cama. En mi vida de siempre.

Era consciente de que no podría volver a casa. Incluso si nadie lo había dicho en voz alta. No podría quedarme en Colonia, con los tigres a un golpe de piedra. Si localizaban mi rastro, me encontrarían. Y no quería ni pensar lo que esas bestias podían llegar a hacerme. Lo que debían de haberle hecho al león. No es que mi vida en Colonia fuera maravillosa. Vivía, sí, sin vivir. No había sido del todo consciente de aquello, pero ahora me sentía que formaba parte de algo. Que era alguien y no solo esa dual a la que nadie prestaba atención alguna y que no encajaba ni entre los suyos ni entre los humanos.

Con Laura y Ruth todo era diferente. Era como si toda mi vida hubiera estado esperándolas y ahora no podía simplemente darles la espalda. Entre lo que había sido y lo que sentía que podía llegar a ser con ellas a mi lado, prefería esa segunda versión de mí misma. Incluso si tenía que arriesgar mi vida para formar parte de aquello. Hoy. Y tal vez mañana. Los blancos son vengativos. No era tan estúpida como para pensar que todo acabaría hoy. Viva o muerta. Si sobrevivía, si sobrevivíamos, habría consecuencias.

No, no pensaría en eso. Intenté normalizar mi agitada respiración.

Laura encontró el descampado que Markel le había marcado, a pie de carretera, tras tomar una desviación que nos internó en un camino rural en el que el polvo se levantaba tras nuestro paso. Aparcamos allí. Adiós al runrún hipnótico del coche. Un ruido que, pese a ser molesto, al menos se me estaba haciendo conocido. Familiar.

—¿Y ahora qué? —susurré nerviosa.

—A jugar a cartas —decidió Ruth con una sonrisa llena de fuerza. Ella ni siquiera era un

dual, pero era mucho más valiente que yo.

—Vamos a poner una mesa plegable y unas sillas fuera —añadió Laura—. Todo casual.

—Está a punto de hacerse de noche —murmuré inquieta.

—A los felinos nos gusta la noche —me contestó Laura con una amplia sonrisa.

—Eso es lo que me preocupa —murmuré y ella me dio un suave golpe con su cuerpo. Una forma de darme su apoyo, creo.

Empezábamos a desempaquetar la mesita plegable cuando entre el follaje apareció un tigre blanco. Di tal respingo que tiré las cartas que llevaba en las manos por todo el suelo. Laura sonreía.

—¿Markel? —pregunté con un hilo de voz.

—¿Quién si no? —bromeó Laura. Ese sentido de humor, la verdad, casi me escocía más que no divertirme.

—No sé si esto va a salir bien —murmuré.

—Podemos buscar otra opción... —me ofreció Laura. No me exigía nada. Nunca lo había hecho. Era extraño. Compartir. No sentirme sola.

Negué con la cabeza y dejé que mi dualidad cobrara forma. Mi ratita correteó un poco por la hierba antes de quedarse sentada sobre sus patas traseras y levantar sus patitas delanteras hacia mí.

Exhalé aire y cerré los ojos. Palpé con mis manos mi cabeza hasta encontrar un par de pasadores. Una vieja costumbre. Me hacían sentir más segura. Me acerqué a mi otra mitad y los sujeté en su pelaje. Si Markel no podía ayudarme, rodaría sobre mí misma para conseguir aflojarlos y que pudieran ser usados.

Sí, sé que eso de que un ratón abra cerraduras no es de lo más normal del mundo. Incluso para un dual. Pero ella y yo nos entendíamos de una forma que nadie más podía entendernos. Yo había sido la primera en forzar cerraduras, bajo su atenta mirada. Y luego ella me había sorprendido. Era pequeña, pero mucho más inteligente que muchas otras bestias. ¿Podía el tigre abrir una cerradura? Sonreí. Ese pensamiento subió un poco mi autoestima.

—Vamos —afirmé.

Laura se agachó y acarició con suavidad mi cabecita de ratón. Su sonrisa era grande. Colocó su mano frente a mí y subí en ella. Se acercó al tigre, que cerró los ojos y se fregó contra su muslo como si necesitara ese contacto. La conexión entre ellos era fuerte. Igual que entre mis padres. Era divertido ver como Markel intentaba ignorarlo, como si estuviera por encima de aquello. El tigre era mucho más sincero que su mitad humana.

Temblé ligeramente cuando me colocó sobre el enorme animal de piel rayada. Era la forma más rápida para llegar allí y, además, mi rastro no quedaría registrado en el terreno. Algo habría en el aire, eso sí. Pero esperaba que el propio rastro del tigre atenuara el mío.

La bestia de Markel no perdió el tiempo en despedidas y se fundió con el bosque que nos rodeaba. Jamás había ido tan rápido antes. Eso no era correr, casi parecía que volábamos mientras la enorme bestia galopaba, saltando en los desniveles y evitando obstáculos con una pericia que era abrumadora. Podía sentir la tensión en sus músculos mientras me agarraba con desesperación a su pelaje para no caer durante aquella carrera. Después de aquello, ninguna montaña rusa volvería a asustarme.

Aflojó ligeramente el paso, tenso, mientras yo temblaba encima de él. Frente a nosotros se abrió un pequeño claro con una formación rocosa frente a nosotros. Allí, mal dibujada, había una silueta humana frente a la entrada de una gruta que era negra noche.

Creo que ninguno de los dos estábamos especialmente cómodos compartiendo aquello. Al menos no me había orinado encima suyo, que ya era un logro.

—Markel está frente a la cueva —les informé mientras él se acercaba a su bestia y me cogía con relativa suavidad. Dejé de aferrarme a su pelaje casi con desesperación y podía sentir el dolor en los nudillos de mi pequeña tras aquella hazaña.

Las manos de la pareja de Laura eran grandes y estaban repletas de callos. Me removí ligeramente inquieta. Me sentía prisionera y mi ratita tenía intenciones de darle un mordisco, pero se contuvo. Nos contuvimos.

Si hubiera estado sola, no tengo claro si me hubiera metido allí dentro. De hecho, sé de cierto que no lo hubiera hecho. Markel empezó a caminar mientras el tigre se alejaba de la entrada de la gruta. Supongo que para controlar el perímetro. Si alguien se acercaba, Markel lo sabría a través de su bestia.

—Si me meo de miedo en las manos de tu tigre, ¿crees que se enojará? —le pregunté a Laura mientras temblaba ligeramente.

—Todo irá bien —me aseguró mientras Ruth me cogía de la mano.

—El único que corre verdadero peligro, en estos momentos, es Markel —añadió Ruth—. Tu mitad humana está perfectamente protegida aquí.

—Gracias por recordármelo —murmuró Laura removiéndose en su silla.

Sí, Markel estaba expuesto. Nosotras teníamos un margen aún de poder huir. Pero Laura no lo haría sin él. Yo, mejor que nadie, era consciente de aquello... aunque sospechaba que Laura también lo sabía.

—¿Qué está pasando? —me preguntó Ruth.

Me concentré en mi otra mitad.

—Estamos avanzando por un pasillo, pero está todo oscuro —les conté—. Hace frío y todo es muy... húmedo. Hemos llegado.

Frente a nosotros había una puerta de metal. No había calculado que todo sería negra noche allí dentro. Como ratón, mi visión era bastante limitada, pero mis bigotes me permitían ver el mundo a mi alcance de una forma mucho más precisa. Era como una imagen en tres dimensiones de todo lo que me rodeaba.

—Estaré aquí —me dijo Markel mientras abría una pequeña trampilla en la parte inferior de la celda—. Sé bueno y no te la comas, no es un tentempié.

—Qué gracioso —gruñí y Laura y Ruth me miraron, frunció el ceño—. Espero que el león no tenga hambre.

Me colé en la celda y observé aquello. No había nada. Absolutamente nada. Negras paredes lisas, en la que el agua se colaba por algunas grietas. Y allí, tendido en el suelo, había un cuerpo. No podría describirlo. Las formas estaban mal definidas. No había bestia, eso sí que era un alivio.

Observé las cadenas. Cuatro en total. Una para cada una de sus extremidades. El olor a orina y excrementos era fuerte. ¿Limpiarían acaso aquella celda alguna vez? Apreté los labios mientras mi ratita le observaba. No se movió. Tenía mis dudas de si era una trampa o si simplemente en esos momentos no era capaz de reaccionar.

Tardé unos segundos en animarme a acercarme a él. Seamos sinceros, no soy valiente. Pero al menos, como había advertido Ruth, yo estaba sentada con ella y Laura en un sitio más o menos seguro. Podía hacerlo. En el peor de los casos, sentiría el dolor de ser devorada por un león y mi ratita volvería a mí, como si tal cosa. Tardaría un rato en poder volver a manifestarse, pero no

sería nada dramático.

Mi otra mitad había llegado a la misma conclusión. Rodó por el suelo para liberar los pasadores y los cogió con sus patitas mientras se acercaba al prisionero con pasos decididos.

Que pueda hacerlo no significa que lo haga rápido. Tardamos nuestro tiempo antes de que el primer clic sonara. Escuché un suspiro satisfecho al otro lado de la puerta. Markel estaba condenadamente atento. Bien. Creo.

Continuamos nuestra labor con el segundo cerrojo mientras yo fingía jugar a cartas. Laura quería una buena coartada. Era lo mínimo que podíamos darle. Y así pasamos los minutos en los que las partidas se sucedían y, curiosamente, no ganaba ninguna.

—Ya van tres —murmuré emocionada.

Un movimiento me sobresaltó. El hombre se había despertado. Sus ojos eran de un color dorado y me observaban con atención. Y desconfianza.

El ratoncito dio un brinco y se alejó de él. Tropecé con algo que no podía ser otra cosa que defecaciones. Ahora podía decir que la mierda me llegaba hasta el cuello, literalmente.

Se movió. Sus movimientos eran lentos, como si le costara hacerlos. Se levantó y la cadena de su brazo cayó al suelo con un ruido sordo. Fui consciente de dos cosas. En primer lugar, estaba completamente desnudo. En segundo lugar, era enorme.

La barba le llegaba hasta el ombligo y se continuaba con el vello que allí crecía y que descendía hacia su virilidad. En esos momentos, esa parte concreta de su anatomía me tenía sin cuidado, aunque dejémoslo en que era proporcional al resto de su cuerpo. Su pelo estaba enredado y le caía por todos lados, dándole un aspecto totalmente salvaje.

Se miró la mano, libre por primera vez en... ¿cuánto tiempo?

—Sé bueno, Roy —le dijo Markel al otro lado de la puerta—. Le queda solo una cerradura, si la matas, seguirás igual de jodido.

—¿Tu pareja? —murmuró con dificultad mientras sus ojos se clavaban en mí como si intentara verme.

—Una amiga suya —masculló como si admitir aquello le costara—. Sus debilidades son su fortaleza.

El dual me observó y se dejó caer al suelo, porque llamar a aquello sentarse no sería adecuado. Se palpó los tobillos, consciente por primera vez de que ya no había grilletes allí, oprimiéndole.

Me tendió el brazo que aún seguía encadenado. La ratita tardó un tiempo en conseguir el valor para salir de su escondite de mierda. Tenemos ese tipo de glamur, aunque teniendo en cuenta el estado del dual, no creo que le importara especialmente. Apoyó la mano sobre el suelo mientras se recostaba en la pared y respiraba con cierta dificultad. Busqué por el suelo los pasadores y me acerqué a la cerradura. Empecé a trabajar bajo la atenta mirada amarillenta.

El último clic. El dual me observó. Me alejé de él para ir corriendo hacia la puerta. Habíamos dejado esa cerradura para el final porque si alguien aparecía, que nadie fuera consciente de lo que sucedía dentro. Yo podía simplemente volatilizar a mi ratita y la propia peste del lugar disimularía bastante mi rastro. Si la puerta de la celda estaba abierta, la cabeza de Markel peligraría.

Rasqué con la patita la puerta, sin poder contener un pequeño ruido, agudo, muy propio de lo que yo era. La pequeña rejilla se abrió. Me alejé unos pasos y cogí carrerilla para saltar por ella y llegar a la cierta seguridad que me daba el pasillo.

Aunque entre un león moribundo y un tigre cabreado, igual tenía que replanteármelo.

—Puedes hacerlo, Minnie —me susurró Markel mientras volvía a cogerme con sus manos y me alzaba para quedar a la altura de la cerradura central.

La puerta. Solo me quedaba la puerta.

Era la primera vez que usaba ese mote que me habían puesto Laura y Ruth. Era la primera vez que me llamaba de alguna forma que no fuera simplemente rata. Nos esmeramos en la cerradura. No era un reto, pero los pasadores estaban ya bastante deformados y tardamos más de lo que nos hubiera gustado. No nos gustaba estar sobre las manos del tigre, incluso si era la pareja de Laura.

Hizo clic.

Pude sentir la tensión de Markel mientras me depositaba en el suelo. Presionó sobre la cerradura y usó parte de la fuerza de su cuerpo para conseguir abrirla. Gruñó satisfecho.

—Markel está dentro —le dije a las chicas mientras mi ratita se volatilizaba y yo lanzaba un enorme suspiro. Ya había cumplido con mi parte. Sacar al león del territorio de los blancos era cosa de Markel—. Ahora solo podemos esperar.

## XVI

### Laura

QUIEN ESPERA, desespera. Ya lo dice el refrán.

Me estaba poniendo de los nervios y a duras penas conseguía mantener al jaguar encerrado. Simplemente esperando.

Le escuché abrirse paso entre los arbustos. Caminaba con pasos firmes, pero lentamente. Me levanté en un movimiento brusco y creo que asusté a Ruth y a Melissa.

—Recoged, nos vamos —les dije con un tono mucho más seco de lo que sería habitual en mí.

No debería hacerlo, pero no pude contenerlo por más tiempo. El jaguar se manifestó frente a mí mientras ejercía un salto majestuoso, levantando el polvo a sus pies. Corrí hasta alcanzar a Markel. Me miró con gesto enojado, pero no me dijo nada.

No debería dejar mi rastro allí, pero necesitaba verle. Saber que estaba bien. Solo eso.

El tigre cargaba con un hombre enorme cubierto de una mata de pelo que dificultaba seguir su silueta. Tenía las costillas marcadas y no se podía diferenciar qué era mugre y qué carne. Markel le ayudaba a sostenerse sobre la improvisada montura de pelaje rayado. Dudo que estuviera consciente siquiera.

Eso justificaba que hubieran tardado tanto.

Dejé que el jaguar se desintegrara sabiendo que mi pareja estaba bien, mientras ayudaba a mis amigas a recoger y abría la parte trasera de la furgoneta donde se había adaptado una litera. El tigre cargó con el hombre hasta allí y entre Markel y yo conseguimos trasladarlo a la litera.

—¿Está bien?

—Está vivo —fue su respuesta, mientras el tigre se desintegraba.

—Yo me ocupo —afirmó Ruth desde dentro de la furgoneta. Cerramos las puertas traseras y Markel observó el bosque del que había salido. Su casa.

—¿Estás bien? —le pregunté acercándome a él. Le cogí de la mano.

—Lo estaré —me aseguró y sus ojos azules, fríos como el hielo, se clavaron en los míos—. Pero no tengo claro que esto vaya a acabarse aquí.

—Posiblemente solo sea un principio —afirmé con una media sonrisa—. Pero estaremos bien.

—No voy a dejar que lleguen a ti —susurró y había una firme promesa en su mirada. Me puse de puntillas para besarle con suavidad en los labios.

—Ni yo que lleguen a ti —le recordé y su gesto duro se suavizó un poco.

—Vámonos. —Estaba nervioso, pero no parecía dispuesto a dejarse llevar por el cansancio.

Markel se apoderó del volante y la furgoneta se incorporó a la carretera. Estuvimos así, en silencio, durante unos minutos. Simplemente alejándonos de allí. Podía sentir que estaba tenso y que mil dudas aún le acosaban. Acababa de traicionar a los suyos. Y estaba claro que los blancos se tomaban las cosas a pecho.

—Voy a ver cómo está el león —le dije y él hizo un gesto afirmativo. Creo que en esos momentos necesitaba estar solo. Todo había pasado muy rápido, como si el tiempo pudiera expandirse dentro de sí mismo.

Mi vida había cambiado por completo en tres días.

En solo tres días.

—Dios mío —susurré tras cruzar la cortina que hacía de división. Lo que había allí estirado a

duras penas era un hombre.

—¿Cuánto tiempo lo han tenido allí encerrado? —me preguntó Ruth que tenía una esponja y estaba limpiando el cuerpo desnudo del dual.

—No lo sé...

Solo fui capaz de susurrar aquello. Ruth tenía el rostro enmarcado por una dureza como jamás había visto antes.

—Son unos animales —criticó con dureza. No pude negarle aquello, incluso si la mirada de Ruth se había desplazado en dirección a la parte delantera de la furgoneta. Markel era uno de ellos. O lo había sido. Era mi pareja. No podía dudar de él ahora. Al fin y al cabo, era él quien había rescatado al prisionero que teníamos frente a nosotras en aquellos momentos—. Ayúdame a limpiarlo y le colocaré una vía con suero y antibióticos. No creo que le ayude mucho, pero hasta que llegemos a casa, no podemos hacer mucho más por él.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza, admirando su cabeza fría. Era una suerte que ella estudiara Medicina. A mí no se me habría ocurrido hacer nada de eso.

—Está en un estado de desnutrición extremo —continuó Ruth—. Tiene cicatrices prácticamente por todo el cuerpo y una de sus piernas está parcialmente gangrenada. No sé si podrán salvarse.

—¿Crees que se la tendrán que amputar?

—En un hospital, es lo que haríamos —afirmó con voz dura—. Tiene fiebre alta y por su respiración, diría que tiene también una neumonía. O quizás sus pulmones están encharcados porque le empieza a fallar el corazón.

—¿Siendo tan joven? —le pregunté.

—En el estado en el que está, por poder, podría tener cualquier cosa —me contestó—. El cuerpo es como un complejo engranaje de piezas, cuando unas empiezan a fallar, le siguen otras. La infección de la pierna puede haber pasado a la sangre y estar afectando a varios órganos al mismo tiempo. La desnutrición hace que se deshidrate y se pierdan líquidos, haciendo que el corazón entre en fracaso...

—Vale, prefiero no saberlo, como si no hubiera preguntado —gruñí mientras empezaba a frotar la mugre del cuerpo del hombre—. Esto es imposible. ¿Y si lo metemos en la ducha?

—¿Te ves capaz de sujetarlo?

—No —admití.

—Pues sigue frotando —me ordenó Ruth. Me encogí de hombros y seguí frotando.

Melissa se añadió a nosotras poco después. Probablemente prefería frotar mugre a estar a solas con Markel en la parte de delante de la furgoneta. Casi una hora después me fui a sentar en la parte delantera del vehículo, de nuevo.

—Apesta —me soltó Markel al llegar allí.

—Soy consciente de ello —le contesté mientras me dejaba caer, agotada, en el asiento.

—Dúchate —me ordenó Markel.

—Sí que estamos finos hoy —me quejé—. Tú también apesta, que lo sepas.

—No es por eso —negó—. Hueles a él. Me está poniendo nervioso oler a otro macho en ti.

—¡Ah, eso! —murmuré sorprendida—. Hemos gastado la mayor parte del agua del depósito, pero puedo cambiarme de ropa.

—Hazlo —me respondió con un gruñido.

—¿Sabes una cosa, Markel? —le pregunté y desvió una fracción de segundo la mirada de la carretera para observarme—. Me muero de ganas de que tu olor cubra por completo mi cuerpo.

Entonces sí que capté por completo su atención. Sus ojos brillaron con franca excitación mientras ronroneaba ligeramente.

—Si sigues por esa línea, acabaremos con la furgoneta en la cuneta —me advirtió.

—Si tu amigo no estuviera en el estado en el que está —murmuré sonrojándome—, te suplicaría que hiciéramos una parada en algún lado. Mi casa no es el lugar más íntimo del mundo.

—Otro motivo para no ir allí —me contestó con ojos encendidos de pasión.

—No sé cómo mi hermano pudo negarse a estar con Sophie sintiendo esto.

—Ella es humana. Lo nuestro es diferente. Las bestias han reclamado a su pareja.

—La bestia de Gabriel reclamó a Sophie el día que la conoció —le conté—. Gabriel intentó negarse a aquello porque ella era humana.

—Eso es raro —murmuró—. Imposible, de hecho.

—¿Hace una semana hubieras pensado que estarías en una furgoneta escapando como un fugitivo después de rescatar a tu amigo de tu propia familia, acompañado por un jaguar, una ratita y una humana?

—No, definitivamente, no.

—A veces es cuestión de fe —le dije—. No sé qué nos deparará el futuro, pero tengo fe en nosotros.

—Está bien que al menos uno de los dos crea en esto.

—Si tú no creyeras en nosotros, no estarías aquí —le contesté con una sonrisa—. Voy a cambiarme de ropa.

—Por favor —me dijo haciendo una media sonrisa.

Paramos en una gasolinera, un par de horas después. Cuando salí del aseo me encontré a Markel apoyado en una pared con un cigarrillo en los labios. Tenía la capucha puesta y tan solo se podían ver sus rasgos parcialmente ocultos entre las sombras. Era increíblemente sexy. Sus ojos buscaron los míos. Le sonreí mientras me acercaba a él.

Le cogí el cigarrillo de los labios y lo tiré al suelo para pisotearlo después.

—Eso mata —le dije elevando el mentón y me acerqué a él. Me puse de puntillas para poder acceder a su boca y le besé con ansiedad—. Sí, sé que no debería hacer este tipo de cosas en público...

—Tú sí que vas a conseguir que me maten —gruñó mientras me cogía con fuerza de las caderas y me aupaba en un gesto brusco. Intensificó su beso mientras yo apretaba mi cuerpo contra el suyo con necesidad.

Gruñí ansiosa.

—Tenemos que parar —gruñó—. Ahora.

Pese a sus palabras, se movió para colocar mi espalda sobre la pared y liberar así una de sus manos para ascender por mi vientre y presionar uno de mis pechos. Gemí de placer. Algo en mí ardía en deseo.

—Luego —gemí mientras arqueaba la cabeza hacia atrás y Markel me mordía con fuerza en el cuello.

—No tendría que ser así —gruñó mientras me pellizcaba el pezón a través del sujetador—. No tu primera vez.

—Olvídate de eso y méteme en el baño —le urgí, mordiéndome el labio inferior, muriéndome de la excitación.

—¿Quieres que toda tu familia sepa que te he estado follando? —gruñó mientras cargaba conmigo y abría la puerta del baño. Presionó mi cuerpo contra la puerta mientras ponía el pestillo y volvía a besarme con fiereza.

—Eres mi pareja —le contesté—. Dudo que piensen otra cosa.

—Si me matan, será culpa tuya —me soltó con una pequeña risa mientras me sacaba la camiseta y abría el cierre del sujetador con mano experta.

—Pero habrá valido la pena —le contesté entre risas mientras sus manos empezaban a tocarme de una forma como jamás antes nadie había hecho. Dejé caer la cabeza hacia atrás, simplemente sintiendo.

—Eso no puedo rebatirlo —murmuró mientras me contemplaba con aspecto hambriento—. Déjate llevar.

Lo hice, mientras él me desnudaba y me tocaba con manos expertas. Mientras sus besos y sus caricias me encendían como si todo mi cuerpo fuera pólvora. Su boca explorando mi cuerpo con avidez y las sensaciones tomando el control.

No noté dolor cuando finalmente él entró dentro de mi cuerpo, colmándome. Era como si fuera eso, justamente, lo que necesitábamos. Su contacto. La forma en la que su cuerpo se movía contra el mío y todo, absolutamente todo, pasaba a un segundo plano.

No, jamás hubiera pensado que mi primera vez sería con un tigre blanco. En el aseo de señoras de una gasolinera. Pero fue simplemente perfecto porque, como Ruth ya había advertido, ya no éramos cuatro. Éramos solo uno.

## XVII Markel

APARQUÉ LA furgoneta frente a una casa de aspecto elegante. La parcela era grande y hasta tenía unos malditos rosales perfectamente cuidados que se emparraban por una celosía.

La casa era enorme y el aspecto señorial me impresionó un poco. ¿Laura vivía aquí? ¿Qué debía de haber pensado de mi maltrecha guarida de madera agrietada? Que todo, igual que yo, éramos un desecho. Y, sin embargo, era mía. En todos los aspectos posibles. Su olor aún estaba presente en mi ropa. En mi cuerpo.

Quizás no debería sentirme tan ansioso por volver a tomarla entre mis brazos. Era posible que estuviera dolorida durante unos días. Había sido su primera vez, después de todo. Pero yo tendría problemas para contener la necesidad que ya volvía a sentir de hacerla mía. Esta vez en una habitación en la que pudiera estirla sobre una superficie mullida y contemplar su cuerpo desnudo hasta memorizarlo. De besarla y descubrirla lentamente, sin esa urgencia que nos había hecho consumir aquello en apenas un suspiro.

Quería vernos convulsionar el uno contra el otro a través de los ojos del tigre mientras las palabras que seguramente jamás sería capaz de decirle se hacían evidentes en la forma en que nuestros cuerpos se reconocían. Cuando estábamos juntos, ella se convertía en mi todo y todo volvía a tener sentido en mi vida.

Desestimé aquellos pensamientos mientras los rastros que me rodeaban se hicieron evidentes. Felinos la mayoría pero también había el rastro de un lobo. La madre de Laura, presumiblemente.

Bajé dando un portazo para ir a la parte posterior de la furgoneta. Ruth abrió la puerta con esa expresión hastiada que había llevado durante todo el trayecto. Había oído perfectamente la conversación que había mantenido con Laura. Ahora era consciente de lo que yo era. Un blanco, después de todo. Un salvaje. Una bestia.

Y yo era perfectamente consciente de que Roy estaba jodido. Ahora que era libre, no las tenía todas de que llegara a sobrevivir. Por no hablar de esa pierna que estaba a punto de perder. Su bestia seguiría completa. Si sobrevivía, al menos le quedaría eso. Observé a mi hermano, que estaba inconsciente, con expresión fría. Su cuerpo estaba cubierto por una sábana estampada pero su rostro mostraba el estado decrepito en el que estaba. Los huesos de sus pómulos destacaban demasiado y sus órbitas estaban totalmente hundidas. Quizás hubiera sido mejor no darle nada de comer. Que hubiera muerto, tiempo atrás, sin tanto sufrimiento.

Lo cogí entre mis brazos y Ruth cerró las puertas de la furgoneta detrás de nosotros mientras Laura caminaba con Melissa, sus manos enlazadas. La ratita llevaba inquieta todo el viaje. Aún me costaba aceptar que había sido ella la que había liberado a Roy. Laura sacó unas llaves de su bolso y la puerta de la casa se abrió. Genial. Estaba a punto de meterme en la casa de mi enemigo.

—¡Hemos llegado! —gritó Laura mientras nos conducía hacia una enorme estancia. Se giró para darme indicaciones—. Ponlo en la mesa del comedor.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —preguntó una mujer entrada en años, con el pelo gris recogido formalmente sobre la cabeza. Una loba.

—He hecho lo que he podido —murmuró Ruth—. Pero está muy mal. La pierna...

—¿Quién es? —preguntó la mujer mientras su mirada pasaba fugazmente por encima de

nuestro peculiar grupo y se dirigía a Roy. Di un par de pasos para alejarme de la mesa, pero ella no parecía molesta ni impresionada con mi presencia. ¿Le habría hablado Laura de mí?

—Un león —murmuré y la mujer me observó por encima de unas pequeñas gafas en forma de media luna que se había colocado sobre la punta de la nariz. Esperaba que no tuviera muy buen olfato.

—Su respiración y su pulso no son normales —continuó Ruth—. Y su pierna...

—¿Qué le ha pasado a la pobre criatura? —susurró la mujer tras destapar el cuerpo de mi amigo y empezar a valorarlo con gesto profesional.

—James Watson —le contesté, y ella hizo un pequeño gruñido.

—¿Hace cuánto que lo tienen? —me preguntó observándome con atención.

—Más de diez años.

—Es un superviviente —susurró Ruth apretando los labios, conmocionada.

—¿Qué coño está pasando aquí? —gruñó una voz masculina entrando en el comedor.

—¿Qué era tan urgente? —añadió una segunda voz, mucho más calmada.

Supongo que no podía esperar algo diferente. Un hombre de cabello rubio de mi edad entró en la sala y sus ojos se quedaron presos en los míos mientras una bruma tomaba forma frente a él y aparecía un jaguar. Uno enorme, todo sea dicho. Apreté los dientes y dejé que el tigre hiciera acto de presencia mientras al lado del jaguar se materializaba un leopardo con expresión gélida.

Dos contra uno. Podía con ellos. Gruñí enojado.

—¿Podéis salir a jugar al jardín como cuando teníais cinco años? —bramó la loba irritada.

—¿Qué coño hace un tigre blanco en nuestro comedor? —gruñó el rubio de cabello ligeramente rizado. El jaguar. El hermano de Laura.

—Es la pareja de Laura —afirmó una mujer. Su voz era suave, pausada, cargada de una mezcla de emociones. Alegría, entre ellas. Su rostro mostraba franca diversión mientras me observaba con más curiosidad que no miedo.

—No —gruñó el jaguar.

—No me toques los ovarios, Gabriel —le soltó Laura mientras su jaguar se aparecía y se colocaba al lado del tigre. Nuestros pelajes ligeramente en contacto. Me estremecí con ese mero contacto. Y por el valor de enfrentarse a su familia, por mí.

—Dime que puedo matarlo —masculló enojada una voz femenina un punto más dura. Observé que en un extremo de la habitación había otra mujer, aunque parecía un maldito clon de la primera. Mismo cabello y mismo rostro, si bien la expresión de una era mucho menos amistosa que la de la otra. Bueno, eso y que estaba apuntando a mi mitad humana con una maldita pistola.

—Esa debe de ser Sam —observé mientras el tigre analizaba ese nuevo peligro.

—No puedes matarlo —aseguró la otra mujer entre risas—. O Laura se cabreará que ni te cuento.

—No puedes haberte emparejado a eso —masculló la humana armada.

—Yo no me metí contigo cuando te emparejaste con Tom —le contestó Laura poniendo las manos sobre sus caderas.

—¡Eh! ¡Que estoy delante! —dijo el hombre de aspecto más calmado y el leopardo simplemente desapareció mientras me observaba—. Soy Tom. Bienvenido a la familia.

—No puedes hablar en serio —gruñó la mujer armada.

—Baja la pistola, Sam —le pidió el hombre.

—No pienso bajarla —negó ella.

—Baja la pistola —repitió el hombre.

—¿Para que nos mate a todos? ¿Estás loco? —exclamó irritada la mujer.

El hombre se colocó en la trayectoria de la pistola, protegiendo mi mitad humana, sorprendiéndome por completo. La mujer gruñó y finalmente bajó la pistola, volviendo a colocar el seguro y guardándosela a la espalda. ¿Es que siempre iba armada esa loca?

Bueno, teniendo en cuenta que nosotros siempre estábamos acompañados de la bestia, tampoco era una mala opción. Me sorprendió cuando el leopardo acortó el espacio entre ellos y la agarró con fuerza, besándola con una intensidad que se me hizo extrañamente conocida.

—¿No era tu hermano el que estaba vinculado con la humana?

—Gabriel está vinculado a Sophie —me contestó Laura—. Tom con Sam.

—Su hermana gemela —remarqué. Ese detalle creo que no me lo había contado. No tenía importancia, en cualquier caso.

—¿Hay algo más que le hayas contado? —gruñó Gabriel mirando a Laura con aspecto enojado. El tigre gruñó ante ese tono despectivo que había usado con mi pareja.

—No, eso ya se lo contamos nosotras —le dijo la gemela de voz suave.

—Ni se te ocurra, Sophie —le advirtió el jaguar irritado.

—Aquí nos vendría bien una mano —murmuró la loba mirando a Sophie.

La humana hizo un gesto con la cabeza y miró a la ratita.

—Tú debes de ser Melissa, tenía ganas de conocerte —le dijo—. Este es tu sitio, ¿lo sabes?

—Yo...

—No te asustes con Sophie —murmuró Laura—. Ella es...

Un destello de luz dorada iluminó la habitación. Cientos de filamentos dorados salieron de la humana para crear una única silueta que cobró fuerza y empezó a volar por la habitación, haciendo círculos y dejando detrás de ella una estela.

—¿Qué coño es eso? —murmuré mientras el tigre lo observaba, incrédulo.

—Mierda —gruñó la otra mujer mientras una criatura idéntica salía de su interior y ella la miraba enojada—. Sabes que te odio.

—Sabe que mientes —le dijo su hermana gemela entre risas.

Las aves empezaron a volar en círculos. Me tensé cuando vi que descendían en dirección a la mesa en la que Roy estaba estirado. Laura apareció a mi lado y me cogió de la mano.

—El león, el águila y el fénix —me dijo. Mis pupilas se dilataron.

Observé aquellas criaturas caminar por el cuerpo de mi hermano y la estela dorada que dejaban sobre él. Y entonces, de una de ellas, brotó una lágrima dorada tan brillante que casi tuve que entornar los ojos. La lágrima cayó sobre la pierna de Roy. Tragué saliva.

Alguien se había acercado a mí, sin ser apenas consciente. Me giré para observar a la mujer. Era una de esas caras anodinas que pasarían desapercibidas por completo. No olía a nada. Parecía humana, pero estaba claro que no lo era. Me sonrió y enlazó su mano con mi mano libre, sorprendiéndome por completo. El jaguar gruñó en la distancia y Gabriel, el hermano de Laura, me miró con una evidente advertencia en el rostro.

Era su pareja. Podía entenderle. Demasiado bien.

—Soy Sophie. Bienvenido a casa —me dijo—. Roy se pondrá bien.

—¿Cómo sabes su nombre? —le pregunté con expresión desconfiada.

—Los fénix saben cosas —me explicó Laura—. Es diferente para ellas. Son independientes y toman sus propias decisiones. Sophie tiene buena onda con el suyo, así que suele contarle cosas. A veces.

—¿Y tú? —le pregunté a la otra mujer, que estaba parcialmente abrazada al primo de Laura.

—Nos odiamos mutuamente —me contestó de entrada, pero cedió, tras observar al animal volver a alzar el vuelo—. A veces no está del todo mal, de acuerdo, pero no deja de ser un maldito parásito.

—Fénix —murmuró Melissa mirando a Laura—. Por eso esa obsesión con las leyendas.

—Culpable —admitió ella.

—¿Tienen algo que ver con esa teoría de Laura de que a James y a Cloe les arrebataron su dualidad? —le pregunté a la mujer que estaba a mi lado. Si era así, eran las criaturas más peligrosas que el mundo había creado y, sin embargo, no sentía miedo de ellas. Incluso si una de ellas me había estado apuntando con una pistola y parecía capaz de hacer una pataleta por no poder pegarme un par de tiros.

—Lo tiene —afirmó—. Nosotras lo hicimos.

—Joder —solté.

—A Sam la han estado persiguiendo duales toda la vida —me informó el leopardo—. Estamos mejorando eso de la confianza y lo de trabajar en equipo.

Ella le contestó elevando el dedo corazón de la mano que tenía libre. Sonreí. Era evidente que era una dual con bastante personalidad. Nada que ver con la suavidad de la que estaba a mi lado. Dos personas físicamente tan parecidas y con personalidades tan diferentes.

—Creo que mataste a mi primo Teo —reflexioné, y ella elevó el mentón—. Era un capullo, todo sea dicho. Que sepas que era el primero en la sucesión natural de mi tío August, así que pusiste a muchas personas nerviosas.

—¿A ti? —me preguntó con aspecto desconfiado.

—Yo ya tenía mis propios problemas —murmuré y mi mirada se dirigió a la mesa en la que Roy seguía estirado. Inmóvil.

—Tardará un tiempo en despertarse —me dijo Sophie y se dirigió hacia la loba—. Doctora, ¿quizás podríamos preparar algo para comer mientras ellos se dan una ducha?

—Secundo la moción —afirmó la loba—. Apestáis.

—A sexo —añadió el jaguar en un susurro bajo y su madre le lanzó una botella de yodo que tenía a mano.

—No son los únicos —le contestó secamente la loba mientras la mujer a mi lado se sonrojaba por completo ante el comentario. El jaguar tiró de ella para hacerla desaparecer entre sus brazos—. Vosotros dos, ayudadme a llevar al chico a una habitación. Laura, ubica a tus amigos donde puedas.

—Seguidme —nos dijo Laura mientras el hermano y el primo de mi pareja se acercaban al cuerpo inconsciente de Roy. Confié en ellos. Tampoco tenía muchas más opciones.

—¿Por qué Sophie le llama doctora a tu madre? —le preguntó Melissa cuando ya estábamos en la escalera.

—Bueno, ella es médico, después de todo —empezó Laura—. Es psiquiatra y Sophie... llevaba toda la vida escuchando una voz. Cuando vino a estudiar aquí, mi madre era su psiquiatra. No sabíamos que era una dual hasta que Cloe disparó a su hermano y el fénix hizo por primera vez acto de presencia. Cuando está nerviosa no le sale lo de llamarla Victoria y la llama doctora.

—Eso es muy raro —murmuró Melissa.

—No más que Sam matando duales en su versión ninja —añadió Ruth haciendo unos ridículos gestos con sus manos.

—Son muy diferentes —murmuré mientras nos parábamos en un rellano.

—El padre de Sam las separó al nacer. A Sophie tenían que criarla sus tíos, pero los mataron y acabó acogida en la familia de unos amigos de su tía, humanos todos ellos —nos contó Laura—. A Sam la crio su padre, que era humano. Cosas de los fénix, por lo visto pueden tener descendencia sin importar si su pareja es dual o humana. Sam creció entrenándose para luchar y créeme que es un portento. Mataron a su padre cuando era una adolescente, así que tuvo que volverse una chunga por supervivencia.

—¿Y su madre? —le pregunté con curiosidad.

—Murió en el parto —me contestó Laura—. Se lo dijo el fénix a Sophie.

Ruth y Melissa entraron en una habitación y yo continué caminando junto a Laura por el pasillo. Abrió la puerta de una habitación que tenía mil detalles femeninos en su interior. Su habitación.

—¿Y ahora qué? —le pregunté.

—Ahora, tú y yo, vamos a ducharnos juntos.

—Tu madre está en el piso de abajo —gruñí por su provocación.

—Pondremos los altavoces con música a tope, Gabriel siempre lo hace y más o menos funciona —me contestó con mirada pícara.

—Más o menos —le contesté tras reírme de aquella estupidez—. ¿Realmente no les importa?

—¿El qué?

—Que haya un dual que solo piensa en meterse de nuevo entre tus piernas, contigo, a solas en tu habitación —empecé mientras me acercaba a ella como el depredador que era—, y que ese dual sea un tigre blanco. Vuestro enemigo, después de todo.

—Eres mi pareja —me contestó—. La bestia no te habría reclamado si no me complementaras y ellos, mejor que nadie, saben eso. No importa si eres un tigre o un rinoceronte, importa quién eres y quiénes somos cuando estamos juntos.

—Somos más —afirmé haciendo un gesto afirmativo—. Y somos solo uno.

—Exacto.

—¿Crees que Roy saldrá adelante?

—Ya has oído a Sophie —me dijo—. Nunca se equivoca.

—Gracias por ayudarme a sacarlo de allí —le dije.

—Yo no hice nada —negó ella—. A quien tendrías que darle las gracias es a Minnie. Sin ella, no tengo claro que hubiera sido posible.

—Lo haré —le prometí—. ¿Has oído alguna vez hablar de alguien llamado Umai?

—¿Umai? No.

—Roy me dijo que buscara al águila —le conté—. Y me dio un nombre. Umai.

—Pensaremos en eso mañana —murmuró Laura mientras empezaba a desvestirse frente a mí, sensualmente. El tigre hizo acto de presencia y el jaguar acudió a su lado casi al instante.

—Pon la música —le ordené sabiendo que no podría contener mi necesidad de ella, igual que ella no podía contener su necesidad de mí.

—Se pide por favor.

—No es algo que suela hacer, pero por ser tú, haré una excepción. Otra, de hecho —reconocí con media sonrisa, sintiéndome extrañamente libre por primera vez en mi vida—. Por favor.

—Eso está mejor —se burló ella con una sonrisa.

—Cuando te conocí, cuando la bestia te reclamó, pensé que serías mi debilidad —le confesé—. Ahora me estoy planteando que quizás eres mi fortaleza. Sacas lo mejor de mí, por poco que

haya aprovechable.

—No critiques a mi pareja —bromeó ella mientras se mostraba totalmente desnuda frente a mí, haciendo que el tigre ronroneara hambriento—. ¿Nos vamos a la ducha?

—Se pide por favor —ronroneé mientras me acercaba a ella y dejaba que mi mano rozara su piel haciendo que ambos nos estremeciéramos.

—Por favor, Markel —susurró con ojos brillantes, encendiendo no solo mi pasión, sino algo mucho más profundo. Emociones que jamás pensé que podría albergar por alguien. Lo poco que conocía de ella me fascinaba.

Miré al tigre, que me sostuvo la mirada. Reclamando a Laura, probablemente me había salvado la vida. Me había dado algo por lo que merecía la pena vivir. Y luchar. Sonreí mientras me dejaba arrastrar de la mano, hacia la puerta del baño de Laura. Mañana sería otro día. El primero de nuestra nueva vida. Juntos. El resto de cosas no importaban.

Queridas lectoras,

Markel no es un nombre elegido al azar. Es el nombre de uno de los muchos luchadores que hay en el mundo. En mi profesión he vivido situaciones complicadas, especialmente en el contexto de la pandemia. Suelo esconderme en la lectura y en la escritura para hacer más llevadero el peso que voy arrastrando con el paso de los años y es por eso que siempre os digo que garantizo un final feliz en mis libros. Es lo que necesito leer y también escribir. Con todo, creo que es importante visualizar esas realidades que nos rodean y desde aquí, me gustaría brindaros mi apoyo a todos los que lucháis contra enfermedades físicas o mentales y a todas las personas que acompañáis en su proceso de sanación a los afectados.

Estoy feliz de haber compartido con vosotras la historia de Laura. Hacía mucho que tenía apartada esta saga y tras compartir con las *Intensas* la lectura conjunta organizada por @vilmont\_books, me entró el gusanillo de seguir con la historia de los fénix usando a Laura como hilo conductor. Hacía tiempo que tenía esta historia en la cabeza, pero me faltaban horas para plasmarla en papel. Espero que después de leer esta historia tengáis muchas ganas de saber más sobre los fénix, sobre Roy, sobre Minnie y, sí, también sobre el misterioso Umai.

Mientras esperáis esas historias, os animo a pasaros por mi web [www.cristinapujadas.es](http://www.cristinapujadas.es) para conocer todas las sagas que tengo publicadas, pasearos por mi blog o suscribiros al newsletter para tener acceso a una página oculta de mi web en la que mensualmente cuelgo contenido especial solo para ti: capítulos inéditos, las primeras páginas de los libros antes de que sean publicados, entrevistas y muchas cosas más.

Gracias por acompañarme en esta aventura.

¡Feliz lectura!

Cristina